



*El Secreto de
Lady Belling*

Serie
secreta
libro
1

*Amylynn
Bright*

Tabla de Contenido

[Dedicación](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epilogo](#)

[Agradecimientos](#)

Dedicación

Para Linda: todo esto es culpa tuya. Y, aun así, nunca lo podría haber hecho sin ti. Si no hubieras estado allí para contestar mis llamadas y convencerme de seguir cuando estaba llorando en el suelo del departamento de producción de Fry's, no creo que hubiera terminado esto algún día. Vamos por una torta.

Y Michael: porque en serio te amo de verdad, incluso cuando no tengo idea de lo que estás hablando.

Y mamá: hiciste que amara leer, así que es probablemente tu culpa que no se me permita entrar en librerías sin la supervisión de un adulto.

Capítulo 1

—¿Thomas? ¿En verdad eres tú?

De hecho, sí lo era. Thomas apenas estaba saliendo de la oficina de su abogado cuando la despampanante pelirroja casi se lanzó sobre él desde el otro lado de la bien amoblada recepción.

—Se está dirigiendo al Conde de Harrington, señorita. —El abogado era un estirado petulante, como todos los buenos abogados deben ser.

—Sé perfectamente quién es —contestó la pelirroja. Ella le sonreía abiertamente a menos de un brazo de distancia.

Tomás abrió la boca para responder que sentía no poder decir lo mismo de ella, aunque estaría más que complacido de conocerla, cuando su identidad lo golpeó como un rayo.

—¿Frankie? Oh, por Dios.

—¿Hace cuánto que has vuelto? —Ella le sonrió, una sonrisa de dientes y labios perfectos.

Thomas sospechaba que era esa gloriosa sonrisa la que le había recordado quién era. Una vez que supo que era ella, estaba atónito de no haberla reconocido instantáneamente, pero habían pasado cinco años; cinco años que la habían tratado extraordinariamente bien.

—No me digas que has estado en Londres por días y no has ido a casa por lo que pasó. —Retrocedió un paso y su emoción disminuyó.

—Claro que no. Atraqué anoche. Iba a ir a casa hoy. —Pasó una mano por su cabello y se esforzó por no estudiarla atentamente.

—Ciertamente espero eso, porque si mamá se entera de que llegaste a la ciudad y no fuiste a verla, te azotará. —Estiró una mano de largos dedos y tocó la manga de su abrigo. Su sonrisa no había disminuido ni un poco. Era hermosa. Siempre había sido una chica bonita, pero ahora era una mujer muy, muy encantadora.

Una pequeña rubia adelantó a Frankie con la mano extendida.

—Qué bueno verle de vuelta a salvo, Thomas.

—¡Señorita Sinclair! Esta es una tremenda sorpresa. Con seguridad que no esperaba tal recibimiento en la oficina de mi abogado tan temprano en la mañana.

—Es solo que no puedo creer que hayas vuelto —repitió Frankie, sacudiendo la cabeza.

—Sí, sí, ha vuelto de verdad. —La voz impaciente del abogado interrumpió la feliz reunión—. Tengo un día muy ocupado, señorita Sinclair. No tengo tiempo para entretenerme entre citas.

Thomas había olvidado lo fiera que era la amiga de Frankie hasta que esta se dio la vuelta y fulminó con la mirada al Sr. Berger.

—Por supuesto, señor. Estaré con usted en un momento. Frankie, no necesitas quedarte conmigo. Puedo hacerme cargo de lo que necesito sin ti.

—¿Estás segura? —preguntó Frankie con voz esperanzada.

—Absolutamente. Si te quedas aquí, me enloquecerás revoloteando y deseando estar en otra parte. Ve con Thomas. Te busco luego.

Thomas sabía que su sonrisa era enorme.

—Magnífico. Eres la indicada para ayudarme con mi siguiente mandado.

—¿Estás seguro de que me quieres a mí? —preguntó Francesca. Sus ojos estaban llenos de esperanza.

—¿Podrás controlarte en mi carruaje? —Le sonrió, complacido de que su broma fuera tomada con la intención pretendida cuando ella le devolvió una sonrisa con todos los dientes.

—¿Señorita Sinclair? En verdad tengo un día muy ocupado. —El Sr. Berger hizo un gesto amplio señalando su oficina.

Frankie besó a su amiga en la mejilla.

—Gracias. Te veo luego en casa. —Enlazó su brazo con el de Thomas y él la llevo afuera.

—Lamenté mucho oír lo de tu hermano —le dijo Frankie y le apretó el brazo. Thomas levantó una ceja en su dirección—. Bueno, no exactamente eso, pero no es una cosa muy linda para decir. Cuando comenté que el accidente no le podría haber pasado a personas más agradables, mamá me sermoneó casi una hora.

Tomás la agarró de la cintura —una delgada cintura, notó debidamente— y la colocó en su alto faetón. Chasqueó las riendas y salieron, brincando por Chancery Lane en dirección a la plaza St. James. El silencio se alargó por largos instantes, mientras Thomas dirigía el carruaje entre el apresurado tráfico matinal. La mayor parte de la élite social estaría en cama por horas todavía, pero la clase trabajadora de Londres estaba ocupada en sus asuntos.

Miró el rostro de Francesca y casi podía ver las ruedas girando en su cabeza, mientras él sospechaba que ella sopesaba sus opciones sobre qué decir luego. Claro, podría aliviarla y decirle que todo estaba perdonado, que ya nunca pensaba en el incidente, pero eso sería una mentira.

—Y, ¿cuál es este mandato? —Aparentemente, ella tampoco estaba preparada para bucear en aguas profundas. Estaba bien. Thomas tenía tiempo.

—Es sobre la casa. —Hizo girar los caballos en la calle Upper Brooks. Su casa yacía al final de la cuadra, un edificio gigante de piedra blanca y gris. Se mantenía allí, regia e importante, como si tuviera un trabajo más tedioso que tan solo aplastar la tierra—. No puedo simplemente demolerla, incluso aunque es un monumento a la desesperación de mi padre por estatus.

Frankie se giró en el asiento y lo miró sorprendida.

—¡No puedes en verdad querer demolerla! Entiendo tus sentimientos, pero es una hermosa casa incluso a pesar de eso.

Frenó los caballos mientras se acercaban al frente. Un chico de los establos ya los esperaba en la acera. Thomas miró la fachada e intentó apreciarla con ojo imparcial. Desde un punto de vista arquitectónico, era un edificio hermoso. Su madre y padre no habrían aceptado menos en su residencia londinense. Pero, contrario a sus padres, Thomas no amaba los ladrillos y la piedra que conformaban los tres pisos de la Casa Wallingham —Creo que entiendo cómo te sientes. —El tono de Frankie era suave y bajo, calmante—. Pero es tu casa ahora. Puedes hacer lo que quieras con ella. Sería una pena dejarlo ganar. ¿No es así?

Thomas quitó su mirada de la ventana de la esquina del segundo piso que había sido suya cuando vivía allí y se volvió hacia la dama sentada a su lado. Sus ojos eran una vívida sombra verde brillante que lo hipnotizaron hasta que ella parpadeó y él se obligó a salir de su ensueño. Saltó del carruaje y extendió una mano hacia ella.

—Supongo que sí. —Le sonrió, y la preocupación en sus ojos disminuyó.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudar?

—Si no va a ser demolida, entonces necesito hacerla mía.

Frankie se emocionó.

—Oh. ¿Puedo ayudar a redecorarla?

Su mayordomo abrió la enorme puerta de roble, revelando el recibidor y la primera de las esculturas y pinturas con las que su madre había estado obsesionada. Thomas siguió a Frankie por el pasillo, quedándose cerca por detrás mientras ella estudiaba cada objeto de arte. Su aroma, una encantadora mezcla de romero y limón, permanecían detrás de ella, urgiéndole a presionar la nariz contra su cabello.

—Sabes, creo que puedo contar con la mano las veces que he estado aquí —le dijo Frankie—, lo que es interesante considerando el tiempo que tú

pasabas en la nuestra.

—¿Incluso después de que me fuera? —Colocó una mano en la parte baja de su espalda, un gesto que debería haber sido totalmente inocente y que sin embargo no se sentía así. Podía sentir la curva de sus caderas y su columna mientras ella seguía caminando, y la intimidad de esa sensación lo calentaba.

—Especialmente después de que te fuiste. —Giró para verlo, y Thomas tuvo que retroceder para evitar que un seno rozara su brazo. Una pena, en verdad, dado que en ese mismo instante tenía mucha curiosidad respecto a los pechos de Frankie—. No había forma en que mamá apoyara socialmente a tu madre después de eso, y yo estuve bastante de acuerdo con ella.

—Tu madre nunca dijo nada en sus cartas. —Las cartas de la duquesa habían sido pocas y alejadas entre ellas, pero aun así tan frecuentes como uno podría esperar considerando que había guerra y que él estaba en el mar la mayor parte del tiempo.

—Bueno, no lo habría hecho, ¿o sí?

No, por supuesto. La duquesa había sido su protectora más fiel. Thomas había sabido por mucho tiempo dónde residían las lealtades de la familia Belling. Incluso luego de haberse ido en malos términos, había seguido creyendo que habría sido bienvenido en la familia a su retorno. Ese conocimiento lo había mantenido cuerdo cuando los cañones estallaban. Si no los hubiera tenido... Thomas tembló. No habría habido nada por lo que vivir.

—¿Qué debería hacer con todas estas... —Thomas ondeó la mano abarcando todo el sinsentido que su madre había acumulado—... cosas?

—¿Toda la casa es así?

—Ciertamente. —La guio hacia el salón principal, donde había no pocos objetos inútiles para que ella evaluara, y luego giró hacia el paciente mayordomo que esperaba—. Masters, haga que alguien traiga té y algo para comer. Muero de hambre.

—Enseguida, señor. —Su hombre giró sobre los talones con un asentimiento. Masters y el resto de su servidumbre podrían ser la parte más fina de su herencia.

—La verdad, me gusta bastante esta. —Frankie estaba bajo un rayo de luz con la espalda hacia él y la puerta. Ladeó la cabeza a un lado como para cambiar el paisaje de acuarela frente a ella. Un largo mechón de cabello castaño se escapó del nudo en la parte trasera de su cabeza y, mientras Tomás miraba fascinado, se deslizó lentamente por su nuca y se enrolló en su clavícula. Ella se dio la vuelta y le sonrió.

—¿Estás completamente decidido a deshacerte de todo lo que hay en la casa?

Thomas parpadeó.

—Te dejo eso a ti, creo.

Ella asintió de acuerdo.

—Me gusta esta. Deberías quedártela.

Juntos se sentaron en la horrible mueblería, tomaron té, picaron bizcochos y pasteles, y evitaron concienzudamente todos los temas importantes de conversación que tendrían que tocar eventualmente. Frankie le preguntó por sus experiencias de guerra, y Thomas le ofreció detalles suaves, le dijo que nunca estuvo en peligro. La mirada, primero de preocupación, y luego de alivio, le calentó el corazón tanto como el breve contacto que habían tenido antes. Hacía que la mentira valiera la pena.

Francesca posó la taza de té en la mesa.

—No puedo decir que lamente que tu familia no esté. Quizás el sentimiento me gane un lugar en el infierno, pero su muerte te trajo a casa, a nosotros, a salvo. —Frankie se detuvo y luego continuó, apenas un susurro—: Mamá lo temía. Yo lo temía.

—Nunca fue mi intención que se preocuparan, lo sabes. Había muchas razones por las que me fui.

Los labios de Frankie se extendieron en una sonrisa débil.

—Lo sé. —Sacudió la cabeza—. Debes sentirte bastante abrumado con todo lo que has tenido que tomar a cargo.

Ella no sabía ni la mitad. Entre las casas, las haciendas e inversiones, sin mencionar las deudas de juego de su hermano...

—Diría que estoy como un náufrago con todo, pero la ironía sería demasiada. Dado que fueron enterrados antes de que llegara, es una cosa menos sobre la que tengo que decidir. Por supuesto, Padre nunca esperó que tuviera algo de esto, tal como terminó siendo. Afortunadamente, su secretario es competente, así que lo deduciré pronto.

Ella cruzó el espacio y colocó una mano sobre su antebrazo.

—Estoy completamente segura de que así será. Por supuesto, Christian te ayudará de cualquier forma que pueda.

Thomas podía contar con su mejor amigo, el hermano de Frankie, para cualquier cosa.

—Tengo planes. —Cierto, apenas eran bocetos, pero tenía planes, y parecían estar cumpliéndose mejor de lo que podría haber imaginado.

—Sabes, Christian va a ponerse como una fiera cuando se entere de que te vi primero. —Su sonrisa tomó un brillo travieso—. No puedo esperar.

Thomas estaba emocionado por ver a Christian y a la duquesa, también. Pero no ahora. Estaba tan sorprendido como cualquiera podría estarlo de que no quería compartir su tiempo con nadie más que Frankie.

—¿Quieres ver el resto de la casa? —Extendió una mano y ella deslizó los dedos en su palma. Se levantó del diván con elegancia fluida. Francesca había sido una chica alta, desgarbada y, a menudo, torpe. Ya no. La torpeza inexperta se había disuelto en una gracia agradable y esbelta.

La guio de habitación en habitación, de piso en piso. Frankie lo educó en los últimos estilos y modas de la decoración de interiores. A Thomas no le importaban ni un poco las molduras o los tapices y la vasta diferencia entre zaraza y seda, o rayas versus estampados florales. Lo que le importaba, y lo que lo mantenía completamente enganchado a la conversación, era el sentimiento inquietante y excitante que había crecido en su vientre y que se había movido hasta su ingle mientras paseaban por el hogar de sus padres. Como un chico de diecisiete, se encontró planificando mientras andaban, intentando maniobrar para ponerse en contacto físico con ella.

—Creo que esta habitación sería muy interesante con una temática egipcia. ¿Qué opinas? —le preguntó. Antes de que pudiera procesar la pregunta, ya estaba describiendo la escena tal como la veía, los muebles, el tapizado y bla, bla, bla.

—Claro —le replicó Tomás, seguro de que cualquier esquema que ella hubiera imaginado respecto a su casa sería una vista mucho mejor que la del sombrío mausoleo que su madre había hecho.

—¿Tengo un presupuesto? —preguntó mientras subían la escalera a los cuartos familiares.

—No creo que sea prudente darte rienda suelta —le dijo, recordando algunas de las épicas batallas de infancia que Frankie había tenido con su padre respecto a su prestación—. Sé razonable, es todo lo que te pido.

En el piso, Thomas los hizo girar hacia la derecha, hacia las habitaciones que él y su hermano habían usado de niños. ¿Debería molestarle el hecho de que nada en esos cuartos significaba algo para él? De hecho, con la excepción de la ventana y el enorme árbol por fuera, cuyas ramas le habían facilitado una infinidad de escapadas nocturnas, nada le parecía lo suficientemente familiar para reclamar como suyo.

Frankie paseó por los cuartos, silenciosa y de pronto pensativa, como si la emoción se le hubiera drenado. Sus dedos se deslizaron por sobre un escritorio y luego sobre el suave cubrecama, mientras admiraba todo el contenido de la habitación.

—¿Qué quieres hacer con estos cuartos? —le preguntó con tono tan gentil que lo molestó.

—Limpiarlos. Sacar todo. Todas las habitaciones familiares.

—Oh, Thomas. Lo siento tanto. —Caminó suavemente hasta él—. Por todo.

—No fue tu culpa.

—Aun así, siento tanto que tu padre fuera un bastardo y tu madre tan fría. Siento que tu hermano fuera tan despreciable. —Las lágrimas llenaron sus ojos, haciéndolos imposiblemente verdes y brillantes. Se ahogó con un sollozo—. Pero, sobre todo, siento tanto lo que hice. Lamento haberte hecho irte. ¿Me perdonarás alguna vez? —Frankie se lanzó llorando a sus brazos.

Por primera vez, Thomas no se sintió completamente solo en su casa.

Capítulo 2

Disculparse se sentía bien.

Cargar culpa durante cinco años era más agotador de lo que uno podría esperar.

—Te dije, había muchas razones por las que me fui. —Thomas acariciaba la parte baja de su espalda en círculos apaciguadores—. Lo que pasó ese día fue solo parte de ello.

Frankie hizo un esfuerzo conjunto por retomar el control de sí misma. No quería que él aceptara su disculpa solo porque le temía a una mujer histérica. El modo en que se había comportado aquel día había sido en verdad despreciable.

Se alejó de forma que quedaron a medio brazo de distancia.

—No intentes hacerlo más fácil para mí. Te mereces una explicación, y he tenido cinco años para intentar descubrir cuál es.

Thomas no habló, pero sus brazos se tensaron dentro de la chaqueta, donde las palmas de ella descansaban. Frankie tragó con dificultad y siguió adelante.

—Hasta este día, estoy segura de que nunca tuve idea de lo que estaba pensando. O no pensando, obviamente. El orgullo de mi yo de dieciséis años estaba en juego.

Miró hacia arriba y encontró su mirada. Su rostro era tal y como ella lo recordaba, fuerte y angular, pero con algunas arrugas leves alrededor de los ojos, prueba del paso de media década y una guerra. Se había atado el cabello negro en una cola en la nuca, pero las ondas sedosas daban la impresión de que, a la menor provocación, se soltarían e inundarían su rostro con rulos sensuales.

—Me enojé cuando mamá no me dejó asistir al baile de pascua. Me metí a la cabeza que encontrarías a alguien mejor antes de que fuera lo suficientemente mayor.

—¿Encontrar a alguien? Frankie, no estaba buscando a nadie. Por el amor de Dios, tenía veinticuatro años. Todo lo que quería era divertirme.

Ella cerró los ojos para reunir coraje.

—Ahora lo entiendo. Puede que incluso lo entendiera en ese entonces, pero no importaba. Era joven, estúpida y... —otra pausa para reunir coraje— estaba locamente enamorada de ti.

Los ojos café chocolate de Thomas se ampliaron y destellaron.

—¿Y decidiste atraparme?

—Estuvo muy mal y lo siento. Supongo que pensé que me amarías tanto como yo a ti.

—Entonces pusiste una trampa.

—Lo siento. En verdad, lo siento mucho. —Aflojó una mano de las que tenía en su brazo y limpió las lágrimas de su mejilla con dedos temblorosos—. No puedes imaginar la culpa con la que he vivido. Si algo te pasaba... —A pesar de sus mejores intenciones, otro sollozo se escapó y empezó a llorar. Thomas la volvió a abrazar, consolador. ¿Cómo podía ser tan misericordioso y paciente? ¿Y cómo podía sentirse tan bien estar entre sus brazos? ¿Por qué tenía que pasar ahora?

—Frankie, por favor, deja de llorar. —Una vez más, acarició su espalda con las palmas y apoyó la mejilla en su frente—. Cualquier ira que tuviera en ese entonces ya pasó.

—¿Cómo es eso posible? Estabas completamente enojado en el parque ese día.

Thomas rio. Ella lo oyó en lo profundo de su pecho, sintió el retumbar.

—Claro que estaba enojado. Había frustrado tu secuestro solo para enterarme que el supuesto secuestrador era un actor que habías contratado. Sabes, mentí. Sigo enojado. ¿Te das cuenta de lo herida que podrías haber resultado? Mi Dios, cuando pienso en eso.

Frankie levantó la cara de su chaqueta y alisó su corbata.

—Lo sé, lo sé. Fui una idiota. ¿Por qué nunca le dijiste a mamá o a Christian?

—Porque los hermanos no se delatan.

Eso era devastador.

—Oh. Verás, ese fue siempre el problema. Nunca te vi como un hermano. No desde que tenía seis.

—Oh. —Tomás se alejó y la miró de nuevo—. Oh.

Frankie sonrió ante su expresión.

—¿Por qué pensaste que estaba deprimida? Estaba enamorada de ti.

—No estabas enamorada de mí —bufó—. No había forma de que supieras lo que es el amor a los dieciséis.

Frankie no iba a discutir con él lo mucho que se conocía a sí misma. Sería agradable dejar esta conversación con al menos algo de dignidad intacta. Aun así, no pudo dejar pasar el comentario sin algún tipo de protesta.

—Sabía exactamente lo que quería y lo que sentía con precisión.

Tomás abrió la boca para hablar y la volvió a cerrar.

—No sabía que estabas deprimida —dijo, al cabo de un momento—. Lo siento, Frankie, pero ¿cuánta atención esperabas de un tonto de veinticuatro años? Porque eso es lo que era en ese entonces. No tenía idea, y luego hiciste esa jugarreta. Estuve aterrorizado, que te hubieran secuestrado, y luego furioso de que arriesgaras así nuestra felicidad.

Cualquier indicio de su anterior sonrisa se desvaneció ante su enojo.

—Lo sé. Fui increíblemente estúpida.

—Le debería haber dicho a tu madre.

Frankie cerró los ojos.

—Créeme cuando te digo que me he castigado bastante yo sola.

—Lo que de verdad necesitabas eran unas nalgadas.

Los ojos de Frankie se abrieron de golpe y jadeó indignada.

—Tú no eras quién para hacerlo.

Thomas arqueó una ceja ante el reto. Si esto hubiera sido hace cinco años, Frankie no dudaba de que lo habría intentado. Luego se puso serio de nuevo.

—¿Por qué nunca me escribiste? Recibía letras oportunamente de tu madre y algunas esporádicas de Christian, pero ninguna tuya. —Thomas mantuvo los ojos fijos en los de ella. Sonaba en verdad herido, y eso la sorprendió. Ella no podía alejar la mirada y definitivamente no podía mentirle, tampoco es que hubiera algo más sobre lo cual mentir.

—Luego de eso, estaba segura de que no querías oír nunca más de mí. Después de todo, te fuiste de la ciudad a las pocas horas de nuestra pelea en el parque. —Frankie suspiró—. Y estaba extremadamente avergonzada.

—Cariño, me habría ido de cualquier forma, fuera esquivando una bala tuya u otra pelea con mi padre. Era tiempo de que madurara. No podía seguir persiguiendo faldas, apostando y bebiendo hasta el olvido para siempre. Así que forzaste mi mano. No te odié por eso. O no por mucho, al menos.

Frankie no había creído posible que Thomas pudiera volver a casa incluso más atractivo que cuando se fue, pero era así. No sabía cuáles habían sido sus experiencias en la Marina Real, pero cinco años de responsabilidad le habían dado la apariencia de un hombre en vez de la de un joven tierno. Para cuando se fue, ella había creído que había memorizado todo sobre él. Ahora era aparente que sus hombros eran más anchos, su mandíbula más aguda, su mirada café más intensa.

—¿Estoy perdonada entonces?

—Si me ayudas a poner esta casa en su punto, te perdonaré todo.

Sonrió, y ella lo sintió hasta los pies. Encantador y hermoso, ese era el hombre que recordaba. Claramente, su habilidad para casi desvanecerla no había disminuido. Tiró de ella suavemente de vuelta a sus brazos para un abrazo que con seguridad consideraba de naturaleza familiar, un abrazo de tregua o algo por el estilo, un abrazo entre amigos de muchos años. Solo que cuando Frankie cerró los ojos y se hundió en ese círculo de brazos, olió a sándalo y tabaco fresco. Sus fuertes brazos la presionaban contra su cuerpo. Se sintió aturdida.

Thomas inclinó la cabeza para besar su mejilla, justo cuando ella giraba su rostro ligeramente y, en vez de eso, su labio rozó el de ella. Él se detuvo y ella se congeló. Lentamente, los labios de Thomas se movieron contra los suyos y su mano presionó insistentemente la parte baja de su espalda, atrayéndola más, si eso era posible. Hubo un suave suspiro y Frankie se dio cuenta de que venía de ella. Él movió el ángulo de su cara y cubrió su boca con la de él. La punta de su lengua acarició el interior de su labio inferior, y ella se abrió a él.

Ella no pensó, solo lo dejó besarla, y lo besó de vuelta. Sus manos subieron por sus brazos, sintió sus músculos, tensos y fuertes, llegó a sus hombros y enredó los dedos con su cabello, luego detrás de su cuello. La mayor parte de su vida había fantaseado con besar a este hombre y que él quisiera besarla. Había sobrepasado todas sus expectativas. Oh, cómo habría chillado su yo de dieciséis años.

Terminó tan gentilmente como empezó. Thomas presionó su frente contra la de ella y respiraron al unísono: respiros cortos, jadeantes.

—Bueno —dijo, pero no terminó la frase.

—Hmm. —Frankie tampoco sabía qué decir. El beso había sido completamente incorrecto, pero no podía sentirse arrepentida.

Thomas se alejó de ella, quitando las manos de su espalda y dando un ligero paso hacia atrás. El espacio le dio un momento para respirar, lo que necesitaba desesperadamente para aclarar su mente. ¿Qué decía una en esa situación? ¿Cómo te atreves? ¿Más, por favor? Sabía lo que debería decir, o al menos lo que se esperaba que ella dijera, sin embargo, era poco probable que ocurriera. Y aun así...

—¿Quizás deberíamos continuar nuestro recorrido? —sugirió ella.

Thomas le sonrió y sus ojos brillaron divertidos. Ese era el don de Thomas: que las situaciones incómodas se hicieran graciosas. Agarró su mano y la sacó de su cuarto de infancia. Visitaron todo el piso de salas de estar y habitaciones de invitados. Hizo todo lo que podía para concentrarse en la

tarea que tenía entre manos, pero Thomas se lo estaba haciendo imposible. No parecía que estuviera haciendo algo a propósito para descolocarla, solo que siempre estaba tocándola. Ella intentaba enfocarse en la tela para el tapizado del sofá, y él le colocaba un rizo suelto detrás de la oreja. Ella describía opciones para unos almohadones en un asiento junto a la ventana, y él pasaba los dedos por el interior de su brazo. Él caminaba tan cerca de ella que sus piernas rozaban la tela de su falda. En cada habitación que visitaban, le sostenía la mano y le acariciaba la palma con el pulgar.

Toda esa atención física la mantenía desconcentrada y constantemente pensando en su cuerpo. Sabía que nada bueno vendría de entrar al cuarto del señor. Era la única habitación por la que no habían pasado ni discutido planes de remodelación. Tenía que hacerse. Ciertamente, Thomas no tenía deseos de dormir en el mismo cuarto del hombre que había calumniado su vida entera.

—Lo que este cuarto necesita es más luz —anunció Frankie con una voz demasiado alegre que esperaba indicara que no estaba toda nerviosa.

—Estoy de acuerdo. Odio todo ese sinsentido oscuro y siniestro.

Ella estudió las cortinas y el empapelado. El cuarto estaba impecablemente limpio. Simplemente era deprimente. Tiró de las cortinas verde oscuro y una vez que el terciopelo se separó, unas ventanas del suelo hasta el techo revelaron una hermosa vista del jardín.

—¿Qué te parece el azul aquí? —preguntó, pensando que un azul rey se vería suficientemente masculino y permitiría que entrara la luz en la habitación.

—Me gusta más el verde. —Apartó el irritante rizo de su mejilla de nuevo y lo envolvió en su dedo antes de llevarlo a su oreja una vez más.

Frankie sintió sus mejillas enrojecerse por la sugerencia.

—El rojo podría funcionar. —Dio un paso hacia atrás y anduvo hasta otra puerta—. ¿A dónde va esta? ¿El salón entre este cuarto y el de la condesa?

Thomas asintió. Todavía tenía esa sonrisa insolente en la cara, y ella apartó la mirada rápidamente. Esa sonrisa era devastadora y no necesitaba que hiciera su magia en ella. No ahora, luego de tantos años. No era justo.

Thomas había girado hacia la mesa y miraba el dosel.

—Sentí como si esto me sofocara anoche, toda esa opresión pesada y... sombría. —Un sonido que parecía una risa forzada salió de su garganta—. Quiero una cama nueva. Sin nada de esto. —Señaló en dirección a las cortinas de terciopelo que servían para encerrar la cama y mantener el calor.

Frankie se encontró parada en una esquina de la enorme cama.

—El tallado es bonito y la madera de un hermoso color. ¿Y si simplemente quitamos las cortinas y lo dejamos abierto?

Arrugó la nariz, pero no desechó inmediatamente la sugerencia.

—No lo sé.

—Ven, mira. —Frankie agarró la tela con ambas manos y tiró de ella hacia el piso. El sonido de un desgarró vino segundos antes de que metros de terciopelo verde se arremolinaran a sus pies—. Mejor, ¿no es cierto? Es como si ya no estuviera.

Thomas levantó las cejas e inclinó la cabeza de lado a lado.

—Mejor —concordó. Fue al otro lado y quitó otra esquina del material.

Frankie Rió y fue a la otra esquina e intentó el mismo movimiento, pero este par no cayó tan fácilmente. Puso más peso e intentó levantar más los brazos, más cerca de la cima del marco del dosel. Saltó, y aun así nada.

—¿Necesitas ayuda? —Sus brazos aparecieron rodeándola, y sus manos agarraron la tela. Aun así, no cayó, incluso cuando gruñó por el esfuerzo, acompañando sus jalones.

—¿Con qué pusieron esto arriba? —Él reía tanto como ella en este punto.

—Déjame escalar y tirar de arriba. —Frankie se quitó los zapatos y subió su falta hasta la pantorrilla para subir al alto colchón. Thomas se movió hasta el otro lado de la cortina, frente a ella, y ambos agarraron un buen montón de cortina—. Listo, a la de 3. Uno. Dos. —En tres, ella se inclinó hacia atrás con todo su peso y jaló. Thomas tiró con gran fuerza al mismo tiempo. Finalmente, la maldita cosa se soltó, enviando a Frankie directo a la colcha con Thomas y diez metros de horrible tela despatarrados sobre ella.

—Uf —gruñó ella en medio de carcajadas histéricas.

Terciopelo se deslizó por su rostro hasta que Thomas apareció encima.

—¿Estás bien?

Ella jadeó entre risas hasta que pudo escupir un "bien".

—En verdad saliste volando. —Estaba riendo tan fuerte como ella hasta que su boca cubrió la suya de nuevo. Sus lenguas se encontraron casi instantáneamente y el beso rápidamente escaló, su risa transformándose en pasión. Sus manos le sostenían el rostro en su lugar, y sus brazos encontraron su camino hasta llegar a la nuca de Thomas.

Esto estaba mal, muy, muy mal. Ella no tenía nada que hacer sola con este hombre, mucho menos sola en su cuarto, en su cama, envolviéndose con los brazos el uno al otro. No importaba lo mucho que su madre amara a Thomas, estaría totalmente decepcionada cuando se enterara.

Pero, oh dulce cielo, Frankie nunca imaginó que sería tan arrollador. Estaba demasiado consumida por el peso de él, su sabor, su olor. Todos sus sentidos estaban consumidos. Había esperado tanto por esto. Se negaba a escuchar la aguda voz en su cabeza chirriando sobre las implicaciones de rendirse.

Claro, había tenido montones de sueños despiertos sobre esta misma cosa. Bueno, no exactamente lo mismo. Estas circunstancias eran absurdas, pero ella había creado un millón de escenarios desde que había llegado a la pubertad donde Thomas iría y la besaría fuertemente. Usualmente aquello involucraba una suave brisa en el cuello y un haz de luz reflejándose en el agua del lago Serpentine para darle mayor reflejo a su molesto cabello rojo. Nunca pensó cómo es que iban a terminar solos y juntos en el parque al atardecer juntos, pero todas sus fantasías parecían funcionar así. Lo que nunca imaginó que pasaría es que estaría tan distraída que no le importaría un bledo cómo luciría su cabello o si su vestido mostraba sus atributos perfectamente.

En cambio, todo lo que quería es que el beso jamás terminara. Ella arqueó la espalda ligeramente y presionó los pechos contra él. Él respondió empujándola con su cadera y moviendo su rostro para acceder mejor a su boca. Ella sacó la lengua para explorar y fue motivada por un gemido masculino.

—Debería llevarte a casa —murmuró él mientras sus labios besaban la suave piel detrás de su oreja. Sintió la presión de una mano en su seno incluso a través de la tela del vestido y la cortina de terciopelo.

—Probablemente —concordó ella e hizo un esfuerzo para tranquilizar sus jadeos.

Los labios de Thomas encontraron un tendón en su cuello y mordió.

—Te llevaré a casa.

Frankie atrapó un puñado de cabello en la mano.

—Está bien.

Ninguno de los dos hizo esfuerzo alguno por salir del abrazo, sin embargo. Su conciencia intentó romper el hechizo de la pasión y gritar algún consejo, para recordarle de sus obligaciones otra vez, pero entonces Thomas la besó de nuevo y su lengua acarició la suave carne de su boca.

Thomas levantó la cabeza lo suficiente para apartar el cabello de su frente y la miró. Por Dios, sus ojos ardían. Lo había leído en una novela y pensó que era absurdo, pero ahora sabía la verdad. Sus ojos ardían, y ella era la causa.

—No te traje para esto —susurró.

Frankie se congeló.

—Lo sé. —Tragó con fuerza. Era demasiado guapo para su propio bien. No era justo, luego de todo este tiempo, no era nada justo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Sonaba como si esperara que se fuera a negar. ¿O solo estaba leyendo en su expresión lo que ella quería oír desesperadamente? Puso su peso en un codo, y Frankie temió que estuviera preparándose para levantarse e irse. Debería dejarlo. Esto era un error, un horrendo error, uno con implicaciones a largo plazo. Aun así, se encontró agarrando sus bíceps, sujetándolo en su lugar.

¿Acaso era posible que tuviera esto, lo que siempre había querido pero cuya esperanza había abandonado? Thomas siempre había sido un amante discreto. A pesar de las nefastas predicciones de su padre, nunca se había visto envuelto en un escándalo. No que su reputación no estuviera tan excesivamente cultivada como la de su hermano.

—No quiero que me lleves a casa —dijo.

—Como un caballero, tenía que preguntar. —Le sonrió de nuevo, y su estómago dio un vuelco.

Le besó los labios, la mandíbula, la hendidura en su garganta. Quitó más de la cortina que estaba metida entre ellos y besó la cima de sus pechos, primero uno, luego el otro.

—No puedo creer lo hermosa que eres —murmuró contra el encaje bordeando su camión, donde su vestido se había bajado junto con la cortina—. Vuelvo y eres una mujer despampanante.

Frankie pasó sus manos por los brazos que lo mantenían sobre ella.

—Te ves igual, tan pecaminosamente guapo como siempre.

—No —le dijo, sacudiendo la cabeza—. He cambiado, ya no soy un hombre sin rumbo en desacuerdo consigo mismo. Tengo planes para mi vida. —Quitó más tela verde, revelando su vestido hasta la cintura. Su mirada era caliente mientras observaba su cuerpo debajo de él, deslizando una mano por su costado hasta que encontró la hendidura de su cadera, luego subiendo para atrapar un pecho—. Estoy encantado con tu confesión. Me arrepiento de haber sido tan estúpido para haber ignorado los indicios.

Frankie arqueó la espalda de nuevo, esta vez presionando el seno contra su mano. Sentía que no podía respirar. La emoción y la anticipación la estaban matando.

Capítulo 3

Ya no fue un beso dulce y suave, esta vez la unión de sus bocas estaba inundada de pasión. La lengua de Thomas barría la de ella, robándole todo aliento que aún tuviera. Incluso con los labios unidos, se las arregló para quitar lo que quedaba de la cortina entre sus cuerpos. Luego se acomodó entre sus piernas y se concentró en devorarle la boca por completo.

Muy al fondo de su cabeza, Frankie podía oír la pequeñísima voz de su conciencia llamándole la atención cada vez más débilmente. Nada de eso importaba. La verdad, la única verdad, era que su amor por Thomas nunca había disminuido. Desde el instante en que lo vio en la oficina del abogado, cada pedacito de emoción que había estado segura que se había desvanecido, había vuelto a la vida. Era idiota por pensar que lo había superado. Nunca lo superaría.

Cuando finalmente alejó su boca de la de ella, jadeó. Sus labios y lengua mordisquearon su cuello, lavaron la marca en su garganta. Con un leve tirón de su vestido, el tejido se aflojó, revelando sus pechos cubiertos con el camisón. Los chupó por sobre el fino algodón, endureciendo sus pezones. Mientras tanto, Thomas iba subiendo su vestido por las piernas hasta que alcanzó el punto donde sus cuerpos se presionaban. Deslizó una mano por debajo de su trasero y levantó sus caderas lo suficiente para quitar la seda debajo; repitió el proceso y finalmente, con un último y diestro tirón, el vestido se deslizó sobre su cabeza. Quedó desnuda excepto por la inútil barrera de su camisón.

Frankie deshizo los botones de su chaleco hasta que este quedó colgando abierto y se veía el blanco de su camisa. Estirándose, empujó tanto la chaqueta como el chaleco de sus hombros, y él se quitó las vestimentas para que ella pudiera quitar las mangas de sus brazos. Ambos aterrizaron en la cama cerca de los arrugados restos de su vestido.

—Quítate las botas —le ordenó. Pasaron varios placenteros momentos de concentrada atención en sus pechos antes de que se moviera a un lado y pateara para quitarse las botas. Pateó y gruñó—. ¿Necesitas ayuda?

—No. —Se quejó exageradamente—. Sí —admitió, cuando las botas no se movieron.

Frankie rio.

—Eso es lo que ustedes, los hombres, obtienen por usar esas botas tan entalladas. —Saltó de la cama y dio la vuelta para que Thomas pusiera la

pierna entre sus rodillas. Ella agarró el talón y tiró hasta que la bota, tan ajustada como una media, salió de su pie. Intentó hacer lo mismo con la segunda bota, excepto que él levantó la parte trasera de su camión cuando puso la bota entre sus rodillas. Sus dedos trabajaban con el talón mientras Thomas acariciaba sus nalgas—. Detente —dijo entre risas, pero en vez de eso, ambas manos envolvieron sus pechos mientras ella se inclinaba. Sus índices y pulgares acariciaban los pezones y los apretaban ligeramente, poniéndolos tan sensibles que incluso el camión era estimulante. Frankie dejó salir un suspiro emocionado.

Un cálido suspiro subió por su espalda, seguido de su lengua, trazando la línea de su columna.

—Apresúrate y quítame la bota, mujer. —Le besó la parte baja de la espalda.

Ella se enderezó y le quitó el zapato, pero Thomas no le permitió girarse para verlo. Le levantó la camisa, envolvió los brazos en su cuerpo desnudo y jaló de ella para que descansara sobre su regazo. Sus manos estaban en todas partes, acariciando su caliente piel suavemente. Le besó el cuello, los hombros, alrededor de las orejas.

—Hermosa —le susurró y envolvió sus pechos, acarició los pezones y los pellizó hasta que oyó un fuerte gemido que seguro vino de ella.

Una palma bajó por su estómago hasta que llegó a la cima de sus muslos. Pasó los dedos por sobre los rizos justo cuando uno de sus pies desnudos abría sus piernas. Gimió más fuerte y reposó la cabeza en su hombro cuando sus dedos se deslizaron entre sus piernas y tocaron el exterior de su área más privada. Frankie agarró los muslos de Thomas con dedos temblorosos. Juguetó con ella allí abajo y le susurro dulces y seductoras palabras al oído. Se puso rígida cuando le separó los pliegues y deslizó la punta de un dedo dentro, luego arqueó el cuello cuando usó ese mismo dedo para tocar el pequeño nódulo de carne. Relámpagos de sensaciones la atravesaron, y ella gritó un poco. Él rio y la calló. Ella quería girarse, besarlo, verlo, pero él no se lo permitió. Dejándola deliciosamente expuesta, liberó su pecho y la giró para enfrentarlo. Sus talentosos dedos la masajearon entre las piernas temblorosas mientras su boca la devoraba.

Se alejó de ese beso, jadeante y gimiendo. Algo estaba llegando y no quería perderselo. Se elevó, levantándose con más y más urgencia, Thomas la guio hacia aquel fin inevitable. Deslizó un largo dedo dentro de ella, luego un segundo. Los quitó a la par y los metió de nuevo, y ella estalló. Arqueando la

espalda y cerrando los ojos con fuerza, explotó. Estaba levemente consciente de su abrazo y del suave movimiento que la puso de espaldas en la cama junto a él. Intentó no gritar. Mordió con fuerza su labio inferior hasta que la sensación disminuyó.

La sonrisa de Thomas era concedora e increíblemente erótica cuando ella abrió los ojos. Su camisa y pantalones habían desaparecido, y yacía desnudo contra ella. Se agachó y la besó antes de tomar un hinchado pezón en su boca.

—Oh, por Dios. —Agarró su cabeza, tomando un puñado de negros rizos, y lo sostuvo allí para chupar y atormentarla hasta que pensó que no podría aguantar más.

Le sonrió desde su estómago y mantuvo contacto visual cuando metió la lengua en su ombligo.

—Quiero saborearte.

Eso la confundió. ¿No la había besado lo suficiente para saber lo que había comido hoy? Después de todo, ella todavía sentía el té y el azúcar de su última comida en el comedor. Pero entonces bajó más y empujó una rodilla a un lado. Su sonrisa era insolente cuando metió la cabeza entre sus piernas. *Oh, no. Eso no se hace, ¿o sí?* Intentó sentarse, mortificada por lo mojada que estaba ahí abajo, pero él la detuvo con una mano en su estómago.

—¿Confías en mí? —le preguntó con un encantó diabólico.

Claro que confiaba en él. Con sus decisiones de hoy, le estaba confiando todo lo que más quería. Asintió casi imperceptiblemente. Thomas agachó la cabeza y extendió sus labios exteriores. Ella olvidó lo avergonzada que se sentía el instante en que su lengua probó toda su piel expuesta.

—Oh, por Dios —repitió.

Sus dedos volvieron a meterse en ella mientras su boca le hacía cosas pecadoras. Quería quedarse quieta, pero se revolvía en la cama, incapaz de mantener sus caderas en posición. La estaba haciendo hacer esas cosas de nuevo, donde parecía dar vueltas en espiral hacia más y más arriba. Oh Dios, ya estaba llegando al borde, pero quitó su boca antes de que cayera.

El aliento de Thomas estaba jadeante como el suyo cuando se elevó sobre ella.

—Necesito estar dentro de ti.

Nunca le había oído la voz tan profunda, rota y... ¿lujuriosa?

—Sí —le contestó. Hasta que siguió la longitud de su cuerpo con los ojos mientras él se arrodillaba entre sus piernas. Su virilidad sobresalía de allí abajo como algo... ¿anhelante? Era enorme.

—Estarás bien —le prometió—. Estas listas para mí. Iré lento.

Apoyada sobre un codo, extendió su mano y envolvió con los dedos esa virilidad. ¿Cómo podía entrar allí abajo algo que ella ni siquiera podía envolver con la mano? Thomas gimió, y ella prestó atención a su rostro. Su cabeza estaba hacia atrás y su pecho jadeaba. Nunca se había visto más atractivo. Su grácil cuerpo de marinero se tensó cuando le dio un apretón explorador. Dejó que esa piel sorprendentemente suave se deslizara por su mano hasta que sus dedos tocaron la cabeza bulbosa. Un solo hilo de humedad salía de la punta, y usó el pulgar para esparcirlo en toda la cabeza.

Esa carne saltó en su mano y le sujetó la muñeca con fuerza.

—Cuidado —le advirtió, su risa era dura y tensa.

—Lo siento, ¿te estoy lastimando?

—No, me estás matando tan bien. —Le mostró cómo mover la mano, pero solo le dio tiempo para hacer dos o tres caricias antes de alejarla y posicionarse en su entrada.

Lentamente, se deslizó dentro y movió las caderas hasta alcanzar una barrera. Hubo un dolor momentáneo, luego solo la sensación de llenura. Frankie levantó las rodillas y las apartó más. Él se agachó y la besó profundamente, metiendo su lengua al mismo tiempo que sus caderas se flexionaban y llegaba hasta el fondo.

—¿Todo bien?

Ella asintió, y él comenzó a moverse dentro. Sujetándose del dosel y luego de sus brazos, nunca había esperado que hacer el amor fuera tan intenso. Pero claro, nunca en un millón de años su yo joven podría haber conjurado la verdadera y sorprendente belleza de un Thomas enteramente desnudo tampoco.

Cerrando los ojos, Frankie se concentró en las sensaciones haciendo caos en ella. El tacto de sus largas manos sosteniéndole las caderas, el entusiasta ritmo con el que se deslizaba dentro y fuera, un poco más fuerte cada vez. La llevó a ese mágico borde y ella levantó las caderas en coro con las de él, presionando por llegar allí.

—Mírame —le ordenó.

La intensidad de su mirada lo logró, y ella cayó por el precipicio. Thomas la siguió con un rugido gutural segundos después, colapsando contra su pecho, con el rostro enterrado en su cuello. Sus dedos se enredaron en su cabello y le besó la ceja. Quedaron así, recuperando el aliento, por lo que se sintió como una eternidad dichosa para Frankie. Finalmente, él cambió su peso a un lado y

se quitó de encima de ella. La cortina caída era cálidamente agradable cuando la extendió sobre ellos como sábana improvisada.

Le besó el oído, el cuello, su hombro expuesto.

—Nunca habría imaginado una bienvenida como esta, mi queridísima Francesca —le dijo con ojos cerrados y voz adormilada. Su pesado brazo la acercó a su pecho, y colocó una pierna posesivamente sobre la suya.

Frankie no estaba arrepentida, y nunca se arrepentiría de lo que había pasado allí hoy. Sabiendo su pasado, algunos podrían considerar qué maquinaciones había puesto en juego, pero ella entendía que a veces el destino jugaba las manos más crueles. Lo único más cruel que llevarle a Thomas de vuelta era que, finalmente, después de todos estos años, él estaba interesado en él.

La verdad, el destino más cruel de todos era que ahora ella sabía que lo amaría por siempre. No había esperanza. Se acurrucó junto a él y cerró los ojos para disfrutar el momento.

Y, mientras se dormía, no pensó ni una sola vez en su prometido.

Capítulo 4

Cuando Thomas se estiró medio dormido en la cálida sábana para envolver nuevamente a Francesca, ella se había ido. No había una bella durmiente, suave y dócil luego de hacer el amor, dormida en su cama. Se sentó y la cortina que servía como cobertor cayó a su regazo.

—Francesca —llamó, porque así era como pensaba en ella ahora. Francesca. Frankie era el nombre de una niña, un apodo infantil—. ¿Francesca?

Nada. Silencio.

Se levantó del colchón y la cortina cayó por completo, dejándolo desnudo para caminar por toda la habitación. Abrió la puerta hacia el cuarto adyacente de la condesa y, para asegurarse, gritó su nombre de nuevo. En verdad se había ido. Sus ropas, que habían estado tiradas en el suelo, también estaban sospechosamente ausentes.

Descubrió sus pantalones amontonados bajo un montón de fea cortina y se los colocó sobre el desnudo trasero. El sol viniendo de las ventanas tenía una pendiente, lo que le decía que había dormido la mayor parte del día. Increíble. No había dormido más que un par de horas desde que se había enterado del accidente.

¿Cuándo se había ido? La habría escoltado a casa. *Hiciste esto muy mal, Tom*. Esperaría hasta la cena para ir a la casa, cuando estuviera seguro de que todos estarían. Estaba incluso más emocionado de ver a su segunda familia luego de los eventos de hoy de lo que había estado cuando llegó a Londres. Había querido tomar un cabriolé directamente del puerto para verlos a todos, pero había mucho que hacer, muchos detalles de los cuales ocuparse. Incluso así, solo había estado de vuelta un día.

Qué locura, pero luego de hoy, toda esta nueva vida se sentía menos abrumadora.

Había tenido una especie de plan, en realidad más como una idea mal formada, para promulgar a su retorno a Londres y a la sociedad. Claro, cuando se había ido apresurado, estúpidamente asumió que volvería como un héroe de guerra, celebrado y festejado por la ciudad. Habría vivido su vida de soltero muchas más décadas. Más allá de eso, no había pensado. Había sido tan joven y estúpido —estúpido e impetuoso— y no había tenido idea de en lo que se había metido cuando había ido corriendo a la guerra.

Estos días no tenía ningún deseo de pasear por la ciudad, o que se levantaran copas por sus tan honorables proezas. Había pasado mucho desde que había abandonado esas ridículas ideas, bastante antes de que toda su familia muriera en ese accidente de carruaje. ¿y no era absurdo? ¿Cuántas veces había maldecido a su padre y deseado que muriera? ¿O su hermano por deslealtad? ¿O su madre por su corazón frío e inútil? ¿Cuántas veces había decidido despreciarlos para siempre? Pero incluso así, el accidente de carruaje había sido terrible, y sentía haber querido alguna vez algo tan horrible.

Ahora que era el Conde de Harrington, había vuelto a casa sabiendo que estaría inundado de responsabilidades.

Llegó a la puerta principal de la casa Morewether solo para descubrir que la familia no estaba en casa.

—Al teatro, mi señor —le dijo el mayordomo—. Aunque es muy bueno verlo.

—Me alegra ser visto. —Thomas lanzó una mirada alrededor del recibidor. Se sentía exactamente igual, como casa.

—Sentimos mucho haber oído del conde y el resto de la familia. —El hombre agachó la cabeza, en deferencia a los muertos, supuso Thomas.

—Sí, bueno, gracias.

Thomas tuvo que sonreír cuando el mayordomo colocó una mano en su hombro.

—Todos creemos que lo hará bien, sin embargo. Siempre fue un buen muchacho.

—Gracias por el voto de confianza —dijo—. Por favor, dígame a la duquesa que pasé. No quisiera que piense que no es una prioridad.

—Con toda seguridad, mi señor.

Thomas había cabalgado hacia la casa, en vez de tomar un carruaje. Había sido ingenuo al pensar que la familia no tendría ningún plan para una noche de temporada. Cinco años lejos y estaba fuera de ritmo.

Ahora que sus planes nocturnos se habían caído, no sabía qué hacer consigo mismo. Ya no sabía dónde se jugaba cartas, no se sentía con ganas de ir a un club y ciertamente no un burdel. No tenía ningún plan de visitar a sus antiguas conocidas.

Parecía que sería otra noche navegando en los montones de papeles aburridos en el viejo estudio de su padre.

Genial.

Cuando Masters le dejó una nota a las siete y media de la mañana, Thomas seguía despierto desde la noche anterior, con transferencias, documentos legales y otros abandonados sobre el enorme escritorio. Sin embargo, fueron los indicios de que la mueblería había sido reordenada lo que hizo que el hombre se detuviera.

—Mi señor, tiene sirvientes que hacen esto por usted. —Masters balanceó la carta en una bandeja de plata mientras observaba la habitación cambiada.

—No podía dormir, de todas formas —dijo Thomas como explicación. Apuntó a los tres montones envueltos de alfombra persa—. Has que cambien estas alfombras por otras de la casa. Preferiría la que está en la habitación matinal.

—Por supuesto. Enseguida.

La nota estaba escrita a mano por una mujer. "*Encuéntrame en el parque en el Puente Serpentine; a las 9:30.*" Estaba firmada con una elaborada F.

Le había fastidiado la mente que Francesca se hubiera escurrido el día anterior, y ni siquiera había estado en casa para que lo discutiera con ella. ¿Le habría entrado la timidez? ¿La vergüenza? Suponía que era estúpido estar ansioso por verla de nuevo, pero no podía borrar la sonrisa prendida en su cara.

Tendría que apresurarse si quería llegar a este *rendez-vous* a tiempo.

Francesca llegó al puente temprano. Estaba nerviosa e inquieta, y sinceramente temía botar su desayuno en los arbustos. No había nadie en el parque a esta hora, y ciertamente no en la localización que ella había elegido. Todas las nanas y niños estaban en las praderas, chismoseando y jugando. Incluso se las había arreglado para salir de su casa sin su criada. Esta era una conversación para la cual no quería testigos.

Se frotó el estómago y miró los arbustos de nuevo, pero se giró y volvió al banco de la fuente. Quizás debería haber llevado a Anna con ella. Podría usar algo de apoyo moral. Bufó. Apoyo moral, bah. Qué asunto tenía ella pensando en esa frase. Oh, podría simplemente matarse por haberse metido en la posición en la que tenía que tener esta conversación.

Giró para caminar de vuelta a esos odiosos arbustos y ahí estaba él, a unos veinte pasos. Estaba increíblemente guapo. Luego le sonrió en esa forma que hacía que su corazón literalmente doliera.

La expresión de Thomas cambió cuando Francesca giró sobre los talones y huyó hacia los arbustos. Su incomodidad se alivió un poco cuando ella salió, sosteniendo un pañuelo contra su boca.

—¿Querida? —Thomas caminó hacia ella, extendió una mano para agarrar la suya—. ¿Estás bien?

Francesca puso su mano libre frente a ella, con la palma hacia afuera para detenerlo.

—Sí.

—¿Estás segura? Te ves pálida.

—No, estoy segura —dijo, apenas más fuerte que un susurro. Thomas dio otro paso en su dirección, pero se detuvo cuando ella retrocedió.

—¿Cómo llegaste aquí?

Francesca apuntó a un carruaje un poco más abajo, por el sendero. Estaba cerca, pero no podrían oírlos.

—¿Por qué te fuiste? Me decepcionó no encontrarte. —Su sonrisa era tan encantadora y su guapo rostro tan querido que tembló al saber lo que debía decirle. No respondió inmediatamente, pero él pareció no notarlo—. Voy a ver a Christian esta tarde. —El rostro de Thomas estaba encendido con emoción. Francesca deseó poder sentir tan solo un poco de esa alegría que brillaba en su cara.

—¿Por qué? —jadeó, temiendo la respuesta y sospechando que ya la sabía.

—¿Luego de lo de ayer? Sabes por qué. —Thomas dio otro paso hacia ella, con ambas manos extendidas, ansioso por tocarla. Ella levantó una mano y cuando soltó un abrupto aullido, él se detuvo. Sus cejas se unieron consternadas—. ¿Qué pasa? No entiendo.

La sonrisa de Francesca era frágil, y estaba cerca de la histeria.

—Siento mucho lo de ayer. No sé en qué estaba pensando.

—No estábamos pensando, Francesca. Estábamos sintiendo. Fue espontáneo. No me digas que no se sintió bien, porque sé que sí.

—No es eso lo que quise decir. —Su voz era baja y temblaba con emociones que estaba desesperadamente tratando de mantener bajo control.

—Sé que las cosas no pasaron de la forma aceptable —explicó Thomas—. Pero volví a Londres para poner todo en orden. Necesito una esposa. Tiene todo el sentido que seas tú.

Francesca gimió en su pañuelo de lino y se balanceó ligeramente. Thomas tomó su oportunidad para adelantarse y agarrarla del brazo, estabilizándola con sus grandes manos. Incluso en este estado de casi pánico, sentía el calor de sus dedos a través de la pelliza y la blusa, y sus traidores pechos comenzaron a doler ante el recuerdo sensorial de sus manos sobre ella.

—Todo estará bien. —Su tono era consolador, su aliento cálido en su mejilla—. Nos casaremos y nadie sabrá el orden de las cosas, si eso es lo que te preocupa.

—No. —Aguantó un sollozo.

—No, qué, ¿querida?

—No, no nos casaremos. No podemos.

—Sí lo haremos.

—Ya estoy comprometida —escupió—, lo siento. No tienes idea de lo mucho que lo siento. Lo de anoche fue un terrible, terrible error, y haría lo que fuera por arreglarlo.

Él se alejó de ella, un paso, luego otro. La forma en la que la miraba le causó un dolor físico. Francesca llevó las manos a su rostro. Quería dejarse ir y llorar, pero este no era el lugar ni el momento. Tenía que ser fuerte y hacer lo correcto.

—Pensé que lo sabías. —Su voz se quebró y respiró profundo para contenerse.

—No. ¿Cómo podría?

—Madre te escribía todo el tiempo —explicó.

Thomas sacudió la cabeza con vehemencia.

—No tenía idea. ¿Qué clase de caballero sería si conscientemente hiciera el amor con la prometida de otro hombre?

—Oh, por favor —protestó Francesca—, lo hacías todo el tiempo.

—No contigo, nunca contigo. —La miró como si ella lo hubiera acusado de un crimen de guerra antes de que su rostro se hiciera pétreo—. No puedes casarte con alguien más.

—Pero lo haré. Tengo qué. Ya está todo arreglado. —Oh, si tan solo pudiera volver el tiempo.

—¿Cuándo? —Su voz era dura, el timbre bajo y brutal.

—Dos semanas. —*Si tan solo no fuera verdad.*

—¿Quién? —De nuevo, solo una palabra, corta y fila.

—¿Importa?

—Sí, con un demonio. Importa —rugió. Su ira era mejor que ahogarse en la culpa que su afecto le traía. Debía ser castigada.

—Henry Cavendish, Marqués de Dalton. Es un buen hombre, uno que me gusta y respeto. Te gustará también. —Intentó sonreír, pero tenía certeza de que había salido más como una mueca.

—¿Cuánto le agradeceré cuando se entere de que he robado la virginidad de su novia? —Estaba caminando ahora, atrás y adelante, como un animal salvaje.

—Nunca lo sabrá, Thomas. Nadie lo sabrá. —Francesca se aseguraría de eso. Esta información iría a sus tumbas.

—Vas a tener que terminar con él. —Se detuvo justo frente a ella, su rostro a menos de diez centímetros del suyo. Ya no había la constante alegría en sus ojos, su siempre presente sonrisa.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo. Todo está arreglado. Ya se firmaron los contratos. —Él no rompió el contacto visual, así que ella siguió—. He dado mi palabra y la de mi familia.

—Tu familia entenderá. —Su tono era filo, una orden.

—No lo harán, y tampoco la élite. Thomas, nosotros, ninguno de nosotros se puede permitir otro escándalo.

—Me importa un bledo el escándalo, Francesca —gritó desde el extremo del sendero que había estado haciendo.

—Shhh —Francesca miró alrededor para asegurarse de que no tenían audiencia. Bajó las manos en gesto tranquilizador—. Puede que no te importe un escándalo dado que no hay nadie a quien escandalices excepto tú. Yo, sin embargo, tengo una familia que, como sabes, estaría devastada por un escándalo. Piensa lo que eso le haría a Mamá.

Los ojos de Thomas se entrecerraron.

—La duquesa ni siquiera estuvo envuelta en el último escándalo. Creo que has sobre-exagerado eso en tu mente. Pasó hace casi veinte años.

—¿En serio? La gente nunca olvida, deberías saberlo. Todos están esperando como cuervos a que algo emocionante pase para destruirlo. —Francesca estaba frenética ante el prospecto de ser el centro de una atención como esa.

Su situación presente podría no ser tan jugosa como la de su tío, pero había mucho para que pusieran sus manos encima. Su padre, Alistair, no tendría que haber sido el duque. Era el segundo hijo y no había estado preparado para tomar el control que le habían echado cuando el amorío de su hermano, el heredero, se había hecho conocido. Su hermano mayor, Neville, nunca había tenido el sentido del deber requerido para un duque en proceso, y a pesar de lo mucho que su padre había intentado inculcárselo, Neville siguió siendo caprichoso, impulsivo e inconstante. Alistair se había unido a las

fuerzas del Rey y partió para salvar al mundo de la tiranía Jacobita creciente; tal y como se esperaba de un dedicado segundo hijo.

Entretanto, Neville rehuía a sus obligaciones al Rey y al País y apenas se molestaba en aparecer en su asiento en la Casa de los Lores. En vez de eso, se dedicaba a una serie de faldas ligeras, actrices y, la causa de su caída final, las esposas de sus camaradas. Fue descubierto en la cama de la hermosa esposa de un noble notoriamente celoso. Se lanzó un duelo y se lo realizó a la grisácea mañana siguiente en Hyde Park. Se eligieron pistolas como armas y Neville, con pocos talentos además de seducir mujeres hermosas, tuvo un tiro de suerte que mató a su retador con una bala en el pecho.

Sabiendo la opinión del Rey respecto a los duelos y que con seguridad se venía un cargo inminente de homicidio, huyó de la ciudad con su amante antes de que su cuerpo se hubiera enfriado. Claro, esa decisión rápida no fue la correcta, y la gente habló solo de eso por meses. La mujer se quedó con él menos de una semana después, luego de que el bote atracara en Calais.

Su padre estaba furioso con Neville por haber humillado así a la familia. Hasta ese punto, Neville había sido perdonado porque era el heredero, pero su padre había alcanzado un punto de quiebre. Se desheredó a Neville y este murió sin un céntimo en Paris de una fuerte fiebre menos de dos meses después. Su amante humillada volvió a Londres con cuentos de coacción y prácticas sexuales antinaturales e, incluso peor, alusiones a un comportamiento traicionero que trajo más vergüenza a la familia. Le tomó años a la familia Belling recuperar la dignidad y las conexiones políticas que había perdido por los pecados de su hijo.

—No voy a arruinar la vida de todos porque nos equivocamos. Eso es lo que fue, un error. Entiendo que estés enojado conmigo. —No quería rogarle, pero tenía que entender—. No puedo hacerle eso a Mamá, simplemente no puedo. —Oh, mi Dios, no más nauseas.

Thomas la miró con furia.

—Esto es intolerable. No lo soportaré. Terminarás con él. Eres mía. — Thomas lo dijo como si fuera un hecho.

¿Cómo es que nunca se había dado cuenta de que era un idiota exasperante?

—Podría haber sido tuya. Quería ser tuya, maldita sea. Esperé y esperé aquí por ti, pero te fuiste. Además, nunca me diste la más mínima indicación de que estabas interesado. Te fuiste tan enojado conmigo.

—No seguí enojado, maldita sea. —Thomas volvió a caminar—. Estaba en guerra, Francesca. Y, además, tampoco me escribiste.

—No importa. Había demasiada presión para que me casara con alguien, quien sea. Christian insistía e insistía. No podía esperar a que volvieras y me encontraras mayor. Además, no había garantía de que mi quisieras si alguna vez volvías.

Se detuvieron, mirándose, sin hablar.

—Este es un terrible desastre.

—Termina con él.

—Di mi palabra.

—¿De honor? —bufó Thomas—. Luego de anoche, ¿vas a hablar de honor? Ya rompiste la promesa a tu prometido. Ni siquiera estás completa ya.

Francesca se quedó allí con los pies bien plantados, horrorizada.

—¿Cuándo te hiciste tan cruel? Suenas igual que tu padre. —Fue lo más horrible que se le ocurrió decir luego de esa crueldad.

—Y tú eres una niña mimada como siempre, Frankie —le dijo, usando su apodo con desprecio.

En su rabia, Francesca oyó a alguien en el puente detrás de ellos.

—¡Ey!

Ella cerró los ojos ante el sonido de la voz de su hermano. De manera muy típica, Christian nunca podía sentir la tensión en el aire y caminó directamente en medio de la discusión.

—¡Thomas! Diablos, es bueno verte. —Christian encerró a su mejor amigo en un feroz abrazo—. ¡Te ves bien! Sano y entero. Qué bueno que evitaras el fuego de cañón. —En algún punto, se las arregló para notar a su hermana parada ahí, y lo inusual de la situación—. Ambos están levantados horriblemente temprano. O quizás alguien ni siquiera ha estado en cama, ¿eh, Thomas?

Francesca quería estrangularlos a ambos, justo ahí, con sus propias manos. Mimada, claro.

Thomas sacudió la cabeza.

—No, solo me levanté temprano. No dormí bien.

—¿Estabas solo? Nunca duermo bien cuando estoy solo. —Christian sacó un largo cabello rubio de la manga de su abrigo y lo dejó volar en la brisa.

—Estaba solo, aunque no por mi culpa. —Thomas se atrevió a mirarla, pero ella le devolvió la mirada con rabia y con los brazos cruzados sobre el pecho. Él no la apartó.

—Eso no explica por qué estás levantada tan temprano, Frankie. — Christian no se molestó en hacer contacto visual mientras hablaba, demasiado ocupado estaba revisando su atuendo buscando cabellos.

—No le haría mucha gracia a tu amante de la tarde ver el cabello de tu amante de la noche, ¿o sí, Christian? —No podía evitar su molestia.

Christian levantó una ceja y le dio una mirada perezosa.

—Mi reputación no es de tu incumbencia, querida hermana, pero no es mi misión hacer miserable a ninguna jovencita.

Francesca bufó en respuesta.

—Todavía no me has dicho por qué estás despierta tan temprano. Bond Street aún no ha abierto, así que no puedes estar comprando cursilerías.

Los ojos de Francesca se entrecerraron y apretó la mandíbula con fuerza, pero no respondió. Adoraba el hecho que su falta de respuesta enojaría más a su hermano que cualquier discusión.

Christian le dio una sonrisa débil y condescendiente, y giró hacia Thomas.

—Recibimos tu carta de visita anoche. Madre esperaba que te viera hoy en White's o donde sea, y quería que te extendiera una invitación para cenar esta noche. Solo la familia.

Francesca se puso rígida.

—Thomas no está disponible esta noche —dijo sin pensar.

Thomas habló en el tono más irritantemente indiferente que ella podía imaginar.

—Puedo hablar solo, gracias, Francesca. Dile a tu madre que iré encantado. ¿A las ocho?

—No —dijo Francesca, sus ojos abiertos con terror.

Christian o bien no notaba la tensión, o pretendía no hacerlo.

—Ocho es la hora normal, claro.

—Estaré ahí. Después de todo —dijo Thomas mientras giraba hacia Francesca—, tenemos mucho que discutir.

La necesidad de vomitar apareció de nuevo. Francesca no tenía idea de cómo salir de este desastre. Si Thomas estaba determinado a hacer un desastre y avergonzar a todos, ella no sabía cómo detenerlo. De todo lo que estaba segura era que no quería que su familia pasara por otro escándalo. Había visto cómo una familia podía desarmarse completamente bajo un escrutinio como ese. La clase alta era una cosa terrible, y los errores te comían vivo.

Capítulo 5

—A cenar, Anna. —Frankie hizo gestos exagerados con las manos. Por mucho que lo intentara, no parecía poder calmarse—. Vendrá a cenar. ¿Qué haré ahora?

Anna estaba sentada tranquilamente en una butaca, sorbiendo su té con una mirada perpleja en la cara.

—Hmm, no estoy segura de entender el problema. Justo ayer estabas muy emocionada por verlo.

—Eso fue ayer. Mucho puede cambiar. —Miró el pequeño bolso de satén descansando en su vestidor. Contenía su anillo de compromiso, de vuelta de los joyeros, puesto que la piedra había sido arreglada por una imperfección la semana pasada. La mareaba el solo pensar en ponérselo.

—¿En una noche? —Anna la miró fijamente con los ojos enormes sobre el borde de la taza. Francesca pensó que podría haber algo de acusación en ellos, pero muy probablemente solo estaba siendo paranoica.

—Sí. En una noche —confirmó Francesca. Oh, cuán desesperadamente quería confiar en alguien. Pero lo que había hecho era tan terrible. No podía perdonarse. ¿Cómo podría confesar sus pecados en frente de alguien más y esperar que la perdonaran, incluso alguien tan querida como Anna? No, este era un secreto que se llevaría a la tumba.

—Estoy intentando entender, pero no estás siendo coherente, desvariando como un derviche. Por favor, ven y siéntate. Solo te lastimarás sacudiéndote así. —Anna apuntó a la butaca gemela frente a ella.

Francesca se sentó delicadamente en el asiento, justo en el borde, tan nerviosa que pensó que se desmayaría en cualquier momento. Colocó las manos en ambos brazos tallados del Chippendale.

—¿Té? —le preguntó Anna. Su calma en verdad irritaba un poco los nervios de Francesca.

—No. No creo poder soportar nada en el estómago.

Anna la miró silenciosamente, larga y pacientemente. Cuando Francesca no pudo soportarlo más, accedió a una taza.

—Siempre encuentro nuestras inversiones de roles muy interesantes —comentó Anna mientras le pasaba una taza y un platillo—. Desde ayer en la tarde, has estado al borde de la histeria.

Francesca no le podía responder. Su amiga estaba tan cerca de la verdad que era incómodo.

—Claro, hace mucho que conozco tus sentimientos por Harrington. Es por eso que no pensé ni por un momento en no darte tiempo con él. Sin embargo, desde entonces —subrayó Anna y le dio una larga mirada por sobre el borde de su taza—, no entiendo tu comportamiento.

Francesca tragó con dificultad su té, forzándolo a pasar como si fuera medicina. Cerró los ojos largamente, pero cuando los abrió de nuevo, Anna todavía la miraba pacientemente.

—Me pone nerviosa.

—Ya veo. —Anna apoyó de nuevo su taza en el platillo, y luego colocó ambos en la bandeja de plata—. Frankie, ¿cómo puedo ayudarte cuando no sé cuál es el problema?

—Thomas quería pedirle a Christian permiso para casarse conmigo.

—Oh, bueno, eso es inquietante, no es cierto, considerando los eventos recientes. ¿No sabía que estabas comprometida?

—Ahora sí. —La expresión de su amiga se hizo más perpleja, así que Francesca siguió—: temo que haga alguna escena esta noche en la cena con Christian y Mamá.

Anna elevó las cejas.

—No veo por qué. No suena a Thomas.

Francesca alejó la mirada hacia la ventana e intentó no jugar con las manos.

—Puede que lo haya incentivado inadvertidamente, aunque no lo hice con malicia.

Anna dejó salir un suspiro exasperado y sacudió las manos.

—Por favor, deja de ser tan obtusa, por Dios Santo. Habla claramente.

—No estoy intentando ser obtusa —le respondió Francesca, pero claro que sí. No podía animarse a decir en voz alta lo que había hecho.

De pronto la expresión de Anna se aclaró y su voz se llenó de temor.

—Oh, cielos. ¿Qué pasó ayer?

Ella intentó levantarse de la silla, pero Anna le agarró las manos y la mantuvo allí. Intercambiaron una larga mirada, y Francesca intentó infundir todo lo que no podía decir en voz alta en su mirada.

—Me llevó a su casa para que le aconsejara sobre redecoración. Finalmente tuve la oportunidad de disculparme por esa otra vez. —Anna asintió comprensiva—. Y luego... las cosas se dieron.

Las cejas de Anna se elevaron.

—¿Cosas?

—Sí. Cosas íntimas. —Francesca tragó con dificultad.

—Oh, no. Oh, cielos. —Su amiga sacudió la cabeza, adelante y atrás, como si negando las palabras, entonces nada habría pasado en realidad. Francesca deseó que fuera así de fácil—. Esto es un desastre.

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—No tienes idea.

—Sé que siempre lo has amado, pero... ¿En verdad tuvieron... tú sabes... relaciones?

Ella asintió, apenas.

Anna se levantó y empezó a caminar, tal y como Francesca hacía hace un momento.

—¿Por qué te harías esto? Oh, por Dios.

—Solo pasó. Un minuto estábamos discutiendo cómo rehacer el dosel y luego, bueno, estábamos en la cama.

—¿Qué estabas haciendo en su cuarto? Frankie, cómo, *¿cómo, te metes en estas situaciones?* Honestamente, en su habitación. Es como si no pensaras.

Francesca intervino, ansiosa por defenderse.

—Fue bastante inocente, te lo aseguro.

—Seguro que sí, justo hasta el momento en que ya no lo fue.

Ahora ambas estaban paradas en el área de descanso del cuarto de Francesca.

—Bueno, ¿quién habría pensado que *eso* iba a pasar? Se siente perdido. ¿Qué iba a hacer?

Anna agarró de nuevo las manos de Francesca y la miró con mucha preocupación.

—Cariño, nadie sabe más de tu cariño por Thomas que yo. Has estado enamorada de él desde que tenías seis. Debería culparme por permitirte ir sola con él.

—Quién habría creído que estaría interesado en mí, especialmente después de cómo quedaron las cosas entre nosotros cuando se fue.

Anna soltó un suspiro empático.

—¿Asumo que arreglaron las cosas, entonces?

—Para lo que sirvió.

Su amiga la atrajo y la abrazó suavemente, luego la sentó.

—¿Fue increíble?

¿Fue increíble? El más grande error de su vida había sido tanto la mejor y peor cosa que alguna vez le había pasado. ¿Cómo podría seguir con su vida sabiendo cómo podría ser? Sintió las lágrimas de nuevo y pestañeó con fuerza para mantenerlas a raya.

—Lo fue.

—Lo siento tanto. Parece algo extraño de decir, considerando lo mucho que te importa, pero no puedo evitar preocuparme por ti. Finalmente te ve y no puedes tenerlo. No puedes, ¿lo sabes? Básicamente ya estás casada con Lord Dalton, en todas las maneras que importan. El contrato está firmado. Se acabó.

Oh, Francesca sabía. No había escapatoria. Todas las salidas llevaban a una catástrofe.

—Por eso estoy preocupada. Estaba más enojado de lo que jamás lo he visto cuando se enteró.

—Seguramente será razonable, ¿o no? —Anna asintió para sí—. Sí, estoy segura de que saldremos de esto. Todo terminará como debe. —Palmeó la mano de Francesca y le dio una sonrisa de ánimo.

Francesca se hundió en su silla. *Ni en sueños.*

Thomas estaba en la sala de billar cuando entró Christian.

—Thomas —lo saludó Christian afable y lo atrajo a un abrazo bastante masculino que terminó con una honesta palmada en la espalda.

Thomas se forzó a sonreír incluso a pesar de su mal humor. A pesar de los eventos de los pasados dos días, esta era la familia de su corazón, y estaba más que agradecido de ser recibido de vuelta en su seno. No sabía exactamente qué había planeado para esta noche, pero sabía que estaría templado por el deseo de ser incluido en esta familia. ¿Significaba eso como un hijo por matrimonio o un retorno al viejo orden? Aún no lo sabía.

—Madre está tan emocionada de tenerte. Me refiero a en casa y para cenar —dijo Christian, sonriendo de oreja a oreja—. Apenas ha hablado de otra cosa. Le hice prometer que te dejaría asentarte antes de asfixiarte.

—Nunca había tenido idea de lo mucho que se requería de un conde hasta que volví. Claro, nunca se me dio la educación sobre las fincas y las propiedades que mi padre le dio a Basil —respondió Thomas, refiriéndose amargamente a su hermano recientemente muerto—, pero lo estoy deduciendo.

—No tengo duda de que lo harás excelentemente. —Christian le dio a Thomas un taco y le hizo señas para que rompiera las bolas que habían sido acomodadas en un triángulo en la parte más lejana de la mesa—. Y eres muy

afortunado de no tener parientes femeninas que te molesten para casarte y engendrar un heredero.

—Estoy seguro —el choque de la bola blanca esparciendo las otras en la mesa enfatizó el punto de Thomas— de que tu madre está disfrutando enormemente su nuevo pasatiempo.

—Eso es poco —concordó Christian—, ella y sus amigas me han tomado como su proyecto de mascota. He estado esquivando balas toda la temporada. Estoy emocionado por tenerte en casa para buscar faldas.

—Siento decírtelo, Christian, pero voy a necesitar encontrar una esposa. Aunque el accidente de Basil no significara mucho, con certeza me mostró que no debo jugar con el destino.

Christian se agarró el pecho dramáticamente.

—Oh, no. No digas eso.

—Todavía eres un idiota.

Christian sonrió sin arrepentimiento, y fue fácil para Thomas ver al chico que había conocido hacía tantos años en el colegio.

—Pero eso no significa que te casarás mañana. —Christian soltó hábilmente la bola siete en la tronera de una esquina.

¿Y si me quiero casar mañana?

Thomas se salvó de más reflexiones por la entrada de la duquesa. Si hubiera sido una mujer más joven y menos imponente del respeto, por ser una miembro líder de la alta sociedad, estaba absolutamente seguro de que habría chillado. Incluso así, su bienvenida fue bastante aguda.

—¡Thomas!

—Madame. —Sonrió mientras apoyaba su taco en el fieltro y caminaba hacia ella.

La duquesa lo envolvió en sus brazos en un abrazo maternal.

—Solo estoy encantada de que estés en casa. Me preocupé mucho cuando te fuiste.

Él sonrió insolente.

—Estaba a salvo a bordo. —Sabía que eso no era exactamente cierto, pero ya había acabado, y no había necesidad de molestarla por nada.

—Sin embargo, una madre se preocupa y tú eras, eres, mi hijo tanto como si te hubiera engendrado. Debería golpearte en las orejas por irte como te fuiste, pero ahora solo me siento muy feliz de que estés en casa y mi ira se desvanece.

—Siento haber huido así. Los jóvenes... Bueno, esa es mi única excusa, la verdad. La juventud. —Más un poco saludable odio hacia su propia familia y un pequeño accidente en Hyde Park.

—Todo está perdonado y ya no hablaremos más de ello. —La duquesa entrelazó su brazo con el de él y luego el de Christian—. Vayamos a cenar. Estoy segura de que Anna y Frankie ya nos están esperando en el vestíbulo. Ustedes dos tienen mucho tiempo después para decidir qué desenfreno tienen planeado para esta noche.

Thomas empezó a protestar ante sus expectativas de los planes para la noche, pero Christian solo sonrió por sobre la cabeza de su madre.

—No hay necesidad de intentar convencerla de otra cosa, Thomas. Mi madre tiene espías en todas partes. De alguna manera, siempre sabe de mis actividades, o piensa que lo sabe.

—Christian, cuando dejes de actuar como un idiota y empieces a tomar tus responsabilidades seriamente, no necesitaré controlarte —dijo la duquesa—. Así como estás, deberías estar feliz de que he evitado que te atrapen las docenas de madres deseando juntarte con sus completamente inaceptables hijas.

—Que es por qué no cortejo a ninguna de las damas casaderas, madre —le dijo Christian—. Las viudas que me entretienen no buscan otro matrimonio.

Thomas se rio de los dos mientras continuaban discutiendo de ida hacia el comedor. Nada había cambiado en los años de su ausencia, y estaba emocionado de estar de nuevo en la comodidad de esta familia que conocía y amaba tanto.

La puerta al comedor estaba entreabierta cuando los tres se acercaron. La mirada de Thomas encontró a Francesca inmediatamente, parada sola en el lado más lejano de la habitación. Vestía un vestido azul con una pañoleta de encaje cubriendo el pecho y los hombros.

Cuando su mirada encontró la suya, pudo ver el miedo en sus ojos. Perversamente, amaba su ansiedad. Demonios si no se lo merecía.

Se acercó a ella confiadamente, mirando su expresión oscurecerse mientras se acercaba.

—Francesca, qué encantador verte de nuevo. —Su reverencia fue extravagantemente baja y, con una floritura inspirada, le besó la mano antes de que tuviera la oportunidad de quitarla. Le sostuvo la mirada mientras se elevaba lo más que podía, el labio curvado con una sonrisa sardónica.

—Buenas noches, Thomas. —Su mirada de venado aterrorizado en vista de un cazador lo detuvo un momento.

—Te ves tan hermosa como siempre. —Thomas dejó que sus ojos viajaran por ella y obviamente, se detuvo en sus caderas y pechos, solo lo suficiente para recordarle que ya había visto todo de ella—. Ese color te queda bien. El azul siempre hizo que tus ojos se vieran más verdes.

—Gracias. —Sus mejillas estaban hermosamente sonrosadas, y desvió la mirada a la alfombra.

Se inclinó para susurrarle: —No creo que estés más hermosa que cuando te sonrojas de pies a cabeza. —Le complació oír la súbita inspiración y el sonrojo prometido extenderse por su cuello.

—Métete en tus propios asuntos. —Su voz era igual de baja, pero no menos intensa.

—Quizás lo haré. —Se encogió de hombros—. Quizás no. Estoy de humor para un poco de deporte esta noche.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó. Sintió un retorcijón de culpa cuando, una vez más, vio el miedo en su mente. Pero entonces recordó la fragante pasión en su cama y renovó su determinación. Demonios, iba a obtener lo que quería ahora.

—No lo sé aún. Veamos que sucede, ¿está bien?

—¿Qué te pasa? —le siseó Francesca, mientras él la tomaba del brazo y la acercaba a él. El resto de la familia ya había salido y estaba de ida al comedor.

—¿Yo? Me usaste, Francesca, si te acuerdas. Estoy consciente de que quieres dejar esto atrás, y es un adorable detrás. Lo sé porque lo he visto. Es como un durazno succulento. Aun así, no voy a sucumbir a tus deseos en este asunto.

Francesca hizo un sonido molesto e intentó liberarse de su agarre, pero él la sostuvo con fuerza.

—Suenas como una debutante. No te usé —le dijo en un susurro fiero.

—¿En verdad? ¿Revisamos los eventos?

—No necesito revisar nada. Créeme, recuerdo exactamente lo que pasó.

—Mmmm —murmuró en su oído—. Cuando cierro los ojos, puedo recordar exactamente cómo te sientes. —Y como olía, y los adorables sonidos que hacía.

—¡Detén eso!

—Oh, querida. Desearía poder hacerlo. Pero resulta que en verdad no quiero.

—Intenté explicártelo esta mañana —protestó—. Lo siento. No puedes imaginar cuánto lo siento. ¿Puedes dejarlo ir?

—¿Dejarlo ir? Eres increíble. Nunca dejaré ir esto.

—Por favor, ¿qué puedo decir para que cambies de opinión? —Lo miró con verdadera preocupación, pero él no iba a caer.

—No puedes culparme por esto, Francesca. —Estaban solos en el vestíbulo, y redujeron sus pasos para quedar en el cuarto detrás de los otros—. Hubo bastantes oportunidades para que me dijeras que estabas prometida antes de que me dejaras hacerte el amor. No que no disfrutara cada momento.

—No puedes hablar en serio —siseó furiosa, sus ojos brillaban con enojo. ¿Cómo es que nunca había notado su apasionada naturaleza antes?—. ¿Por qué estás intentando humillarme? ¿Tus sentimientos están heridos? ¿Es eso?

No estaba intentado humillarla, ¿o sí?

—Soy un hombre de mundo, querida. Con seguridad que la seducción de una pequeña debutante no me va a romper.

—No sé por qué pensé alguna vez te amaba. ¡Eres un idiota insolente! —Giró hacia la puerta—. ¿No es este el resultado deseado de todos los canallas? Te has acostado conmigo y no te estoy pidiendo matrimonio. ¿Qué podría ser mejor?

Thomas no iba a dejar que ella tuviera la última palabra.

—¿Y si estás llevando mi hijo?

El rostro de Francesca cayó con una interesante mezcla de terror y furia.

Tiró de ella antes de que pudiera llegar a la puerta. Ella perdió el equilibrio y él la atrajo contra su pecho. Sus labios tomaron los de ella antes de que sus manos lo botaran. Su lengua entró fácilmente en la boca de Francesca. Lo que comenzó como un beso para castigarla se volvió en uno apasionado rápidamente y, a pesar de sí mismo, lo profundizó. Sus brazos la envolvieron, inclinó la boca para un mejor ángulo y rozó su lengua contra la de ella. Su erección creció cuando el cuerpo de ella le respondió.

Fue su pequeño gemido lo que lo trajo a la realidad.

Se enderezó y volvió a entrelazar su brazo con el de ella.

—Límpiate la boca, querida, o alguien hablará —le dijo secamente mientras la llevaba al pasillo.

—¿Cómo está tu padre? —Thomas dirigió la pregunta a Anna.

El padre de Anna, el General Mayor Vizconde de Albemarle, estaba en el continente con sus tropas. Anna tenía doce cuando su madre murió, y el general felizmente había permitido que Lord y Lady Belling se hicieran cargo de su hija dado que ella no tenía permitido seguir al campamento con el resto de la gente, y había vivido con ellos desde entonces. Cuando llegó el momento, y como no había parientes mujeres deseando hacerse cargo, el duque y la duquesa la habían patrocinado durante la temporada. Hacía mucho que Anna se había convertido más en una hermana que en una amiga de Francesca.

—Como estoy seguro que sabe —le dijo Anna—, está a cargo del ataque. Lamento que sus letras sean pocas y lejanas estos días. Las únicas noticias que tengo son del *Times*.

—Intente no preocuparse. Estoy seguro de que está muy ocupado —le dijo Thomas.

La conversación iba perfectamente. Si Francesca podía mantener el tema lejos de asuntos sensibles, podría salir viva.

—He oído que las discusiones no están yendo bien con las Colonias tampoco. El Sr. Madison no tiene mucho que elogiarle.

Thomas elevó las cejas ante su conocimiento y el interés en temas tan actuales.

—¿Sigues la historia?

—¿Por qué no, especialmente cuando gente que es tan importante para mi familia está al servicio del Rey? —Había querido implicar a Lord Albemarle, pero la sonrisa de Thomas le dijo que sabía que había estado siguiendo las noticias por él. Caray.

—Oh, lo hiciste. —Christian se rio de Thomas—. No insultes su dedicación en temas de actualidad, hombre, o tus orejas sangrarán antes de que lleguemos al pudín.

Thomas sacudió la cabeza y elevó una ceja.

—No estoy insultando. Por el contrario, estoy muy impresionado, Francesca. —No, estaba halagado, lo que era increíblemente molesto.

Su hermano no podía quedarse callado tampoco, incluso cuando la pateó por debajo de la mesa.

—Le puedes preguntar a Frankie lo que sea sobre las políticas exteriores del Reino. Tiene una opinión sobre todo. Bastante molesto.

Thomas todavía tenía una sonrisa irritante en la cara.

—Estoy segura de que no muchas mujeres de la alta sociedad siguen las noticias tanto como las de chismes.

—Para eso me tiene a mí —añadió Anna—. Amo las páginas de chismes.
Francesca le sonrió a Anna.

—Prometo hacerle saber cuándo vamos a la guerra, y ella me deja saber quién está en desgracia esta semana.

—Sueno justo —dijo Thomas.

La duquesa brillaba desde el extremo de la mesa.

—Solo estoy contenta de que estés en casa, especialmente desde que Wellington está en la Península con todas esas feas palabras que vienen de Francia prometiendo más problemas aquí.

—Estoy dividido —admitió Thomas—. Estoy feliz de estar en casa, pero al mismo tiempo, es difícil saber que mis hombres están en peligro.

—Estás en una guerra completamente diferente ahora. —Christian rio—. Espera hasta que las madres de la clase alta te agarren.

—No estoy preocupado —dijo Thomas a toda la mesa, pero la mirada que le dio a Francesca le dijo que ella tenía mucho de qué preocuparse.

La cena continuó de esa manera. La familia de Francesca hablaba despreocupadamente, completamente ignorante al hecho de que Thomas la estaba haciendo miserable. Apenas comió. Estaba demasiado ocupada evitando caídas conversacionales.

—¿Has conocido a Lord Dalton, el prometido de Frankie? —preguntó su madre.

Francesca cerró los ojos brevemente y deseó la muerte.

—No —respondió Thomas—. Hoy me enteré recién que nuestra querida Francesca está comprometida. Estoy seguro de que no pueden imaginar lo sorprendido que estaba.

Francesca no encontró sus ojos. Sabía que la estaba mirando directamente mientras hablaba. Podía sentir su mirada en ella tan intensamente como si una soga los atara.

Su madre se limpió la boca con una servilleta.

—No debiste recibir mi última carta, con lo que volviste tan abruptamente. Estamos muy felices con el joven caballero. Viene de una excelente familia y es bastante agradable.

Christian apuntó a un paje para que llenara su copa de vino.

—La verdad, Dalton es un amigo mío. Creo que en verdad te agradecerá. Un tipo todoterreno.

Francesca rodó los ojos.

—Lo haces sonar como un spaniel, Christian.

Christian solo la miró inquisitivamente, pero entonces volvió su atención a Thomas.

—Nos vamos a encontrar en White's después. Ven conmigo y te lo presentaré. Después de todo, va a ser parte de la familia.

Voy a vomitar. Justo aquí en la mesa. Francesca tomó un largo sorbo de vino que fue por el camino equivocado, lo que la hizo escupir y toser. Thomas no perdió tiempo en golpearle en la espalda.

—¿Algo te hizo ahogarte, Francesca? —le preguntó. No iba a caer ante ese tono solícito.

—Gracias, Thomas, ya estoy bien. —Estaría bien si no la hubiera besado. Simplemente no podía tener una conversación sobre su prometido inmediatamente después de besarlo.

La familia siguió, conversación fútil iba y venía, y Francesca seguía nerviosa. Quería desesperadamente odiar al hombre sentado a su izquierda. Había sido malo y vengativo y despiadado, y el Thomas que siempre había amado nunca había sido así con ella. Claro, el Thomas que amaba nunca la había notado tampoco.

Incluso tan cruel y despreciable como era esta noche, nunca podría olvidar la mirada en su cara cuando se había enterado que estaba prometida. ¿Podría realmente estar decaído? Claro que no. Eso era simplemente absurdo.

—Tienes un anillo —dijo Thomas en un tono totalmente inexpresivo—. Claro que lo tienes. Bueno, déjame ver. Estoy seguro de que es una pieza magnífica.

Francesca estiró su mano izquierda. Allí, en el tercer dedo, había una simple banda de oro con un enorme zafiro cuadrado entre dos más pequeños.

—Muy lindo —dijo, luego añadió con voz lo suficientemente baja para que solo ella pudiera oír—. Parece que no lo intentó mucho. Cuando uses mi anillo, serán esmeraldas y diamantes que rivalicen con el brillo de tus ojos.

Francesca cerró los ojos. Estaba desesperada por callarlo, por no dejarle ver más sentimientos suyos de los que ya sabía. Maldito fuera. Sabía que estaba enamorada de él. ¿Tenía que hacerla miserable hasta el final de sus días por ello?

Capítulo 6

Luego de la cena llena de tensión, Thomas llegó a White's con la necesidad de relajarse un poco. Christian tenía uno que otro recado y Thomas no estaba interesado en acompañarlo, pero su amigo le prometió que lo alcanzaría en el club prontamente.

Thomas tendió su sombrero, su bastón y sus guantes al mayordomo en la puerta, y se dirigió hacia las habitaciones ricamente amobladas. Se unió a varios viejos conocidos en una mesa de cartas y ordenó un brandy a uno de los sirvientes. No pasó mucho hasta que Christian llegó con un caballero que Thomas no recordaba haber conocido antes. Aun así, tuvo la preocupante corazonada de saber quién era. Hizo un esfuerzo consciente para no mirarlo fijamente.

—Thomas, amigo —lo saludó Christian con una palmada familiar en el hombro—. Te presento a Henry Cavendish, Marqués de Dalton. —Y girando hacia Dalton dijo—: mi amigo Thomas Wallingham, Conde de Harrington.

Thomas se paró y estrechó la mano del otro hombre.

—Dalton. —Hizo un asentimiento y usó toda su fuerza de voluntad para reservar su juicio, pero estaba bastante seguro de que odió al hombre en ese mismo momento.

—Harrington —respondió Dalton—, he oído mucho sobre ti. Es bueno saber que volviste a salvo de la guerra. La Marina del Rey, ¿no?

—Correcto.

—Demonios, lamento lo de tu hermano. —Tanto su tono como su expresión eran sinceras—. Era un buen hombre.

Thomas no respondió. Tenía sus propios sentimientos respecto a su hermano, que no necesitaba airear en un juego de póker. Además, Basil estaba muerto.

—¿Cómo te está yendo con el juego? —Christian sonrió, viendo claramente la gran suma de dinero apilada en frente de Thomas.

Thomas elevó las cejas y respondió provocador.

—Siéntate y velo por ti mismo.

—Vas a lamentar haber sugerido eso. —Christian rio y se hundió en la silla de cuero a su lado.

—Creo que yo también lo haré. —Dalton se sentó en la silla directamente al frente de Thomas.

Thomas levantó la mano para llamar a un sirviente y le señaló que trajera más brandy.

—Mejor que sea una botella —le dijo.

Estudió a sus oponentes. A su derecha estaba su mejor amigo; al otro lado de la mesa, su amargado rival. Por supuesto, Dalton no sabía que eran rivales. Igual. Thomas se preguntó brevemente, si fuera forzado a elegir, ¿qué lado elegiría Christian? Puso un rostro amigable y empezó la conversación. Hay que conocer al enemigo, ¿no es cierto?

—Entonces... Dalton, ¿cómo es que nunca te conocí en la escuela? ¿No fuiste a Eton u Oxford? —preguntó Thomas.

—Ambos —respondió—, pero estaba tres años detrás de ti.

—Ah, de los mocosos. —Estaba seguro de conocer a los de su tipo; uno de los más jóvenes en la escuela, los detestables parásitos de su grupo popular.

—Uno creería eso. —Christian barajó las cartas con un corte rápido—. Pero no. Dalton estaba con los hermanos Lawrence y su grupo.

Thomas levantó las cejas.

—¿Los hermanos Lawrence? —Demonios, no era uno de los mocosos después de todo. Los hermanos Lawrence y los chicos que andaban con ellos eran los jóvenes prometedores detrás de Christian y él. Sus reputaciones eran las de jugadores bien parecidos y galanes hacia las jóvenes de la ciudad. A pesar de todo, su opinión sobre Dalton se elevó tan solo un poco.

—Éramos unos muchachos estúpidos en ese entonces. —Dalton agarró sus cartas y las miró brevemente antes de hacer una apuesta rápida.

Christian asintió.

—Me gusta pensar que todavía tengo algo de ese espíritu de cuando éramos jóvenes.

—Estoy aquí menos de una semana, Christian —comentó Thomas—, y no me has probado haber cambiado mucho desde entonces.

Christian le lanzó una sonrisa antes de lanzar sus cartas.

—¿Entonces qué les pasó a los hermanos Lawrence? —le preguntó Thomas y lanzó sus cartas también. Apenas se dio cuenta de la pérdida de la mano—. George y Marvin, ¿no es cierto? Dios, eran unos tipos alocados.

—George murió de influenza en el 7 —respondió Christian—, Marvin se fue a América, pero su barco se hundió.

—Oh, no oí eso mientras estaba fuera. —Thomas tomó un largo trago de su brandy—. Parece que me perdí de mucho mientras me fui. —Por supuesto, sus pensamientos se dirigieron inmediatamente a Francesca. Ella seguía siendo

una sorprendente revelación, que había pasado de ser la torpe jovencita a la mujer sensual y apasionante que ocupaba su mente.

—No mucho, la verdad —le dijo Christian, su voz mostraba una novedosa carga de molestia—. La clase alta sigue siendo la misma. Nada cambia en el tumulto social. Todos solo esperan a sabotear al siguiente.

Dalton rio ante la afirmación de Christian.

—No te he conocido tanto como Thomas, pero nunca te he visto aburrido a menos que tuviera un propósito.

—No, lo has dicho bien. —Thomas le sonrió a Christian—. Si Christian se aburre, se compra otro caballo u otra bailarina hasta que el sentimiento pase.

Una vez más, Dalton colocó las fichas ganadoras en su propia pila. Se volvieron a barajar las cartas y las nuevas apuestas volaron al centro de la mesa.

—Qué encantador, Thomas. —Christian llenó los vasos—. ¿Vas a intentar decirle a Dalton que no tienes tu bien construida reputación? Con seguridad que has usado esa linda cara tuya para tu beneficio.

—Si lo intentara, tampoco le creería —intervino Dalton—. He oído de demasiadas fuentes confiables como tú y Harrington rompieron miles de corazones.

Thomas bufó y tomó otro trago de su vaso.

—Fuentes confiables. ¿Quién sería? Siempre fui mucho más discreto que nuestro amigo Christian.

Las fichas se apilaron frente a Dalton otra vez.

—Claro, Christian está más que feliz de deleitar a la audiencia con los logros de ambos.

—Todas embellecidas, te lo aseguro. —Thomas barajó las cartas. Miró a Christian, pero su amigo estaba acomodándose las mangas cuidadosamente.

—Ni un solo adjetivo es mentira —les aseguró Christian a ambos mientras ponía su apuesta inicial.

—Y, por supuesto, Frankie me ha dicho todo sobre crecer con ustedes —dijo Dalton mientras recogía sus nuevas cartas—. Te tiene mucho aprecio, lo sabes.

El estómago de Thomas se hizo un nudo al oír su nombre. Si solo hubiera sabido cuando tenía doce, con piernas tan largas como las de un caballo y así de nudosas, que terminaría ansiando esas mismas piernas hermosas y tonificadas envueltas en su torso desnudo, entonces se habría comportado completamente diferente. No le habría permitido a su padre hacerle creer que

no valía nada; tampoco se habría escapado para unirse a la Marina en un arrebato. Quizás hubiera tomado la pésima trampa de Francesca como una invitación.

Una cosa era segura, tendría que dejar de obsesionarse con ella esta noche, o sus compañeros iban a preguntarse por la tienda que tenía creciendo en sus pantalones.

—Está bien, admitiré que tenía una reputación de joven, pero he madurado. Tengo nuevas responsabilidades ahora, unas que no tenía antes. — Thomas se dio cuenta de que esto era absolutamente cierto. Era una cosa decírselo a la duquesa, pero ahora entendió que era de verdad—. Entonces, ¿qué hay de ti, Dalton? Seguro siendo amigo de George y Marvin Lawrence, y nuestro estimado hedonista aquí —dijo, señalando a un sonriente y para nada arrepentido Christian—, has debido perseguir y cazar tu buena porción de pajaritos.

—Mi tiempo de mujeriego pasó rápido —Dalton sonrió y agarró otra mano—, pero he sido el Marqués por mucho más tiempo del que ustedes tienen su título. Heredé cuando tenía quince. Francamente, es casi un milagro haber alcanzado la madura edad de veintiséis antes de que me casaran.

Christian se excusó de la mesa por un momento y fue a hablar con dos recién llegados. Thomas vio esto como una perfecta oportunidad de minar el ego de Dalton.

—¿En realidad no quieres casarte con Francesca? —Esto era demasiado bueno para ser verdad.

—Al contrario. —Dalton se veía relajado en su silla—. Es una chica adorable, inteligente, perfecta para ser marquesa. Le tengo mucho aprecio, en realidad.

Thomas apenas necesitaba que le recordaran sus atributos.

—¿No es una unión por amor, entonces?

—No. —Dalton tomó un trago de su brandy—. Pero a riesgo de sonar grosero, aprecio su beldad y engendrar un heredero no sería problema.

De pronto, Thomas sintió náuseas y no era debido a la resaca más rápida de la historia del desenfreno alcohólico.

—Ya veo. —Thomas se preguntó cómo se sentiría si el otro supiera que ella podría ya estar llevando su heredero. Con gran esfuerzo contuvo una risita histérica tomando un gran sorbo de brandy. ¿Cómo saber si estaba perdiendo la cabeza?

—Sé que muchas jóvenes esperan tener un matrimonio por amor; yo, por otro lado, esperaba compatibilidad, y tenemos eso —admitió Dalton.

Christian volvió a la mesa y se sentó en la silla con un golpe sordo.

—Waverly está buscando deshacerse de su nuevo semental. Pagó una fortuna por él. No me dirá por qué, pero tengo la impresión que es porque la enorme bestia negra lo asusta.

—¿Entonces podemos asumir que tu establo se ampliará? —Dalton vació su vaso y aceptó rellenarlo.

—Por supuesto que sí. —Christian sonrió—. Vengan conmigo mañana donde Waverly. —Miró de Dalton a Thomas con la mirada emocionada ante la promesa de un nuevo juguete.

Hicieron pasar la noche a su manera: jugando cartas, fumando y bebiendo el más fino brandy en el lujo de aquel club de caballeros. Esto era algo que Thomas había extrañado profundamente: la comodidad y el lujo.

Luego de varias horas, fue obvio que la suerte de Thomas había cambiado en tanto la pila de dinero frente a él pasó al otro lado de la mesa, amontonada frente a un bastante aburrido Dalton. En adición a la disminución de las arcas de Thomas, su humor se hizo cada vez más irritable. De hecho, gruñía al sirviente cuando este preguntaba si necesitaban algo.

El hecho era que no había perdido mucho dinero —al menos no más de lo que podía cómodamente permitirse—; no era el punto. El verdadero problema era que no podía encontrar razón suficiente para odiar a Dalton. Y lo intentó. Buscó cada tema posible que pudiera mostrar a Christian que su futuro yerno era un patán. Desafortunadamente, era uno de los tipos amigables e inteligentes, bastante parecido a él mismo. Pero no importaba. El dinero con el que había venido ahora estaba en un grueso fajo en los bolsillos de su rival. A Thomas no le gustaba esa metáfora ni un poco.

—Caballeros, esta ha sido la forma más placentera de gastar mi noche —dijo Dalton mientras se levantaba. Inclinandose sobre su silla, agarró y bebió todo su brandy—. Pero debo irme.

—Oh —gruñó Thomas—, ¿dónde tienes que estar que es tan importante?

Dos pares de cejas se levantaron ante la arrogancia en el tono de Thomas. Christian también se levantó de su silla.

—¿Qué hay en tu plato para el resto de la noche, Dalton?

—No mucho, la verdad. —El joven contuvo un bostezo—. Estoy agotado por el viaje de esta semana. No tenía idea de que ese lugar en Chesterbrook

estuviera tan en ruinas. Fue un asunto más grande de lo que pensé originalmente.

—Dalton ganó Chesterbrook de Llewellyn en un juego de cartas —le explicó Christian, estirándose perezosamente.

—¿Llewellyn todavía juega cartas? —Thomas estaba perplejo—. ¿Cómo le queda algo siquiera?

—Me sentí mal tomándolo, pero el tipo necesita aprender cuándo rendirse —dijo Dalton.

—Dalton es uno de los hijos de perra más suertudo que conozco —le dijo Christian a Thomas.

Thomas bufó, se reclinó en su silla y dio una larga calada a su puro. La suerte del hombre tendría que acabar algún día.

Christian se giró para mirar a su amigo.

—¿Qué demonios te pasa? Has estado actuando como un imbécil casi toda la noche.

—No me pasa nada —replicó Thomas.

—¿En serio? —preguntó secamente Christian—. Le gruñiste a todos los lacayos. Si fuera posible, creo que habrías mostrado tus dientes a cualquier que se te hubiera acercado. Si no te conociera mejor, pensaría que hemos estado jugando cartas con un perro rabioso.

—No creo haber gruñido a nadie —refunfuñó Thomas.

Una tos del otro lado de la mesa insinuaba que, de hecho, sí lo había hecho.

—La verdad, sí lo hiciste. Y varias veces tiraste las cartas cuando perdiste. —Dalton hizo como si fuera a irse.

—Está bien. —Thomas tiró las manos al aire—. Ustedes ganan. Quizás estuve de malhumor.

—Bueno, obviamente ganamos. —Christian sonrió y señaló la pequeña pila de dinero frente a Thomas y los grandes montones frente a Dalton y él mismo.

—No necesitas ser grosero —dijo Thomas, pero sabía que él había sido el grosero.

—Bien entonces, ¿qué piensan hacer el resto de la noche? —inquirió Dalton mientras el mayordomo iba a buscar su sombrero y sus guantes.

—Es relativamente temprano —notó Christian. El reloj anunció la hora con dos campanadas.

—Nada más para mí. Si los dos se van, yo también. Como han precisado ambos, no soy la mejor compañía hoy. —Thomas pasó los dedos por su cabello.

Christian dio una última calada a su puro antes de apagarlo en el cenicero de cristal.

—Eso es cierto. Estabas despierto temprano esta mañana, ¿no es cierto? ¿No dormiste bien anoche? ¿Las damas te mantienen despierto?

—Solo una —murmuró Thomas. Se reclinó con ambos codos sobre la mesa y se frotó la cara.

—Entonces quizás una noche solo sea la solución. —La sugerencia de Dalton hizo que Thomas riera sin humor.

—O quizás una mujer cálida y dispuesta sea lo que necesitas —sugirió Christian, su solución favorita.

Si estuviera ocupado en cama con alguien más, no podría pensar en Francesca. Bueno, sonaba bien en teoría, pero por mucho que lo intentara, Thomas no podía reunir la energía necesaria para buscar a alguien más. Francesca era a la que quería.

—Quizás —dijo, solo para calmar a su amigo, esperando que dejara el tema.

—Ese es el Thomas que conozco y quiero. El cazador de mujeres. —Christian le dio una palmada en la espalda.

—Bueno, la mejor de las suertes en tus empeños. —Dalton rio mientras se ponía sus guantes y se alejó de la mesa.

Una vez que Dalton se fue, Christian le preguntó: —¿Te agrada? Creo que será un nuero más que tolerable. A Francesca le agrada y, después de todo, ella tendrá que vivir con el tipo, yo no. Pero creo que será bueno para ella.

—Creo que hace trampa en las cartas.

—No lo hace y lo sabes. En verdad eres un idiota —dijo Christian, riendo cuando este le golpeó el hombro.

—Como dijiste, aún es temprano. ¿Qué quieres hacer ahora? Si voy a salir después de todo, quisiera sufrir el menor tedio posible. —Y en verdad, dormir solo en su cama que aún olía a Francesca no le llamaba la atención. Preferible salir.

—Voy a ir a Holloway's. Estoy seguro de que allí serán capaces de satisfacer tus ansias de compañía. Por ahora, todas las exquisitas damas casadas del *beau monde* estarán buscando un compañero de cama. —Sus cejas subieron y bajaron de forma sugestivamente graciosa.

Es mejor que dormir solo.

—Si tan solo tuviera tanta suerte —suspiró Thomas.

Capítulo 7

Francesca despertó ansiosa.

La cena le había destruido los nervios la noche anterior y la había dejado con un agudo dolor de cabeza. Se había ido a la cama temprano, ni siquiera se había molestado en dar una excusa plausible. Simplemente había subido las escaleras después de la cena. Sin embargo, se había quedado despierta la mayor parte de la noche, examinando aquella única línea que Thomas le había dicho la noche anterior en el vestíbulo. Una simple frase que la perseguía y reverberaba en su cerebro: *¿Y si estás llevando mi hijo?*

Había estado tan ocupada preocupándose por el escándalo de su compromiso terminando en desgracia que no se le había ocurrido que pudiera estar frente a un desastre incluso mayor. Cada vez que intentaba pensar, su cabeza palpitaba y se le hacía difícil respirar. Había tanto que podía salir tan, pero tan mal. Por donde fuera que mirara, había una nueva catástrofe devastadora. ¿Y si Thomas pensaba que decirles a todos lo que pasó le daría lo que quería? ¿Qué quería, de todas formas? Su insistencia era desconcertante por decir lo menos. ¿En qué tipo de universo la ignoraba por dieciséis años y luego, de la nada, decidía que quería casarse con ella? La injusticia de todo era aplastante.

Estar embarazada y dejar plantado a un esposo en el altar sería un escándalo incluso mayor que el de su tío, y ese particular incidente había sido el ejemplo de cómo las decisiones estúpidas arruinaban la vida de una persona como la fábula de Esopo de su propia familia. El mejor escenario terminaba con ella casándose con Lord Dalton y arreglándose para mantener algún tipo de amistad forzada con Thomas.

Esos pensamientos perturbadores la consumían mientras estaba en la habitación matinal con Anna y su madre y cosía e intentaba participar en la charla. Era una tortura, pero se forzó a concentrarse en las pequeñas puntadas. *Haz algo normal, Francesca. Todo estará bien si haces algo normal.*

Una hora en la farsa y Francesca casi saltó de la silla cuando tocaron la puerta principal y otra vez cuando el mayordomo, Jones, anunció a Lord Dalton en la habitación.

—Buen día, señoras. —Dalton hizo una pequeña reverencia a todas—. Espero que me permita una caminata en el parque en este bello día, Lady Belling.

Anna saltó ante la oportunidad de responder por ella.

—Oh, estoy segura de que eso sería grandioso, ¿no lo crees, Frankie?

Frankie miró a su amiga con las cejas casi en el cabello.

—Sí, creo que es un agradable día para un paseo. Por favor, discúlpeme, Lord Dalton. Iré a buscar mi sombrero y mi parasol. Anna, ¿por qué no me ayudas?

En el quinto escalón, Frankie se detuvo y miró a su amiga con la boca abierta.

—¿Qué? —preguntó Anna extendiendo los brazos a ambos lados, mostrando las palmas.

—¿Qué fue eso? —inquirió Francesca.

—Me estás poniendo nerviosa —le dijo Anna—. Caminas por la casa como si esperaras que un fantasma saliera del armario. Sabía que ibas a intentar salir con alguna excusa de por qué no deberías ir con él, pero es tu prometido, y cualquier otra dama agarraría la oportunidad de pasar tiempo a solas con un hombre tan guapo como Lord Dalton.

—Oh. —Frankie no sabía qué decir ante eso. Era perfectamente razonable y bien pensado; una impresión mucho mejor de la que ella podría hacer por sí sola.

—Actúa como si todo fuera normal —le urgió Anna susurrando—. No podemos arreglar esto si lo haces peor.

—Está bien —dijo Francesca, sorprendida. Colocó la mano en el pasamano de la escalera y subió. Se giró en el descansillo y anunció con voz nítida, como una dama haría, aunque, honestamente, estaba comenzando a dudar lo que una dama normal haría en cualquier situación—: Enseguida bajo.

El parque estaba lleno con tráfico peatonal, así como carruajes. Institutrices con sus encargadas y otros niños en grupos jugaban a la mancha y volaban cometas en el hermoso clima.

Con su mano colocada en la curva del brazo de Lord Dalton, Francesca podía fácilmente fingir que todo estaba bien en el mundo. Si escuchaba con mucho esfuerzo lo que su prometido decía, era bastante fácil olvidar que el amor de su vida estaba tramando su ruina.

—¿Viste el dragón desaparecer en esa colina?

—Hmm. —Asintió, y luego sacudió la cabeza—. ¿Qué?

—Me estaba preguntando dónde estabas. —Dalton rio—. ¿Dónde has estado?

—Aquí. Contigo.

—En cuerpo sí, pero tu mente está muy lejos.

—Oh. Y yo que pensaba que estaba prestando mucha atención. — Francesca ajustó su parasol para poder mirar los ojos de Dalton—. Me disculpo. Tienes toda mi atención ahora. ¿De qué me perdí?

—Nada interesante, te lo aseguro. Simplemente estaba diciendo todos los cambios que necesito hacer en Chesterfield. —Dalton acarició su mano.

—Pero eso es muy interesante —protestó Francesca—. Por favor continúa.

—Querida, no hay necesidad de fingir interés. Ya me tienes. Los contratos se han firmado. No voy a cancelar la boda simplemente porque no oyes todo lo que digo.

Francesca se detuvo y contuvo una ola de pánico.

—¿Quién dijo algo de cancelar la boda?

Dalton levantó la mano y rio.

—Nadie. Estaba bromeando. Qué buen escándalo sería ese.

Francesca expiró audiblemente.

—Oh. —Volvió a tomar su brazo y gentilmente le urgió a seguir caminando antes de que la gente los mirara. Ignoró deliberadamente su mirada demandante.

Usó todas sus habilidades sociales para llevar la conversación a temas menos complicados: literatura, amigos en común, una exhibición de arte que ambos habían visto en la Galería Nacional, y el amor mutuo a los helados. Dalton la llevó a un banco sombreado y se sentó junto a ella. Estuvieron un rato disfrutando la tarde tranquila y mirando a un grupo de niños jugar con algunos perros grandes en el pasto mientras cantaban.

De pronto, un grito se elevó entre los chicos y Francesca y Dalton levantaron sus cabezas y vieron a un enorme animal negro corriendo en su dirección con la correa volando por detrás, ondeando en el viento. Dos de los chicos gritaron órdenes incomprensibles y lo persiguieron, mientras uno más pequeño quedaba detrás, inútilmente intentando controlar otro enorme perro negro.

Frankie jadeó ante la conmoción y se levantó del banco. Entrecerrando los ojos, intentó concentrarse mientras el perro se acercaba a carrera hacia ella y su banco, a poco más de diez metros. Mientras el animal se iba acercando, pudo distinguir una criatura borrosa saltando frente al perro, con la cola en alto, buscando seguridad, todo mientras el perro ladraba con un júbilo feroz.

Moviéndose hasta quedar frente a ella, Dalton le ordenó: —Quédate detrás de mí.

—¿Estás seguro de que es un perro? Parece más un oso con correa, según yo —dijo Frankie mientras espiaba sobre su hombro para mantener la mirada fija en el perro gigante.

—En verdad es un perro extremadamente grande —concordó él.

Justo cuando Dalton confirmaba que sí se trataba de un can, la criatura borrosa corriendo por su vida se transformó en una ardilla. Mantuvo su curso y se dirigió hacia ellos a toda velocidad. Corrió entre los pies separados de Dalton y justo por debajo de la falda de Francesca. Claro, Frankie gritó, Dalton también, el perro ladró y los chicos llegaron jadeando y gritando órdenes mientras la ardilla se revolvía entre las faldas en pánico.

Para hacer más caóticas las cosas, el segundo perro finalmente abandonó cualquier esperanza de que el tenaz niño lo soltara y corrió hacia el grupo, literalmente arrastrando al niño con el estómago contra el suelo.

Olvidando toda modestia, Francesca tiró de sus faldas en un desesperado intento de liberar a la ardilla. Sintiendo una oportunidad de libertad, el animal aterrorizado saltó hacia el árbol detrás del banco. Desafortunadamente, ninguno de los perros la vio escapar. El primero metió su cabeza gigante entre sus piernas, desequilibrándola, y el segundo, embriagado por la cacería, frenó justo frente a ella y plantó ambas patas enormes en su pecho, enviándola de espaldas al suelo.

Thomas apresuró su caballo y su carruaje hasta a una carrera cuando vio la conmoción por delante. No fue hasta que estuvo en la escena que se dio cuenta que la dama bajo ataque era Francesca. El corazón casi se le sale del pecho cuando cayó enredada en faldas y pelo negro. El carruaje no se había detenido por completo antes de que él se bajara de un salto del asiento y entrara en la refriega.

Dalton juró vehementemente y apartó de Francesca a uno de los perros con una rodilla, y empujó con fuerza al otro con ambas manos mientras Thomas corría hacia ellos.

—Lady Belling, oh por Dios, Frankie, ¿estás bien? —Dalton se arrodilló a su lado y apartó el cabello enredado de su rostro—. ¡Aléjate, perro condenado! —ordenó, y apuntó a uno de los chicos más cerca—. Oye, tú, agarra esa maldita correa y aleja al animal de ella.

—Lo siento mucho, señor —dijo el chico tan contritamente como podía mientras peleaba con aquel mastodonte canino—. Goliat y Gulliver aman perseguir ardillas —intentó explicar.

Thomas agarró al otro perro suelto incluso mientras ambos seguían ladrando emocionados y olían alrededor del banco, el árbol y a Francesca. Una familia entera de ardillas había aparecido en una rama alta, fuera de alcance, y protestaban furiosamente contra los perros y los humanos por igual.

—¡Silencio! —rugió Thomas, silenciando el estrépito efectivamente.

Frankie lo miró con la boca abierta. Que Dios lo ayudara, pero parecía sin daños, incluso con el rostro con suciedad, la tela amarillo pálido de su vestido sucia con unas enormes huellas lodosas y roto más allá de cualquier reparación en varios lugares. Ella estiró una mano sucia hacia su cabello e intentó acomodar un montón que colgaba torcido donde varios mechones se habían salido de sus imperdibles cuando el sombrero fue arrancado de su cabeza. Yacía a un costado, aplastado bajo un perro.

Dalton se levantó, le quitó el otro perro al chico y lo ató al árbol. El animal se acostó junto a Francesca y colocó la cabeza en su regazo, pareciendo perfectamente contento de acostarse allí por el resto de la tarde, bastante agotado por la adrenalina matinal.

—Jovencito. —Thomas miró fijamente a uno de los chicos con las manos en las caderas. Uso su voz de mando, la que hacía que los marineros acataran órdenes—. ¿A quién pertenecen estas bestias?

El mayor de ellos se adelantó como frente a un pelotón de fusilamiento.

—Son de mi tío, señor. No querían hacer daño seguramente, son buenos perros, en verdad, señor, y no le habrían hecho daño a la dama. Solo estaban emocionados por la ardilla, lo estaban. —El pobre chico continuó balbuceando—. Estábamos jugando en el prado cuando la maldita, lo siento señorita, la ardilla apareció, y simplemente salieron a darle caza. En verdad, lo siento mucho, señorita.

Dalton levantó una mano para detenerlo.

—Eso es suficiente. Puedo ver que no son malos. —El perro en el regazo de Frankie dejó salir un ronquido alegre.

—¿Qué clase de perros son estos? —preguntó Francesca, mientras ponía una mano en la ceja del perro y acariciaba una larga y ondulada oreja negra.

—Son Terranovas, señorita —intervino uno de los chicos más pequeños. Estaba sentado junto a Frankie y acariciaba reverencialmente el hocico del perro—. Nuestro tío es capitán en el mar y estos son sus perros. Salvan a los marineros que caen por la borda. Este de aquí —señaló al que estaba en su regazo— es Gulliver. —No tenía más de seis años, y su amor por los perros era palpable.

—Bueno, entonces supongo que está bien siempre y cuando no haya ardillas en el mar —replicó ella.

Dalton se aclaró la garganta y continuó con su sermón.

—Sin embargo, fue muy descuidado de ustedes, muchachos, que estos perros corrieran por ahí libremente. Alguien podría haber salido herido de verdad. Y el vestido de la dama está arruinado.

Antes de que Thomas pudiera hacerlo él mismo, Dalton ayudó a levantarse a Francesca con una mano en su codo. Apartó la mirada cuando el otro hombre se inclinó y acomodó la parte trasera de su falda, su mano estaba demasiado cerca del trasero para su gusto. Thomas le tendió al mayor la correa que estaba sosteniendo y caminó hacia Francesca. Ya era suficiente.

Thomas pasó su mirada furiosa a Dalton.

—¿Dónde está tu carruaje?

—No tengo. Estábamos caminando.

Evaluó a Francesca de la cabeza a los pies.

—Claramente no puedes ir a casa caminando en ese estado —dijo Thomas, señalando su vestido. Luego dijo a Dalton—. Conduciré a Francesca a casa en mi carruaje mientras acompaño a los muchachos a la residencia de su tía con las bestias. —Señaló a los perros, los cuales se veían tremendamente malvados repantigados en el suelo con la lengua afuera—. Odio encargárselos a alguien más en este parque.

Francesca miró a los perros. Gulliver, en su regazo, la miró con adoración.

—No creo que estos chicos malos vayan a causar más problemas hoy. De hecho, si logran levantarlos y que se muevan, estaría muy impresionada.

—Estoy de acuerdo con Harrington —dijo Dalton sombrío—. No tengo intención de dejar a estos dos correr desbocados de nuevo. Solo el Señor sabe que el parque está lleno de ardillas. Y dado que no tengo medio de llevarte a casa, deberías volver con Harrington.

Francesca miró de su prometido a Thomas. Sabía que su expresión debía ser igual de sombría y resuelta que la de Dalton. Él no tenía ninguna intención de permitirle volver con el otro hombre, sin importar en qué estado estuviera. Finalmente, ella se encogió de hombros, resignada.

—Querida, siento desesperadamente la forma en que esta tarde ha resultado. Por favor, acepta mis disculpas. —Dalton se inclinó ante su mano.

Thomas apretó los dientes cuando ella le dio a Dalton una sonrisa que parecía genuina.

—No tienes nada de que disculparte. Ciertamente, nada de esto fue tu culpa.

—Lady Belling, es en verdad una maravilla. Cualquiera otra dama estaría indignada o mortificada como mínimo. Te llamaré mañana para asegurarme que te encuentras bien en verdad. —Luego Dalton giró hacia Thomas—. Aprecio que ayudes a la dama a volver. Eres un verdadero amigo y un caballero. —Con eso, sacudió la mano de Thomas, besó la mano sucia de Frankie, luego giró hacia los chicos y sus perros—. Bien, muchachos, levanten al ganado. Los llevaremos a casa.

—Francesca —dijo Thomas, con la voz suave mientras la guiaba del codo hacia su carruaje con mucho cuidado. Ella mantenía tanta dignidad como podía, considerando que tenía un bollo de lodo colgando de un nudo en su cabello sobre el ojo izquierdo.

—Señorita, señorita —gritó el mayor de los chicos mientras corría hacia el carruaje—. Olvidó su sombrero, señorita. —El chico le extendió el sombrero aplastado. Estaba pisoteado e imposiblemente sucio. Frankie lo tomó cautelosamente y lo miró. Volviéndose hacia Thomas, se colocó la cosa sucia en la cabeza y rio. El chico miró a Thomas cuidadosamente, pero entendiendo a Francesca, le lanzó al chico una sonrisa tranquilizadora.

Francesca extendió la mano hacia Thomas con los modales reales de una reina.

—Señor, si fuera tan amable.

—Por supuesto, mi señora. —Extendiendo su mano, la ayudó a subir al carruaje, giró y le dio un pequeño saludo a Dalton, quien sonrió apagadamente. Una pequeña multitud se había reunido, atraídos por el griterío y los ladridos. Haciendo girar el carruaje, Thomas le sonrió a la multitud y Francesca rio incluso más. La absurdidad de la situación finalmente lo golpeó ahora que no había ningún peligro.

—Esto empezó como un tan lindo día —comentó ella, mientras daba vuelta al carruaje en el sendero—. Y ahora soy el centro de tal entretenimiento, luciendo peor que un golfillo callejero, y atrapada en el carruaje del hombre que quiere arruinarme la vida.

—No seas ridícula.

—Mírate. Eres completamente e impresionantemente hermoso con esa condenada sonrisa arrogante en tu odiosa cara. En verdad, esto es más de lo que debería esperarse que soporte.

Él le sonrió, lo que sabía que solo la perturbaría más. Se había presentado donde los Belling apenas minutos después de que ella y Dalton se fueran. Anna no quería decirle dónde habían ido, pero el minuto en que la duquesa lo oyó en el pasillo, divulgó la destinación. Se había dirigido hacia el parque sin ningún plan, pero determinado a que Dalton no pasara más tiempo a solas con Francesca si podía evitarlo. Una vez que supo que estaba a salvo, sin embargo, se dio cuenta de que el incidente fue en verdad un milagro, y saltó ante la oportunidad de separarla de su prometido.

—Oh, lo juro, Thomas, nada como esto pasa en mi vida a menos que estés alrededor. ¿Dejaré de ser humillada alguna vez en tu presencia? No respondas eso, es una pregunta retórica.

—Bueno, debo decir que estoy muy impresionado con tu actitud. Dalton tiene razón, sabes. —Elevó una ceja hacia ella, luego de cloquear a los caballos para que se muevan—. No hay otra dama que conozca que hubiera respondido a esta situación con el mismo aplomo que tú. —Exactamente como una condesa, su condesa, actuaría.

—Bueno, para serte honesta, mi primer instinto fue llorar histéricamente. No puedes imaginarte la vergüenza que tengo. Esta historia va a estar en todos los chismes en lo que se tarda en parpadear. Nunca lo olvidarán.

—Para una mujer que teme incluso el indicio de un escándalo, te lo estás tomando a la ligera —comentó Thomas.

—Esto no es un escándalo, Thomas —dijo Francesca, con un poco más que un indicio de frustración—. No has estado tan lejos de la sociedad como para no discernir la diferencia.

Thomas asintió.

—Tienes razón. Pero no hay mucho que podamos hacer para evitar que hablen.

—Creo que reírse de ello es la mejor defensa. —Francesca miró sus manos. Estaban cubiertas de lodo y pelo de perro—. Tendré que ir a todos los bailes esta noche.

Thomas giró para mirarla, retirando su atención del equipo de caballos negros por un instante.

—¿Por qué? ¿No sería mejor dejar que esto se apague?

—¡Por supuesto que no! —Ahora comenzó a sacar la suciedad bajo sus uñas—. Al contrario, me adelantaré y contaré la historia yo misma, y así les quitaré el brío a los soplones.

Thomas vio el mérito del plan.

—Supongo que es mejor idea que esconderte bajo tu cama el resto de tu vida. Te escoltaré a cada baile esta noche entonces, si tengo que hacerlo.

Francesca colocó las manos en su regazo y lo miró exasperada.

—Tengo un prometido y un hermano perfectamente bueno, aunque fácilmente distraído. No necesitas hacerlo.

—Y aun así iré —aseguró con tal finalidad que ella supo que sería una pérdida de aire discutir.

—Bien —concedió a regañadientes—. Pero no estoy yendo contigo. Puedes unirte a nuestro grupo.

Se quedaron en silencio por varios minutos, el escenario los pasaba. El clop clop de los caballos en la tierra bien aplastada medía el camino. Francesca alisó su vestido y reparó en las rasgaduras y manchas. Thomas hizo trotar a los caballos.

Eventualmente, ella levantó la mirada.

—¿A dónde me estás llevando?

Thomas sacó a los caballos del parque hacia su calle.

—Decidí tomar una ruta menos concurrida. Menos gente que te vea tan desaliñada —explicó—. Y sucede que casualmente esta lleva hacia mi casa. ¿Conveniente? Lo creo.

Esta vez sus ojos estaban abiertos con alarma.

—¡No podemos detenernos aquí! Todos ya deben saber lo que pasó en el parque. De hecho, puede que las noticias ya le hayan llegado a mi madre. Me estará esperando en casa.

—Cálmate, pajarito. Estás muy intranquila. —Se bajó del carruaje y le pasó las riendas a un lacayo. Le tendió su mano—. Baja de tu nido. Entra y déjame alisar tus plumas.

Cuando ella dudó, él le sonrió y le susurró en tono conspirador: —Relájate. Tengo un plan. Como bien sabes, soy el peor de los libertinos.

Capítulo 8

Esta es una mala idea. Una muy mala idea.

Francesca estaba en el asiento de terciopelo del carruaje y lo miraba. Odiaba su sonrisa encantadora y su cabello negro y ondulado. Se odiaba por querer desesperadamente salir del carruaje y su madriguera de injusticia como si nada en el mundo le importara.

—Vamos, Francesca. —Sacudió su cabeza desenfadado y le lanzó una sonrisa provocadora—. Tengo algunos grabados arriba que quisiera mostrarte.

La mirada de Francesca pasó del flagelo de su existencia al camino frente al carruaje. *Esta es una muy mala idea.*

—No te llevaré a casa mientras todos los ojos maliciosos de Londres quieren un vistazo tuyo. Pediré que te traigan un carruaje cerrado o ropas nuevas o ambos mientras esperas aquí —añadió pragmáticamente.

—¿Por qué no puedes llevarme tú en un carruaje cerrado?

Encogió un hombro.

—Lamentablemente el carruaje no ha sido reemplazado desde el accidente. Tendrás que entrar y esperar.

El argumento era lógico, pero todavía era una idea terrible. Su plan había sido distanciarse de Thomas, al menos hasta que estuviera completamente casada con Dalton, no ir a pasear a la casa del tipo cada tarde. Aun así, estaba sucia, y su vestido estaba roto, y su sombrero destruido. Sin embargo, nada de lo que había pasado calificaba como un escándalo hasta ahora. Simplemente tenía que mantener su buen juicio y todo estaría bien.

—Francesca. —Thomas extendió la mano, y cada fibra impulsiva de ella quería deslizar sus dedos en ella—. Entra. Límpiate. Llamaré a tu madre y ella traerá otro vestido.

Esta vez su tono no era provocador, era práctico.

Aun así, dudó.

Thomas rio, y ella estaba casi destrozada. Sentía el pesado bajo de su risa en su piel. En verdad lo odiaba, y la forma en que su voz le afectaba probaba que era la mujer más débil en toda Gran Bretaña.

Su brazo se extendió y tomó el de Thomas como si tuviera mente propia. Los dedos que la agarraban eran fuertes y familiares, y recordó la magia de la que eran capaces.

—Buena chica —le dijo Thomas. Pero no sonaba condescendiente. Sonaba agradecido.

Masters, el mayordomo, abrió la puerta. Era un verdadero testamento de su entrenamiento que Francesca solo detectara el mínimo indicio de sorpresa ante el estado de su persona.

—Mi señor, ¿qué puedo hacer para que la dama se sienta cómoda? —preguntó Masters, mientras pasaban el vestíbulo.

—Primero, envía un sirviente a que deje un mensaje y que espere la respuesta. Luego, que lleven una bañera caliente a mi recámara. —Thomas se giró hacia Francesca, manteniendo su mano prisionera—. ¿Tienes hambre? Sospecho que batallar con osos causa hambre.

Francesca sacudió la cabeza, demasiado nerviosa para comer.

—No, estoy bien. Tampoco necesito una bañera, una palangana con agua sirve.

—Bien entonces, algo para comer luego —dijo, y claramente ignoró su otro comentario.

—Por supuesto. Inmediatamente, mi señor. Osos, ¿dice usted? Día interesante en el parque. —Con una leve reverencia, el mayordomo elevó un dedo y un sirviente respondió inmediatamente.

Thomas la llevó hacia las escaleras y la dirigió hacia la recámara principal. No había necesidad. Obviamente sabía dónde estaba. Sus dedos le acariciaban la palma y la muñeca mientras subían. A mitad del camino, llevó su mano a la boca y besó la punta de sus nudillos. Su acto inocente no la engañaba. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo tan bien como ella, y aun así ella siguió subiendo.

—Frankie, eres una completa idiota —se murmuró a sí misma Francesca.

—No temas, cariño, le aseguraré a tu madre que hubo un chaperón todo el tiempo.

—¿Cuándo te volviste un mentiroso consumado? —le preguntó.

Francesca sintió el calor posesivo de su mano en la parte baja de su espalda mientras la hacía girar en el descansillo y continuaban por el pasillo. Atravesaron unas grandes puertas dobles de paneles y entraron la antesala de la recámara.

—Tienes un florero con margaritas. —Francesca se quedó como enraizada al suelo, mirando las flores—. Margaritas. Qué curioso. —Nunca había creído que fuera un hombre de margaritas. Siempre había imaginado que, si él

escogiera una flor, y qué estúpido era aquello, optaría por unas flores más robustas, rosas, por ejemplo, o quizás claveles.

—Me hacen pensar en ti —le susurró en el oído, apareciendo detrás de ella. Su aliento le hacía cosquillas en la mejilla.

Ella lo miró por encima de su hombro con tanto escepticismo como pudo reunir.

—¿Cómo es eso?

—¿No son las flores más engañosas? Las ves cada día y probablemente nunca piensas en ellas. Pero mira lo perfectas que son. Cada pétalo sedoso y precioso. El aroma es tan ligero y, aun así, intoxicante.

—¿Y cómo, exactamente, te hacen recordarme?

Sus labios se movieron por su nuca, justo por debajo de su cabello.

—Eres la flor que nunca noté antes.

Tembló. No pudo evitarlo. *Maldita sea.*

Se alejó de ella cuando las mucamas entraron y comenzaron a preparar la tina. Agarrándola de la mano, la llevó a la sala de baños.

—Voy a escribir el mensaje para tu madre. Volveré en unos minutos.

Lo vio alejarse con seguridad de la habitación y exhaló lentamente, intentado calmar su respiración y el latido de su corazón. Giró lentamente sobre sus talones y miró el cuarto.

Era un baño muy moderno, a la última moda, con los mosaicos italianos desde el suelo hasta el techo y una larga chimenea a un lado con un fuego crepitando y una repisa de mármol. En medio del cuarto había una tina de cobre con pies de garra. Las sirvientas se paseaban por todo el cuarto llenando la tina y colocando una pila de lujosas y esponjosas toallas en un calentador cercano. Otra colocaba aceites aromáticos en el agua, haciendo que el vapor oliera fantástico.

Viendo un espejo de cuerpo completo al otro lado de la habitación, caminó hasta allí y se vio por primera vez. Sus manos volaron a la cara y al pelo. Pedazos de pasto y ramitas salían por debajo del ridículo sombrero aplastado. Montón de mechones de cabello se habían soltado de los imperdibles y yacían sobre su espalda. Se frotó las mejillas con las palmas e intentó borrar las manchas sin resultado. Miró al que había sido un adorable vestido. El encaje estaba roto en el cuello, una de las costuras del hombro se estaba deshaciendo y su piel blanca como perla se veía por debajo. Había unas enormes huellas lodosas de patas en su corpiño y falda, así como una mancha de baba en su regazo, donde había una rasgadura casi desde el dobladillo hasta la cintura.

Thomas volvió y caminó confiadamente hasta detrás de ella, le quitó el sombrero destruido, luego lo lanzó al suelo.

—Esto es horrible. Era la primera vez que usaba este vestido. —Pasó su dedo por una de las aberturas en la falda. Añadió—; ni siquiera es posible repararlo.

—Entonces tendremos que quitarlo, ¿no es cierto? —Solo que Thomas no se veía ni un poco decepcionado.

Ella miró alrededor, pero las sirvientas se habían ido y estaban solos. Santo cielo. Él sí quería... Ni siquiera podía decírselo a sí misma.

—El mensaje ya fue enviado. Le dije al mensajero que se tomara su tiempo. —Le fue sacando los imperdibles del pelo uno a uno, permitiendo que sus rizos cayeran en ondas gruesas y rebeldes. Pasó sus dedos entre los largos mechones caoba, sacando gentilmente los restos de él—. Tendrás suficiente tiempo para tardarte en el baño.

Ella giró y se puso frente a él, colocando inmediatamente ambas manos en su pecho para evitar que siguiera avanzando.

—¿Qué crees que estás haciendo?

No dijo nada, solo le sonrió de la forma más endiabladamente atractiva que podía.

—Hay innumerables razones por las que lo estás pensando no va a pasar. ¿Ya olvidaste que estoy comprometida?

Él pasó la mano por el hombro donde la tela se había separado en la costura. A pesar de cualquier esfuerzo cuerdo, podía sentirse respondiendo al toque.

—¿Cómo podría olvidarlo? Sigues diciéndomelo.

—¿Entonces cómo puedes querer esto? Sabes que no puedo romper el compromiso con Dalton.

—Ya veremos. —Sonriendo, agarró la tela y desgarró la manga con un rápido tirón hacia abajo. El material cayó como cintas, dejando su brazo desnudo.

Francesca apretó los dientes e intentó controlar las emociones de su cuerpo traicionero. Tenía que hacerlo entrar en razón antes de que ella perdiera la suya.

—Thomas, los sirvientes hablarán.

Sus dedos se enroscaron en el corpiño rasgado.

—He pagado muy bien a mis sirvientas. No hablarán mal de la señora de esta casa.

—Pero no soy la señora de esta casa —protestó, elevando la voz mientras retrocedía levemente cuando él quitó el encaje rasgado en su cuello.

—Lo serás pronto. —Hablaba con tanta confianza que se encontró pensando violentamente.

—No voy a casar...

La detuvo con un beso, un beso que hizo que su helada resolución se tambaleara peligrosamente. Cualquier protesta voló de su mente mientras toda su furiosa energía se acumulaba en su estómago y llenaba su carne de pasión.

Thomas desabotonó hábilmente la hilera de botones en su espalda, besándola hasta quitarle la razón todo el rato. Colocando ambas manos en sus hombros, empujó los restos de su vestido hasta que este quedó en sus caderas. Un ligero empujón más y el vestido cayó al suelo en un montón. Con destreza le desató el corsé sin que ella se diera cuenta hasta que también cayó al suelo encima del vestido.

Francesca quedó frente a él vistiendo solamente una delgada camisa de seda, medias y zapatos. Cruzó los brazos sobre el pecho, las manos sobre los hombros.

—Thomas, debemos detener esta locura.

Él la ignoró. En vez de eso, la agarró de la mano y la sentó en un banco suavemente tapizado. Agachándose, le quitó los zapatos y los puso a un lado. Francesca respondió apretando las rodillas.

Él deslizó las manos por sus pantorrillas con caricias suaves y distractoras.

—Si grito, ¿entrarás en razón? —La última palabra fue apenas un chillido.

Él presionó suavemente sus rodillas y pasó los dedos por la suave piel detrás.

—No quiero que me toques —protestó. Pero lo quería, desesperadamente, y demonios, él bien lo sabía. Su vida se estaba volviendo un nudo complicado, y la estaba asustando hasta los huesos. Enfrentada a lo que quería y lo que debía hacer, los dos lados del carácter de Francesca peleaban entre sí. Tenía toda la seguridad de que, si se levantaba y se iba ahora, Thomas no la detendría físicamente. Haría todo lo que pudiera para convencerla de quedarse, pero aun así podría salir caminando de esta casa, de este nuevo desastre, pero no podía hacer que sus piernas se movieran.

Thomas le sonrió.

—Creo que quieres que te toque. Quieres que te toque en lugares escandalosos con más que mis dedos. Quieres que te toque muy dentro. —Ante

la presión de sus dedos, relajó las piernas tan solo un poco—. Dime que quieres que te toque, Francesca.

No podía decirlo. Quería, más cada segundo. Su aliento era desigual y rápido, como si hubiera estado corriendo por kilómetros, y se preguntó si sus pupilas estaban tan dilatadas como las de él. Sus ojos eran tan oscuros que estaban negros, como su reputación, su alma y su inexistente brújula moral.

—Dilo, Francesca. Dime que quieres que te toque.

—¿Por qué concentrar todos tus encantos en mí? —Esa era la verdadera pregunta, ¿no? ¿Por qué ella?—. Seguramente hay muchas damas muriendo por hacerte parte de la familia.

Una mano acarició su muslo por debajo de la camisa.

—Te deseo. Soy tu esclavo. Estoy totalmente cautivado. —Sus astutos dedos encontraron su liga y la quitaron. Enrolló lentamente sus medias y las quitó de su pie, luego hizo lo mismo con la otra pierna, sus dedos dejaban un camino de calor donde tocaban la piel—. Dime que quieres que te toque.

No lo haría. No podía hacer que se detuviera, pero tampoco podía decir las palabras que ella quería decir y que él necesitaba oír. Simples palabras que todo su cuerpo gritaba: *Tócame*.

No podía respirar profundo.

Él pasó la punta de los dedos por sus brazos y aflojó su agarre en los codos. La levantó hasta pararla frente a él y agarró la camisa en sus puños. Con una maldición final a su falta de carácter, ella levantó los brazos para que el pudiera sacar la seda por sobre su cabeza.

—Eres perfecta. Un poco sucia, pero no te echaré de la cama por ello. —Le lanzó la sonrisa que siempre hacía cosquillas en su estómago.

—Me arruinarás, Thomas. —Pero en ese preciso instante, con sus manos en ella y el cuerpo avivándose bajo su toque, ya no le importaba.

Él respondió entre besos a su hombro.

—Francesca, no estoy tratando de arruinarte. —Un beso en su quijada—. Quiero salvarte. —Un beso en sus labios—. Salvarnos a ambos.

—No necesito ser salvada. —Las manos alrededor de su cuello.

Él se acercó, y sus ropas tocaron el cuerpo desnudo de ella.

—Lo necesitas, también. Me amas. Necesitas ser salvada de un matrimonio sin amor.

Era tan difícil pensar claramente cuando sus manos le prendían fuego a su piel.

—No puedo romper el compromiso incluso aunque quisiera. Christian y Mamá jamás lo permitirían. No luego de la última vez.

—Deja de hablar a menos que sea para detenerme.

Dile que se detenga, Frankie. Díselo ahora. Pero no quería hacerlo. Que el cielo la ayudara, no quería hacerlo.

Deslizó la mano por su cadera, alrededor de su trasero y envolvió una nalga. Él le tomó la boca con la suya. Un beso gentil y duradero dio paso a uno más determinado mientras la seducía hasta admitir lo que quería. Ella abrió la boca y aceptó su lengua. La reticencia que sentía antes se rindió mientras le devolvía las caricias de su lengua con el fuego de la suya propia. Ajustó su altura de manera que pudo sentir su excitación en la curva del estómago.

Antes de darse cuenta, la había levantado en brazos y la estaba apoyando en el calor de la tina. Ella se deslizó en la calidez y dejó que la envolviera. El vapor aromático la envolvió.

Thomas se quitó la chaqueta y el chaleco y se enrolló las mangas. Se arrodilló junto a la tina y agarró un pedazo esponjoso de felpa.

Francesca se mordió el labio inferior.

—¿Qué estás haciendo?

Thomas metió el paño en el agua caliente y lo untó con jabón.

—Te daré un baño, ¿no es obvio? —Sacó un brazo chorreando del agua y lo frotó con el paño espumoso, prestando especial atención a la piel de la parte interior del brazo. Enjabonó la extensión de su pecho por encima de los senos y levantó el otro brazo e hizo lo mismo, removiendo suavemente las manchas de suciedad.

—Sí, es obvio que me estás dando un baño. Algo que estoy segura de que podría hacer por mi cuenta. —Intentó sonar severa, pero él la ignoró. Al demonio con todo. Ahora que le había hecho desearlo, no iba a darle lo que necesitaba.

—Shh. —Le quitó la tierra de su cara y la enjuagó—. Siéntate y cierra los ojos. —Una vez que obedeció, le echó agua a su cabello. Ella reclinó la cabeza y el agua cayó en cascadas por su espalda. Mantuvo los ojos cerrados mientras él le lavaba el cabello y visiblemente se relajó bajo su asistencia. Masajeó su cuero cabelludo, quitando ramitas y hojas. Pasó el jabón por su pelo, tironeando suavemente, y luego levantó el jarrón con agua y enjuagó el cabello, rellenándolo varias veces para asegurarse que todo el jabón saliera.

—Recuéstate —le dijo, y abandonando el paño, se enjabonó las manos.

Comenzando en su nuca, masajeó su clavícula, luego su pecho y sus senos, envolviendo cada uno con sus manos jabonosas. La masajeó, probando el peso de cada seno, haciendo rodar el pezón entre su pulgar y su índice hasta que estos se contrajeron en unos montoncitos apretados.

Francesca lo miró fijamente, respirando por la boca, sus ojos en él mientras le acariciaba el cuerpo. Sus manos dejaron su pecho y continuaron su masaje por las costillas al estómago y luego más abajo por sus piernas.

Apenas quitando las manos de ella, su anticipación creció mientras él se movía hacia el final de la tina. Sus miradas se cruzaron cuando él envolvió ambos tobillos y tiró de ella gentilmente para que se reclinara más. Ella apreciaba este extraño juego de lánguida relajación y exquisita tensión que inundaba su cuerpo.

Le colocó los pies a ambos lados de la tina, con las rodillas ligeramente dobladas, asegurando sus pies en el borde laminado. Sus dedos trazaron la curva de sus pantorrillas, se quedaron detrás de las rodillas, luego en la cima de sus muslos, sus dedos haciendo presión en la tierna carne interior de las piernas. Haciendo círculos, acariciando su suave piel enjabonada, acercándose al centro de sus piernas, sonrió cuando los párpados de Francesca se medio cerraron y su cabeza cayó sobre el borde de la tina.

Ella ya no se sorprendió cuando sus dedos localizaron el triángulo de rizos entre sus piernas, pero aun así jadeó cuando su pulgar mágico encontró el tierno nudo de carne y dio vueltas alrededor. Ambas manos se agarraron a los costados mientras se retorció, los músculos de su estómago contrayéndose y sus pechos saliendo del agua.

Que Dios lo perdonara, ella era la mujer más hermosa que había visto. La mano libre de Thomas subió hasta un seno y pellizcó el rosado pezón.

—Dime que me detenga —dijo, su voz era ronca con el deseo que contraía su cuerpo. Quería ser responsable de su necesidad. Ya lo amaba, ahora quería que lo necesitara también, emocional y físicamente—. Dilo, Francesca.

La miró, absorto en su reacción mientras metía un dedo en ella y luego otro. Ella jadeó y se retorció, moviéndose sensualmente en el agua, enviando los contenidos de la tina rebalsando por sobre los costados. Su respiración era tan errática como la de ella mientras la encendía más.

—Dilo.

—No pares —susurró ella.

Lo había dicho. Las palabras mágicas que él estaba casi desesperado por oír. La recompensó acariciándola por dentro con un ritmo lento y sensual, y

masajeó su piel inflamada, empujándola más y más hasta que llegó al borde.

Thomas sintió que sus contracciones disminuían, aunque aún agarraba los costados de la bañera. Su cabello flotaba a su alrededor como lazos rojos. Su rostro era tan sereno con los ojos cerrados y la boca abierta mientras su respiración se tranquilizaba. La miró, apreciando la forma en que sus pechos salían del agua, y luego volvían a hundirse. El cálido líquido se ondeaba sobre ellos en riachuelos plateados.

Se paró, su camisa estaba mojada y pegada a su pecho. Fue hasta el otro extremo de la tina y se arrodilló junto a su cabeza. Puso una mano debajo de su mandíbula y giró su rostro hacia él. Se quedó sobre sus labios, apenas un segundo, sintiendo su respiración, luego su boca descendió a la de ella. Su beso estaba lleno de desesperación y lujuria, lleno de ansias de unírsele en el baño, pero no hizo nada por apaciguar su necesidad. Eso tendría que ser en otra ocasión.

Le besó cada párpado.

—Te veré abajo cuando estés lista.

—¿Thomas? —susurró Francesca.

—¿Si, amor mío?

Pero ella no respondió. Lo miró con los ojos verdes llenos de emociones que no podía descifrar.

—Fue un placer —replicó sin una sola onza de ironía, y salió, cerrando la puerta detrás de él.

Thomas estaba en su librería cuando la madre de Francesca y Anna llegaron en el carruaje cerrado con un vestido nuevo para ella. Había un fuego en la chimenea, lo que le daba al cuarto un calor bienvenido. Estaba sentado en su sillón de cuero favorito leyendo el periódico cuando Masters las llevó. Había reasumido su atuendo perfecto, una nueva camisa de lino, chaleco y chaqueta, su pañuelo estaba atado impecablemente. Parecía un inglés propio. El hecho le había tomado unos minutos poco satisfactorios a solas en su cuarto, y claro, ropas limpias, secas y bien planchadas. Un poco de whiskey para fortificarse y ya estaba preparado para ver a la familia.

—Llevaré esto inmediatamente —dijo el mayordomo mientras tomaba la caja de las manos de Anna—. ¿Debo traer refrigerios?

—Sí, Masters. Eso sería excelente —replicó suavemente, luego fijó la mirada en la duquesa—. Estoy seguro de que su hija estará muy agradecida de que haya llegado. Lamento decir que su anterior vestido está hecho pedazos. —Guió a las damas al sofá.

—Por supuesto que vine enseguida. —La madre de Francesca lo besó en la mejilla antes de hundirse en el tapizado—. ¿Dónde está mi hija?

—Por favor, siéntese. Francesca está dándose un baño —explicó Thomas—. Además de la destrucción de su vestido, el asunto la dejó bastante ensuciada.

—Oh, cielos. —La duquesa jugueteó con un pañuelo de encaje entre sus dedos—. Mi pobrecilla. Qué traumático ha debido ser. —Ella y Anna hablaron sin parar, sinsentidos que apenas escuchó. Su cabeza estaba llena de imágenes de la ninfa acuática de arriba.

La mucama llevó una taza de té a la duquesa y a Anna. Thomas volvió al presente y rechazó la taza, habiéndose armado previamente con algo más fuerte que eso.

—Le aseguro que su encantadora hija se comportó con el mayor decoro, considerando todo. Se ha convertido en una increíble jovencita.

—Estoy segura de que Su Gracia quisiera saber, tanto como yo, lo que pasó hoy —intervino Anna.

—Puedo darles la versión abreviada, pero no estuve ahí durante todo el incidente. Parece que había unos perros emocionados en el parque y Francesca estuvo en el camino inmediato de una ardilla.

—¿Una ardilla? —dijo Anna incrédula, con los ojos totalmente abiertos—. Bueno, siempre y cuando Frankie no saliera herida.

—Sí, pero su orgullo, querida —protestó la duquesa—. Todos habrán visto lo que pasó.

—Todo está bien, Madre, no te angusties. —Francesca entró en la habitación.

Se veía cautivadora. Su madre le había llevado un vestido rosa pálido que resaltaba el rubor de sus mejillas mientras enfatizaba la cremosa blancura de su piel. Su cabello había sido sometido por una de las mucamas en una serie de simples trenzas unidas. Quería atraerla a su regazo y besarla indefinidamente. Y quitarle esas estúpidas trenzas. Su cabello era tan fantásticamente sensual flotando alrededor de su rostro en ondas, todos esos peinados ajustados y apretados con cofias parecían una atrocidad.

Sacudió la cabeza. No podía pensar así. Apenas se había calmado, su control era tenue en el mejor de los casos.

—Es solo que no necesitamos este problema ahora —siguió su madre—. La boda está a dos semanas, sabes, y aún hay mucho que hacer.

—Creo que he pensado en un plan que evite catástrofes. —Thomas sintió la voz de Francesca más que oírla. Varias partes que él había creído haber sometido se movieron reconociendo su llegada.

La madre de Francesca se levantó grácilmente de su silla y fue hasta su pequeña pollita como una mamá gallina, inspeccionando su hija hasta que estuvo satisfecha de que no tenía ningún daño.

—Bien, oigamos este plan tuyo. No creo que nada malo salga de esto, pero incluso así, Frankie preferiría evitar la vergüenza y sabes cómo se siente la familia.

Entre el miedo de la familia de Francesca al escándalo, y el terror de su propia familia mientras él crecía, había llegado a cansarse del concepto. Mentalmente controlándose, ordenó sus pensamientos para explicarle la esencia del plan a la duquesa. Luego de dar lo básico, la duquesa se vio mucho más calmada.

La anciana lo envolvió en un abrazo de agradecimiento y luego hizo señas para que Frankie y Anna la siguieran. Prometieron encontrarlo en el baile de Lady Farsham esa noche. Por ahora, quería llevar sus cosas a casa, descansar y reagruparse antes de la arremetida de las obligaciones sociales. Salió por la puerta principal y a su carruaje esperando con el semblante confiado de la guerrera social que era.

Anna avanzó delante de Francesca, lo suficiente para permitirle a ella y Harrington una oportunidad de hablar en privado.

Thomas le agarró la mano, evitando que se uniera a su familia.

—Te ves hermosa. ¿Cómo te sientes?

—Cálida y exhausta. —Le sonrió—. Estoy segura de que el efecto pasará pronto y mi auto-odio volverá a aparecer.

Sus dedos acariciaron la cima de sus pechos y ella tembló.

—Te veo esta noche. Guarda tus vales para mí.

—Sabes perfectamente bien que no puedo bailar todos los vales contigo. No sería normal, ¿y no es eso lo que estamos intentando lograr?

—¿Quién dijo algo de bailar? —Movi6 las cejas, poniendo el humor y la irreverencia con la que tanto era conocido—. Conozco todos los rincones y rendijas de la casa Farsham.

—¡Compórtate! —le respondió ella furiosa.

Él miró el umbral y vio que estaban solos, aunque fuera brevemente. Agachó la cabeza y le selló la boca con un beso fiero que sabía por experiencia que la haría derretir.

—Lo digo en serio. No debes bailar vals con nadie más que conmigo.

—¿En serio? —Sonaba incrédula.

Eso debería haberlo detenido, o debería haberse dado cuenta cuando inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos. Estúpidamente, siguió hablando.

—Sí. El vals es mío.

—Porque tontamente te di derecho a tocarme, ¿piensas que puedes darme órdenes? ¿Quién crees que eres? ¿Mi padre? —Su voz se elevó—. O quizás pienses que eres mi hermano. —Sus ojos se entrecerraron más.

Podía ver que estaba furiosa, pero no le importó.

—Francesca, puedo completamente negar creerme como tu hermano, y estoy totalmente seguro de no ser tu padre.

—Exacto. No lo eres. Ni siquiera eres mi prometido. Y, mientras parece que estamos teniendo un amorío, al menos hasta que logre deshacerme de ti, te convendría tener eso en mente. —Se liberó de él y fue hacia la puerta—. Justo como le he estado diciendo a Christian, soy una mujer. No una niña.

—Bueno, eso es un alivio porque no hago lo que hicimos ahora con niñas —casi gritó mientras ella se iba—. No estamos teniendo un amorío —siseó a nadie en particular.

Pero al menos estaban teniendo algo. A pesar de sus duras palabras, sabía instintivamente que había logrado un punto en esta pequeña guerra. Le había dado más cosas en que pensar y, en este punto, eso era todo lo que podía aspirar.

Capítulo 9

Thomas llegó al baile de los Farsham temprano, tan temprano que solo cinco o seis parejas habían llegado antes y eran ancianos. Cada pareja se le había acercado para comentar sobre su poco característica puntualidad, o la de cualquier soltero elegible. Para cuando el grueso de los invitados había llenado la estancia, Thomas se estaba sintiendo inquieto de una forma que no podía explicar. Quizás era por intentar presentar ese encanto indiferente al que la alta sociedad estaba acostumbrada cuando, sencillamente, no estaba de humor esa noche. Lo que sea que fuera, estaba ansioso por ver aparecer a Francesca y se ponía aún más con cada minuto.

Esto podría ser tan sencillo si ella simplemente olvidara el pasado, que en realidad nada tenía que ver con ellos, y los dejara vivir el futuro. Estaba seguro de que lograría convencerla de su punto de vista. Tenía dos semanas, pero en verdad esperaba que no lo hiciera trabajar hasta el último minuto.

Thomas la deseaba de todas las formas posible. Solo tenía que pensar en ella en su cama, o su hermoso cuerpo extendido en la bañera, resbaloso con deseo, y su atracción era obvia. Y sabía que ella lo deseaba igual. El deseo no era el problema. Estaba totalmente seguro de que no dejaría a otro hombre tener lo que era suyo. Claramente, ella no se había dado cuenta todavía, pero esa era la calve, y el que se diera cuenta de este nuevo orden iba a necesitar una resolución tan ágil como fuera humanamente posible. Todo lo que tenía que hacer era enamorarla de nuevo y que llegara a la conclusión que por amor valía la pena arriesgarlo todo.

Si fuera tan sencillo, entonces ¿por qué el fracaso surgía en su mente constantemente?

Estaba pensando en un plan con tres partes, y no era muy sofisticado. Primero, quería recordarle de las experiencias compartidas de casi una vida juntos, y había tantas que podía utilizar. Claro, nunca había considerado esas veces como íntimas o significativas, pero ahora, con esta nueva perspectiva, podía verlas bajo una luz distinta.

El otro brazo del plan era quedarse en su camino. Si la tenía a merced de sus deseos, entonces tenía posibilidad de hacerla ver las cosas desde su propia perspectiva. Su respuesta a él probaba que estaba consciente de él físicamente, solo necesitaba recordarle su presencia. No sería muy difícil.

Había muchos trucos que ella no había visto antes, y estaría más que feliz de mejorar su situación.

La matemática parecía fácil. El único problema en la ejecución era el maldito prometido. Bueno, eso y el deseo de los Belling de evitar otro escándalo familiar. Demonios, si su familia entera no estuviera controlada por alguien tan desesperado por evitar un escándalo: primero la obsesión de su padre con eso y ahora de Christian y la duquesa. Se preguntó, si el padre de Christian y Francesca estuviera aún vivo y bien afianzado en el ducado, ¿tendría el mismo miedo a otro escándalo? Por alguna razón, Thomas creía en lo profundo que no habría estado tan molesto como Francesca esperaba. Christian, sin embargo, era otra historia. Aunque su amigo era un mujeriego y un sinvergüenza, como era totalmente esperado y tolerado, Christian se tomaba la posición de Duque de Morewether muy seriamente y nunca haría algo como lo que había hecho su tío, que dañara a su familia y su posición en la alta sociedad.

El problema más grande, como lo veía él, era Christian. Era vitalmente importante para Thomas, quien nunca había sentido como si tuviera una familia de sangre, que no perdiera la familia que había adoptado. Christian era más su hermano de lo que su propio hermano había sido. Lo llenaba de terror saber que un paso en falso podía destruir todo. Necesitaba manejar la situación con delicadeza.

Mientras Thomas rumiaba sus problemas, se inclinó contra una pared en el fondo de la habitación, intentando alejarse de la creciente curiosidad que su presencia creaba. Sabía cuál era su rol esta noche. Tenía que ayudar a aplastar cualquier feo rumor antes de que la imaginación de la elite corriera desbocada. Y así hasta que esa tarea estuviera completada, si era capaz de hacer algún avance en su *otro* plan, bueno, mejor para él.

Había dormido terriblemente la noche anterior. Había intentado agotarse, para estar tan cansado cuando su cabeza tocara la almohada que cayera en un sueño agotado. Sin embargo, casi instantáneamente, había comenzado a soñar con ella, una serie de sueños eróticos como nunca antes había tenido, incluso en su juventud, cuando los sueños eróticos y fantasías eran lo esencial en sus pensamientos.

Sus ojos fueron atraídos inexorablemente hacia la entrada del salón de bailes en cuanto su mujer de ensueños apareció. Francesca entró en la habitación del brazo de su hermano. *Mi Dios, es hermosa*. Su cabello estaba recogido dejando al descubierto su largo y grácil cuello. Su vestido era de

seda dorada, y brillaba en la luz de los candelabros de la habitación. Se veía magnífica. Apenas podía creer que fuera la misma chiquilla que había conocido la mayor parte de su vida. El único pensamiento completo que podía formar era que ella era suya y él debía asegurarse de eso.

Thomas se sintió desesperado por sacarla del lugar, de la multitud. El sentimiento inquietante se intensificó.

Thomas se alejó de la pared y caminó deliberadamente a través de la multitud hacia ella. Los ojos de Francesca barrieron por sobre todos los invitados, lo encontró, y cruzaron miradas. Él esquivó a un grupo de personas cerca de los escalones de la entrada y se detuvo. Mirándola desde debajo de los tres escalones de mármol, todos sus otros pensamientos se ahogaron en lujuria.

Francesca hizo una genuflexión.

—Mi señor. —Una lenta y dulce sonrisa jugaba en sus labios, y los genitales de Thomas se apretaron en respuesta.

—Harrington. —La madre de Francesca extendió su mano y le ofreció una sonrisa cálida y maternal—. ¿Comenzamos nuestra campaña? Recuerda, distráelos con las nupcias prontas.

Francesca le dio a su madre una mirada mordaz ante la mención a la boda.

—En seguida, mi señora. —Dobló su codo para la duquesa y la escoltó hasta abajo; Francesca los siguió muy cerca por detrás con Christian y Anna—. Me di la libertad de informarle a Dalton de nuestros planes. Le envié una nota poco después de que se fueron.

—Igual que yo —dijo Francesca.

—Por supuesto que sí. —Supo que había escuchado su sarcasmo por la leve sacudida de su cabeza.

—Bueno, él estaba allí y puede corroborar nuestra historia mejor que nadie —le recordó ella—, además, quería dejarle saber que me habías cuidado bien y te habías asegurado de que llegara a salvo a casa.

¿Qué se suponía que significaba eso? ¿Una forma de recordarle que, dentro de lo que cabía, ella pertenecía a otro hombre? Thomas apretó los dientes en un esfuerzo por no caer en la trampa.

Dejó que la madre de Francesca se sentara con sus amigas, donde podría establecer su base de control.

—Sí, estaba totalmente determinado a asegurarme de que estabas muy bien cuidada esta tarde, querida mía —le susurró Thomas al oído mientras caminaba detrás de ella. Escondidos detrás de la silla, donde nadie podía ver,

le acarició la columna con los dedos hasta que la palma envolvió su trasero cuando pasó a su lado—. Y tengo planes para ti esta noche.

Francesca no contestó, pero notó que su respiración se había acelerado y que cerró los ojos por un largo rato.

Thomas extendió la mano.

—Dame tu tarjeta de bailes. —Anotó su nombre junto al último vals y le devolvió la tarjeta—. Mientras aguardo el momento antes de poder tenerte a solas de nuevo, salgamos a conquistar, ¿te parece?

Francesca lo vio caminar con confianza alejándose de ella, apreciando la vista de sus pantalones estirándose sobre su trasero. Sacudió la cabeza y se regañó por ser tan estúpida. Estaba llena de tensión y le dolía la cabeza. Estaba destrozada por la culpa y los nervios, casi hasta el punto de quiebre.

Anna y Christian estaban hablando en el lado opuesto de la silla cerca de la multitud de mamás, así que Francesca sabía que no habían oído nada de la conversación, y también estaba bastante segura de que no habían visto el intercambio físico tampoco, o su hermano ya se habría acercado y habría empezado todo un nuevo escándalo.

Les dio a sus cohortes una brillante sonrisa, tanto como podía hacerla, y enlazó su brazo con el de su hermano.

—¿Estás listo, hermano querido? —preguntó mientras enlazaba su brazo con el de Anna del otro lado—. ¿Anna? —Atrapó la mirada de su madre y apretó tanto el brazo de su amiga como el de su hermano—. Una vez más al deber, queridos amigos, una vez más.

—Encontraré a Dalton y contaremos historias frívolas en la sala de cartas y en las mesas de billar —respondió su hermano, alejándose de las damas y dirigiéndose a los salones puestos para apostar.

—Bueno, gracias a Dios por eso —murmuró—, espero que no se agote demasiado.

En tanto la noche progresaba, los cinco intrépidos guerreros apagaron el chisme contando los *graciosísimos* eventos de la tarde. Francesca bailó cada tema con un compañero diferente, y ella y Anna hablaron en todos los grupos de damas en la sala. Al endulzar la historia con el humor autocrítico, todo el episodio se volvió una anécdota encantadora. Periódicamente, de grupitos en la sala de baile, distintos niveles de risas podían oírse, risas bajas y altas carcajadas mezcladas con otras risas nerviosas de dama.

Todo el tiempo, Francesca sabía exactamente donde estaba Thomas. Podía sentir sus ojos en ella cada segundo. El efecto era tan poderoso como si

físicamente la tocara. No le importaba con quién estaba bailando o con quién estaba hablando, podía sentir su mirada acariciándola. De rato en rato, sus caminos se cruzaban y Thomas le acariciaría el brazo subrepticamente o le susurraría al oído al pasar. Nunca se había sentido tan consciente de su cuerpo, de la calidez de su piel o del cosquilleo en sus pechos. Todo su ser vibraba.

A pesar de sus duras palabras hacia ella misma, encontró casi imposible evitar tocarlo tampoco. Sus palmas hervían por tocar su cabello y su boca ansiaba besarlo. Para cuando llegó la hora de su vals, Francesca estaba tan ansiosa que se sentía como una cuerda de guitarra tensada, y Thomas apareció tan alterado y excitado que estaba casi dispuesto a pelear contra el cielo y la tierra si se le impedía avanzar hacia ella.

Estaba parada en un pequeño grupo de tres damas jóvenes, todas sofocando sus risas mientras ella contaba su historia de nuevo. El plan había sido un éxito. Según podía decir, ningún comentario negativo había sido hecho para manchar su reputación.

Francesca sabía que él estaba yendo hacia ella, cruzando el salón, de la misma forma que había sabido dónde estaba en todo momento toda la noche. Los vellos en su cuello se erizaron cuando llegó detrás de ella. Nadie más parecía percibir la tensión instantánea que irradiaban los dos en olas, pero para Francesca, era tan densa como la bruma de Londres, haciéndole difícil incluso respirar.

Thomas agarró su mano y la puso en la curva de su brazo.

—Mi señora, creo que este es nuestro baile.

—Sí, milord. El último vals de la noche. —Forzando una sonrisa, asintió hacia sus amigas y le permitió girarla hacia la pista de baile—. Toda la noche he sentido como si estuvieras acechándome —susurró.

—Hmm —le murmuró al oído, haciendo que su respiración se acelerara. Siguió con voz baja que solo ella podía oír—. ¿Y si lo estaba? Acechándote, exactamente. ¿Qué supones que eso significaría? —Su mano enguantada estaba sobre la suya, el peso le calentaba la mano.

—Imagino que, como un animal salvaje, si me atrapas, me comerás —replicó. Sus manos eran enormes, sabía exactamente cómo se sentían en su cuerpo húmedo y jabonoso.

Su sonrisa era completamente felina.

—Te devoraré, más probablemente.

—Oh, ya veo. —Liberó su mano del codo y giró para enfrentarlo en la pista justo cuando las primeras notas comenzaban—. Tendré que ser rápida para evitar ese destino.

Thomas colocó una mano en su cintura y la guio, mirándola fijamente mientras llegaban al primer giro. Acercándola más de lo que era apropiado, gruñó, el sonido era bajo y feroz, grave y profundo en su garganta.

—No tienes oportunidad de escape, mi hermoso pajarito. Voy a atraparte y tener un festín contigo. Ahora que se acabó la presión, todo lo que quiero es tenerte a solas. Sola y desnuda en mi cama. O sola y desnuda en una alcoba. En realidad, sola y desnuda donde sea.

Su voz vibraba en su oído, y su aliento le hacía cosquillas en el cuello. Esa anticipación familiar se removía en su estómago. Incluso sabiendo que estaba mal y muy estúpido, se inclinó hacia él.

—¿Entonces huir no es una opción? —Francesca luchó por sonar más calmada de lo que se sentía. El calor de sus manos le encendía la piel incluso a través de los guantes y todas las capas de su vestido, corsé y camisón. Su espalda debía ya tener la impresión permanente de su mano donde había sellado su carne, e incluso así anhelaba liberarse de sus ropas para que él pudiera tocarla más íntimamente. Ni siquiera sabía si quería resistirse, mucho menos si podía. Oh, tener el poder de decidir lo que quería en vez de lo que se esperaba de ella.

—La verdad, correr solo prolongaría el juego, amor mío. Pero te podría interesar que jugar puede ser muy divertido.

—Este juego que estamos jugando no es divertido, sino peligroso. —Francesca apartó la mirada de él y buscó en la habitación. Incluso aunque nadie podía oír su conversación susurrada, sentía como si todas las miradas la escrutaran, incluso ahora.

—Si estás buscando a tu prometido, está en la sala de cartas.

—No estaba —mintió.

Thomas bufó incrédulo.

—Está bien, sí estaba —concedió—. Es mi prometido, después de todo.

Un silencio incómodo se estableció entre ellos. Bailaron sin hablar durante varios giros, todo el rato Francesca podía sentir la frustración saliendo de Thomas en olas.

—¿Recuerdas que este no es nuestro primer vals? —La hizo girar—. Creo que fue el verano que cumpliste trece. ¿Recuerdas?

El calor la llenó mientras el recuerdo volvía. Él la había encontrado bajo una planta de maceta en el balcón, espiando el baile de campo de sus padres. No pudo evitar sonreír.

—Recuerdo. Creo que Madre había insistido en que tú y Christian fueran a la fiesta en casa para equilibrar el número de hombres y mujeres y que ninguno de los dos estaba feliz por eso.

Thomas rio.

—Ese fin de semana resultó ser álgido para mí.

Ella no quería más información sobre *eso* de él. Recordaba muy bien el número de mujeres increíblemente atrevidas agolpándose alrededor de él y su hermano. Aun así, ese fin de semana también había sido importante para ella.

—No tienes idea de lo mucho que me afectabas. Estuve totalmente perdida desde ese entonces.

—¿Cómo así?

—¿Cómo podía no estarlo? Le dijiste a una chica demasiado alta y delgada con un poco apreciado cabello rojo y pecas, que estaba completamente enamorada de ti, que pensabas que era bonita.

El pulgar de Thomas dibujó un círculo en la parte baja de su espalda.

—Eras bonita, incluso en ese entonces.

—Parecía un caballo.

Thomas bufó.

—Con cabello naranja —añadió.

—Tu cabello es magnífico ahora.

Francesca deseó ser lo suficientemente fuerte para que sus cumplidos no la afectaran, pero dudaba que alguna vez lo fuera.

—Dijiste que lo sería.

—¿Recuerdas cómo bailamos? —le preguntó, su voz era baja e íntima.

Ella suprimió un escalofrío. Claro que se acordaba, él estaba en traje negro y ella en su ropa de dormir. Él había hecho una reverencia y le había besado la mano, y luego la había hecho girar en el pasillo. Todo en esa noche había sido mágico. Para cuando la noche terminó, Thomas no podía hacer nada mal y su adoración por él culminó en esa horrible escena en el parque tres años después.

—¿Lo recuerdas? —insistió.

—Sí —admitió con un suspiro.

—Baila conmigo todas las noches.

Francesca cerró los ojos y por un momento dejó que la guiara. Siempre había sido una chica optimista, esperanzada y emocionada, y todo lo que alguna vez había querido era exactamente lo que él le ofrecía ahora. Había pasado dos temporadas y rechazado innumerables ofertas de matrimonio con la ilusión de que Thomas volviera y la viera como la mujer en la que se había transformado. Hasta que finalmente, *finalmente*, se había rendido, o había madurado. No importaba. Ahora ese hombre egoísta había vuelto y ella estaba tomada. ¿En qué universo eso era justo?

La verdad, la enfurecía. Mientras más pensaba sobre eso, más enojada se ponía.

—Sinceramente dudo que a mi esposo eso le agrade mucho. —¿Ira? ¿Celos? No estaba segura qué emoción mostraba su rostro, pero las familiares líneas de risa se transformaron en ángulos duros, convirtiendo su belleza usual en algo completamente desconocido—. ¿Estás enojado conmigo? ¿Por qué estás enojado conmigo? Dalton es mi prometido.

—Ya veremos.

—¿Qué se supone que significa eso? —Lo miró con ojos cautelosos.

—Significa que tú eres mía.

—No hay nada que hacer —le dijo con finalidad, luego añadió—: ¿Qué estás planeando?

Él ignoró la pregunta.

—Me amas.

—Te amaba cuando tenía dieciséis. Te fuiste, y con razón, imagino, considerando todo. Aun así, las cosas han cambiado. He crecido. —Su voz en susurros era dura con indignación.

Thomas respondió con una ceja elevada.

—El hecho no ha cambiado. Me amas. —Siguió incluso aunque ella tenía la mandíbula apretada y sus ojos en rendijas—. Te deseo y te tendré.

—Tú, bastardo arrogante. ¿Cómo te atreves? —¿Siempre había sido así?

Dieron otro giro pegado. La pista de baile estaba absurdamente llena y Thomas la apretó contra su pecho. Su erección creciente le presionó el estómago. Se odió por su respuesta visceral, el calor creciente y las punzadas que no quería terminar hasta que Thomas la llevara a su clímax. ¿Cómo podía amarlo y odiarlo al mismo tiempo?

—Absurdamente, encuentro que no puedo dormir sin ti, Francesca. No pude anoche y estoy seguro de que no podré hoy. Yaceré en la oscura

habitación intentando recordar tu perfume. Recordaré el tacto de tu piel y la seda de tu cabello.

—Por favor, Thomas —susurró agonizante.

—Iré por ti esta noche. Deja la ventana del vestíbulo abierta.

—No.

—¿No? ¿No? —Su voz cayó una octava.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos, e intentó en vano alejarlas. Una no tenía una crisis emocional mientras bailaba el vals.

—Esto no puede seguir... —Y luego no pudo seguir.

Piadosamente, el vals terminó y ella se alejó, negándose ante la oferta de su brazo. Incluso mientras las últimas notas se alejaban, Francesca hizo el intento desesperado de mantener el ritmo de una marcha calmada y no romper a correr. Necesitaba alejarse y no quería que él la siguiera, incluso aunque podía sentirlo varios pasos por detrás. Hizo su camino ciegamente entre la multitud hasta donde su madre estaba sentada.

Thomas la dejó ir. Era contra sus intereses hacer una escena, pero era un infierno dejarla pasar otra noche lejos de él. La fecha de su boda se acercaba, y no había mejorado su posición esta noche. Estaba en mal estado, con seguridad.

Apretó los dientes frustrado. Mientras flirteaba con ella esperando excitarla para distraerla, había causado los mismos síntomas en él. Por mucho que su primitivo ser le urgiera a seguir, incluso apuntaba la dirección para ser más útil, ir a ella esta noche como había sugerido, no ayudaría a su causa. Sería otra noche solo en cama. Por María y José, esperaba no pasarla soñando nuevas torturas eróticas otra vez.

Una rápida mirada al salón y su mirada conectó con Dalton. El rival de Thomas estaba en el umbral de la sala de cartas. Vio un breve destello de ira que se convirtió inmediatamente en la perfecta máscara social de indiferencia. Thomas no se molestó en preguntarse cuánto había visto el hombre de su conversación con Francesca, ni tampoco se preocupó con lo que él podría haber deducido por el drama que había sucedido ante él.

Thomas hizo un saludo descarado y le sonrió ampliamente a Dalton. Luego salió del salón y fue a casa a su propia miseria privada.

Capítulo 10

Thomas apeó su carruaje frente a la casa de los Belling y le lanzó las riendas a un mayordomo. Había escogido deliberadamente un vehículo que tuviera solo dos asientos. Necesitaba sacar a Francesca de la casa para poder hablar francamente. Tenía que hacerla entrar en razón. Nunca había vivido su vida según la voluntad de la sociedad, y no tenía intenciones de comenzar ahora. Comportarse estaba comenzando a hacerse difícil y su temperamento comenzaba a aparecer.

Adicionalmente, se estaba sintiendo malhumorado porque, una vez más, apenas había dormido como las dos noches anteriores. Fue como temía. Cada vez que se adormilaba, era despertado por el mismo sueño erótico de antes con tan solo ligeras variaciones. La nueva adición perturbadora era que Francesca se alejaba de él riendo.

Era extremadamente inquietante lo muy pegado que se había vuelto a ella en tan poco tiempo. El resultado final era obvio, al menos para él. Los obstáculos podían atravesarse. Tenía que hacerle ver las posibilidades.

Se tomó un momento para borrar la mueca de su cara y cambiarla por la sonrisa fácil por la que era tan conocido. Tomó una profunda respiración antes de levantar la pesada aldaba de latón. El mayordomo lo dejó entrar y lo llevó hasta el vestíbulo, donde su sonrisa se aceró. Francesca estaba sentada en el sofá rodeada de flores, y recostado contra el piano de forma repugnantemente casual estaba Lord Dalton.

Condenado hombre. Thomas hizo puños con las manos. La oportunidad de estar a solas con ella se había reducido a cero. Se sintió con ganas de rugir. De hecho, puede que lo haya hecho un poco antes de controlarse y volver a poner la máscara agradable en su sitio.

Asintió hacia Lord Dalton como saludo antes de poner su atención en su amante. Era el encanto encarnado esa tarde en un vestido verde claro que hacía su complexión brillar y, de alguna forma, intensificaba el verde de sus ojos. Era el epítome de la propiedad elitista. Así que no era su vestido lo que la hacía ver tan... No estaba seguro de qué exactamente. ¿Seductora? No, no exactamente eso. No era el vestido, era el cabello. Amarrado en un complicado nudo, largos mechones desafiaban los imperdibles que querían sostenerlos en su lugar y se arremolinaban en su rostro y en su cuello,

haciéndola parecer encantadoramente desordenada. La apariencia ligeramente desaliñada era precisamente el cómo se veía luego de haber sido bien besada.

—Justo concordaba con Lord Dalton que creo que la noche anterior fue un éxito. —Francesca le sonrió y su ingle se contrajo como respuesta. Luego le dio la misma sonrisa a Dalton, y la lujuria pasó a violencia.

Francesca notó el oscurecimiento en la expresión de Thomas.

—Sí bailé con cada mujer en el salón, así que eso espero —comentó Thomas.

Se sentó en un delicado sillón de madera de cerezo que no se veía lo suficientemente robusto para sostenerlo. Especialmente con la forma en que se estiraba tan insolentemente con sus piernas imposiblemente largas extendidas ante él. Ella solo quería levantarse y golpearlo. El hombre era irritante.

—Sí, noté que bailaste con todas, incluso mi prometida.

La voz de Dalton no tenía el tono neutro y de amabilidad usual al que ella estaba acostumbrada y el sentimiento de temor trepó sobre ella. Thomas miró a Dalton a los ojos, elevó una ceja inquisitivamente y sonrió condescendiente.

—Le dije a Lord Dalton que el vals no era significativo, dado que somos prácticamente hermanos y nos conocemos hace tanto. —Oyó la mentira en su propia voz y la odió.

Thomas no respondió, en vez de eso levantó la misma ceja insolente en su dirección y sonrió sin arrepentimiento. En verdad, dudaba sinceramente poder pasar todo un día sin golpearlo.

Fue hacia la campana y tiró de ella varias veces.

—Sentémonos a tomar té, ¿quieren? Esta olla es vieja, déjenme buscar una nueva. —Cuando la sirvienta apareció, Francesca le susurró furiosamente que corriera y trajera a Anna con refrigerios.

—Como digas. —Dalton asintió, su amabilidad inquebrantable haciéndola sentir nauseabunda con culpa—. Sin embargo, el baile y la conversación después no me parecieron como el intercambio entre hermanos. Estoy seguro de que, para cualquiera mirando, parecía bastante tenso.

—Tú, y cualquier otro, pueden pensar lo que deseen —dijo Thomas planamente.

Francesca se levantó del sofá.

—Thomas, no estás ayudando.

—Ya me cansé de ayudar —dijo Thomas.

Oh, Dios, ayúdame. Por favor, por favor, no tengamos esta conversación de nuevo. No ahora. No con público.

—Había oído tantas recomendaciones sobre ti de amigos y familia, pero desde que te conozco, tu encanto se ha perdido —dijo Dalton—. Parecías un buen tipo cuando te conocí en White's. Ahora temo que mi primera impresión haya sido apresurada.

—Puedes pensar lo que desees. No tengo deseos de impedírtelo. A pesar de lo que Francesca supone, una rara vez tiene la opción de elegir lo que otros piensan de uno. —Thomas cruzó los tobillos al final de lo que parecían kilómetros de pierna, en el centro de la alfombra.

¿Tenía que ocupar tanto espacio? Francesca se pellizcó el puente de la nariz.

Dalton se enderezó de su posición en el piano.

—Lord Harrington, entiendo que sea cercano a la familia Belling. Sé que debe apreciar mucho a Frankie...

—Francesca sabe exactamente cuáles son mis sentimientos por ella —le interrumpió Thomas.

¿Lo hacía? Concentró su atención en Thomas con una sacudida. Apenas conocía sus propios sentimientos ella misma. ¿Cómo podría saber los suyos?

—Caballeros, por favor —dijo Francesca en un esfuerzo por mitigar la situación antes de que se saliera de control.

—Seguramente puede ver que es necesario no hacer una escena en público. No hará las cosas más fáciles para Frankie —siguió Dalton, ignorándola por completo.

La dama en cuestión cerró los ojos por un segundo y exhaló por la nariz para mantenerse en calma.

Thomas miró con furia a su prometido. Ella nunca lo había visto así, y Dios la ayudara, era asquerosamente estimulante. ¿Qué decía de ella que una pequeña parte suya estuviera emocionada por su actitud primitiva? ¿Y por qué no podía ser igual de emocionante la declaración de Lord Dalton?

¿Dónde estaba el maldito té?

—Estoy completamente consciente de su reputación, Lord Harrington. —Dalton dijo el nombre del otro hombre con completo desdén—. Antes de que se fuera, se acostaba con lo que sea que llevara faldas. No crea que permitiré que maltrate a mi futura marquesa de esa forma. Uno creería que usted tendría más respeto por ella y su familia para permitir incluso la idea de mancillarla.

—Mi reputación no es de su incumbencia, Dalton. —Thomas sonrió brillantemente, mostrando todos los dientes, pero no había ningún regocijo allí.

—¿Debo recordarle que los contratos se han firmado? La reputación de mi futura esposa es de mi total incumbencia. —Dalton avanzó en dirección a Thomas—. No le permitiré utilizar equivocadamente esta imagen de héroe místico con la que ha vuelto.

—¿Héroe místico? —Thomas tosió—. ¿De qué está hablando?

—Hemos oído todas las historias —explicó Dalton—, de cómo salvó su barco e innumerables hombres cuando el capitán murió en la batalla. Su retorno triunfante como héroe de guerra.

Notó como Thomas se veía avergonzado, aunque su dura mirada nunca abandonó el rostro de Dalton.

—Apreciaría si dejara de extender esa pieza en particular de chisme.

—Créame. —Dalton puso las manos en los bolsillos y posó su mirada en Thomas—. No propagaré tal arrogancia. Apreciamos su servicio a la corona, pero eso no le da el derecho de usarlo para seducir damas ingenuas. Usted fue y es un canalla, una amenaza para las mujeres por doquier.

—Oh Dios. —Francesca inspiró. *No digas nada, Thomas. Por favor, por favor.*

Thomas se levantó de la pequeñísima silla. Extendió su cuerpo musculoso lentamente hasta que quedó dos centímetros más alto de Lord Dalton. Si era posible, los ojos de Harrington se entrecerraron más y la línea de su mandíbula se hizo más dura.

—Asegúrese de entender lo que le voy a decir —empezó Thomas—. No profeso que mi reputación sea clara como el agua, pero no es tan mancillada como a usted le gustaría que fuera. Nunca he seducido a nadie con esa ridícula historia de heroísmo. De hecho, la seducción fue completamente innecesaria.

—Thomas. —Francesca le urgió que se callara en su mente. Él le dio apenas una mirada. Ella dio dos pasos hasta situarse entre ambos, pero no le prestaron ninguna atención.

Thomas simplemente miró por sobre su cabeza mientras seguía, negligentemente determinado a arruinarla.

—Mis amantes siempre han venido a mí por propia voluntad.

—Me enferma —le dijo Dalton—. Estamos hablando de honor, Lord Harrington. Si no le importa más que el suyo, al menos piense en el honor de la Señorita Belling y el honor de su familia.

—¿Mi honor? —Francesca jadeó y se dejó caer en la silla abandonada de Thomas—. Mi Dios, ¿cómo llegamos hasta aquí? —No importaba. Siguieron ignorándola.

—Como caballero y compañero, confío en que hará lo correcto y no tendré que decirle qué es eso. —Dalton claramente luchaba por mantener su ira bajo control, y la mueca de desprecio se borró completamente cuando miró a Frankie. Tomó su mano—. Estoy cansado de esta compañía, Frankie, querida mía, y tengo otro compromiso, así que debo retirarme.

Thomas exhaló triunfante. Obviamente, creía haber ganado esta pelea.

Su prometido le sostuvo la mano con ambas, acariciándola gentilmente de una manera posesiva que ella estaba segura que Thomas había notado. Prácticamente podía oírlo rechinar los dientes.

Lord Dalton ignoró los sonidos que venían detrás de él.

—Solo vine esta mañana para extenderles una invitación a ti y a la señorita Sinclair y por supuesto tu madre. Consideraría el mayor placer si pudieran acompañarme en mi balcón en el teatro mañana por la noche.

Francesca asintió.

—Eso sería perfecto, Lord Dalton. Estoy segura de que estarán igual de encantadas que yo de unirse.

—Excelente, querida mía. —Dalton le giró la mano, con la palma hacia arriba, y colocó un beso en el centro y dobló sus dedos sobre el beso, como para atraparlo—. Estaré a las ocho para recogerlas.

—Ese compromiso suyo no será donde el caballero Jim, ¿o sí? —escupió Thomas—. Porque en verdad podría liberar un poco de vapor hoy día. —Francesca no entendía el encanto del sudoroso y oloroso salón de boxeo. Luego, con horror, se dio cuenta de que Thomas le estaba sugiriendo a Dalton encontrarse ahí para pelear.

—La verdad, no. Me encontraré con mi gerente de fincas esta tarde. Pero podría convencerme de encontrarlo allí más tarde.

Francesca sabía que Dalton no iba a retirarse. La escena entera era absurda. La reacción de Thomas era casi barbárica con su intención de intimidar a Dalton, y Dalton provocándolo de vuelta con una sonrisa. Como perros ansiando una pelea, hacían todo menos dar vueltas entre ellos. Ella no se molestó en hacer la comparación en voz alta. En este punto, su presencia en el cuarto era completamente superflua.

—Excelente, digamos, ¿a las dos y media? —Thomas extendió su mano para sellar el arreglo.

Francesca se quedó allí con la boca abierta mientras ellos se estrechaban la mano, amenazantes.

—¿Me están diciendo que van a hacer tranquilamente una cita para golpearse? Esto es una locura.

—Sí, bueno... —Dalton puso un dedo bajo su barbilla, y dándole un pequeño empujón, cerró su boca—. Espero estar en excelente forma para disfrutar del teatro mañana por la noche. Hasta entonces. —Con eso, Lord Dalton salió de la habitación.

—¿Qué diablos está pasando? —exclamó Francesca cuando Dalton se fue.

—No me gustó cómo te miraba, y seguía tocándote de manera muy familiar. —Thomas casi gritó, su voz era profunda y alta.

Nuevamente, Francesca se quedó con la boca abierta.

—Sé que estás bromeando, ¿no es cierto? —Aunque, no parecía bromear. De hecho, se veía muy, muy serio—. Estoy prometida a ese hombre, Thomas. ¿Te dispararon en la cabeza en esa maldita guerra?

Él atravesó la alfombra turca en largos pasos hasta quedar frente a ella. Francesca dio un paso atrás sorprendida, pero Thomas le agarró los brazos y la atajó. Él la miró por un minuto, manteniéndola en el lugar, hurgando en sus ojos como si no pudiera decidir qué decir.

Hubo el sonido de pasos y luego Anna se aclaró la garganta suavemente desde la puerta.

—Quizás debería besarte y causar el escándalo que todos temen —dijo—. Entonces las decisiones serían irrelevantes. Tendrías que casarte conmigo, problema resuelto.

—Anna nunca lo diría —dijo Francesca, casi sin aliento.

—¿Lo amas? —le preguntó feroz.

—No, pero ese no es el punto —susurró ella de vuelta. Incluso llena de ira y con el desesperado deseo de golpearlo, su olor se metió entre su furia y maldita fuera si no podía sentir el deseo acumulándose en respuesta. Era nauseabundo cómo le afectaba.

Él la soltó. En vez de alejarse, dio un paso más y se inclinó para murmurar en su oído.

—Ese es el punto. El amor siempre es el punto.

Salió de la habitación y saludó a Anna con una sacudida de cabeza, quien lo miraba con ojos enormes e inquisitivos.

Anna giró hacia Frankie.

—¡Oh, por Dios! ¿De qué me perdí?

Capítulo 11

Thomas se retiró a su casa para esperar hasta la hora acordada, pero no podía encontrar nada productivo que hacer con sido mismo. Estaba demasiado exaltado para hacer algo, y estar sin hacer nada lo ponía peor. Tenía varias horas que matar, así que hizo un lento perímetro del parque de ida al gimnasio y se encontró con los chicos con los perros enormes de nuevo.

—Hola de nuevo, señor —dijo educadamente el mayor de los chicos—, ¿dónde está la linda señorita?

—En casa, imagino. —Thomas se agachó y acarició la cabeza del perro zoquete más cerca, quien lo miraba con una perezosa adoración.

—Envió una nota a la casa para preguntarle a nuestro tío sobre los perros.

—Ah, ¿sí? —Thomas le rascó detrás de la oreja—. ¿Qué quería saber?

El chico se encogió de hombros.

—Quería saber dónde conseguir uno, creo.

—Debes estar bromeando. —El perro ahora estaba reclinado con todo su prodigioso peso contra su mano y su pierna. Thomas se esforzó por mantener al perro enderezado.

—Bueno, eso es lo que Tío dijo —insistió el chico.

En un movimiento de auto-preservación, Thomas dio un paso a la izquierda para aliviar la presión, y el perro se dejó caer al suelo y confiadamente rodó sobre su espalda, exponiendo su panza.

—Luego de lo que pasó el otro día, no puedo creer que Lady Belling esté interesada en obtener uno de estos demonios. —El perro lo miraba con las cuatro patas en el aire, la cabeza volcada y la lengua fuera de su boca.

Una vez más, el chico protestó.

—No, señor. Estos perros en verdad son gentiles. Nunca lastimarían a la señorita.

Thomas miró a la bestia a sus pies esperando más atención. Tenía que admitir que sí se veía inofensivo. Incluso cuando ladró para motivarlo, el perro no era para nada amenazante; era incluso cómico. Thomas tuvo que reír ante sus payasadas mientras intentaba hacer que le rascara la panza. Finalmente, el chico se arrodilló y cedió.

—Entonces, ¿tu tío le dijo cómo podía conseguir un cachorro? —le preguntó.

El chico asintió.

—Dice que tiene una camada en su finca.

—Pensé que tu tío era un capitán en el mar.

—Oh, sí, señor —concordó el chico—, pero es un caballero, señor. Tiene tierras también.

—Bueno, me gustaría mucho conocer a tu tío y discutir sobre esta camada.

Siguió a los chicos fuera del parque, los dos perros pantagruélicos caminando por detrás. Mientras más lo pensaba, más quería uno de esos perros. Tuvo una visión de sus hijos jugando en el campo con uno de estos perros gigantes y gentiles.

Thomas llegó al salón de boxeo luego de encontrarse con el tío y llegar a un acuerdo para conducir hasta el campo al día siguiente para ver la camada. El salón de boxeo Caballero Jim olía a hombre, lo que tenía sentido dado que boxeadores profesionales, así como caballeros de sociedad, practicaban regularmente. Había apuestas y masculinidad por doquier, pero también la oportunidad de resolver diferencias.

Se estaba sintiendo relajado y ya no tenía ganas de pelear. El minuto en que puso pie en el edificio, varios presumidos jóvenes se le acercaron.

—Harrington, ¿vas a ganar hoy? —dijo uno de ellos.

—¿De qué estás hablando? —Harrington miró al joven.

—Tu pelea con Dalton —dijo el joven emocionado—. Estamos apostando al ganador, y mi dinero está en ti.

Thomas se detuvo y miró el grupo de rostros expectantes. Rodó los ojos.

—¿Cuáles son las probabilidades?

Otro tipo habló, su cuello era tan alto y rígido que apenas podía girar la cabeza sin asfixiarse.

—Ahora está en tres a uno a tu favor.

—Solo tres a uno. Hmm. Debo haber caído. —Thomas se salió de la pequeña multitud y fue hasta donde veía a Dalton parado junto al ring.

Dalton asintió al reconocerlo.

—Están apostando a esto, sabes.

—Sí. Preferiría que no hubiera audiencia —admitió.

Dalton hizo una mueca y se alejó para mantener su conversación privada.

—Estoy de acuerdo. Deberíamos solucionar esto en otro lugar. Claro, podrías simplemente aceptar que has actuado como idiota y prometer ser mejor con la señorita Belling y entonces terminaríamos esto como amigos.

El temperamento de Thomas se calentó de nuevo, pero mantuvo su voz baja.

—Sabes que conozco a Francesca de toda la vida.

—Bueno, parece que tuviste más que suficiente tiempo para conocerla, ¿no es cierto? —replicó Dalton—. No soy idiota, hombre. Sé lo que estás haciendo. Acepta que la dama será mi esposa en menos de dos semanas.

Thomas se quitó la chaqueta, lanzándola a alguien de los mirones. Mientras comenzaba a desabotonar su chaleco, miró a Dalton.

—Bueno, sería una vergüenza decepcionar a estos finos apostadores, ¿no crees? —Se sacó la camisa por sobre la cabeza.

Entre el murmullo que recorrió la multitud, Thomas aprendió que las habilidades de su oponente eran bien conocidas allí. Era un boxeador sólido que boxeaba con golpes bien pensados y medidos, pero poderosos.

Aun así, Thomas tenía sus propios fans. Haber estado lejos por cinco años añadía cierto aire de misterio a su reputación. La mayor parte de los caballeros allí eran demasiado jóvenes para haberlo conocido antes de unirse a la Marina e ir a la guerra, pero habían oído de él por sus hermanos mayores, y esa era la razón principal por que las apuestas estuvieran a su favor.

Mientras los dos hombres se desvestían hasta quedar en pantalones y botas, el sonido de la gente se hizo más fuerte en tanto la tensión en el cuarto aumentaba. Se les dieron guantes antes de subir al ring.

El temperamento de Thomas estaba bien enraizado, y lanzó un golpe sorpresa a Dalton, que lo alcanzó en la mandíbula casi el mismo instante en que ambos estuvieron en la lona. Dalton retrocedió, pero se recuperó rápidamente. Un murmullo se extendió por los jóvenes en el club.

—Cuidado, viejo —molestó Dalton—, alguien podría pensar que te lo estás tomando en serio.

—Entonces retrocede. —Thomas se adelantó con otro poderoso golpe, pero Dalton lo esquivó fácilmente y estiró su puño derecho, chocando con el torso de Thomas.

Gruñendo por el golpe, se dobló y perdió el aire, pero el golpe solo alimentó su ira.

—Llegaste quince años tarde, Dalton. —Se enderezó y su puño salió, conectando sólidamente con el lado derecho de la cara de Dalton. Un murmullo de apreciación vino de la audiencia, y los mirones se arrebujaron más cerca.

La cabeza de Dalton se sacudió hacia la izquierda, pero se mantuvo consciente. Escupió sangre en la lona y luego de sacudir la cabeza, siguió provocando a Thomas con susurros.

—Habría creído que quince años te habrían dado suficiente tiempo para hacer conocido tu cortejo —un rápido jab en el estómago y luego—: diría que tú eres el que ha llegado tarde. —Lanzó su otro brazo en un arco amplio y su puño se encontró con la carne y el hueso de la mejilla de Thomas. Thomas giró ligeramente a la izquierda y cayó sobre una rodilla.

Thomas suprimió una arcada ante el líquido metálico que llenaba su boca, y se volvió a parar, aunque ligeramente mareado. Se limpió la sangre que caía por su mejilla con el brazo.

—Te digo que es mía, Dalton —siseó—. Siempre ha sido mía.

Los dos hombres estaban parados, sangrando y equilibrados. Se miraron y lentamente dieron círculos. Los caballeros fuera del ring esperaban con puñados de dinero, pidiendo un claro ganador.

Por primera vez, Thomas recordó que no estaban solos. La realidad de que todo el salón los estaba mirando y especulando lo que en verdad estaba pasando en frente de ellos lo hizo entrar en razón. Thomas miró a Dalton, quien debió haber llegado a la misma conclusión puesto que también parecía haber notado las expresiones de ambición y emoción en los hombres que los rodeaban.

—Por mucho que me gustaría terminar esto —dijo Dalton—, no creo que esta sea la solución óptima. Tengo que pensar en la reputación de mi prometida, y su familia no estaría feliz de estar entre los últimos *se dice por ahí*.

Al diablo todos, pero tenía razón. Thomas nunca haría que Francesca entrara en razón si la humillaba. Este era un estúpido comportamiento infantil, y estaba avergonzado. Odiaba que todo lo que Francesca había predicho se volvería real si este apresurado espectáculo continuaba.

Thomas bajó los puños y asintió ante Dalton.

—Lamento admitir que tienes razón. Como están las cosas, esto será suficiente para alimentar los rumores por semanas.

—Estoy de acuerdo. —Una jocosa voz se elevó entre la multitud. Christian estaba parado al lado del ring. Mientras que su postura era relajada para el resto de la habitación, Thomas lo conocía lo suficiente para reconocer la furia en su pose.

—Muy interesante —continuó Christian. Dio un paso para acercarse a Thomas, mirando con furia a un entrometido que intentaba husmear, aterrorizándolo eficazmente con una mirada que lo envió corriendo hacia sus amigos al otro lado del salón.

Thomas no habló. No había forma de explicar lo que parecía. Aquí estaba él intentando con mucho esfuerzo golpear a su futuro yerno hasta hacerlo papilla. Seguramente eso había avivado la curiosidad de Christian, pero era algo que Thomas no creía poder enfrentar en ese momento.

Se limpió la mejilla de nuevo e hizo una mueca ante la punzada. La sangre corría por su cara y chorreaba al suelo. Thomas no sintió tanta satisfacción como antes cuando Dalton escupió sangre en la lona también.

Christian miró entre uno y otro, y luego centró su atención en Thomas.

—¿Quieres decirme que está pasando? ¿No? Siempre puedo preguntar por ahí.

El tipo no era idiota. Cuando Christian se enterara que Thomas estaba básicamente peleando por su hermana...

—Te ves confundido. —El sarcasmo salía fácilmente de la lengua de Christian—. Ustedes dos idiotas están aquí parados sangrándose mientras todos los chismosos de Londres apuestan por el resultado. Mírenlos, deseando correr a los clubs y a sus esposas y amantes para contarles de esto. —Christian caminó más hasta la esquina ocupada por los peleadores. Entrecerró los ojos y bajó la voz cuando le habló a Thomas—. Tú, no entiendo. He tenido las conversaciones más extrañas sobre ti estos últimos días.

La ira contra Dalton que antes lo había consumido disminuyó en una bola dura y fría que se instaló en su estómago. No le gustaba la forma culpable en la que sus pensamientos se estaban dirigiendo o a dónde dirigían estas preguntas. Se quitó los guantes y agarró una toalla de un armario cercando para detener la sangre de su mejilla.

—No encuentro necesario defender mis acciones ante ti.

—¿Qué demonios te pasa? —siseó Christian—. Toda nuestra vida, nunca te he visto actuar así. Yo soy el violento de temperamento, listo para pelear. Tú eres el amigo de todos, listo para reír, y mucho más frecuentemente, en el que puedo contar para volcar las situaciones en las que me meto por mi temperamento.

—No me pasa nada —replicó Thomas—. ¡Al demonio con todo! —Se quedó quieto un momento con la toalla sobre su cara e hizo una pequeña evaluación. Estaba cansado y sangrando, y era casi seguro que estaría muy adolorido mañana. También era un idiota. Tocó suavemente la carne herida en su mejilla e hizo una mueca de nuevo—. Bien, sí hay algo.

La mirada de Christian era de total desdén.

—Agarra tus cosas y vamos.

Capítulo 12

—Por Dios santo, esa cosa apesta. —Christian se refería al unguento que Cook había insistido en aplicar a las heridas en la cara de Thomas.

Thomas y Christian habían dejado el club e ido a la casa de Thomas. Habían llamado a un doctor para que cosiera su herida. Estaba en su usual sillón de cuero y Christian estaba en el opuesto. Cada uno tenía un vaso de brandy, pero el de Thomas estaba decididamente más vacío.

—Imagina cómo sería si estuviera a centímetros de tu nariz. —Thomas tuvo arcadas luego tomó un largo trago de brandy.

Christian lo observó con disgusto.

—Sigue tomando así y voy a tener que llevarte al campo para que estés sobrio. —Thomas hizo contacto visual y, sin romperlo, se tomó el resto del líquido ámbar—. En serio, hombre. No creo haberte visto la semana pasada sin estar ebrio.

—Exageras. No estuve borracho hoy en el salón de boxeo —protestó.

—No, pero estabas pasado de copas el otro día —notó—. Ahora estuvo mejor. Golpear a alguien para que pudieras tener una razón para volver a casa y embriagarte.

Thomas se encogió de hombros. Se estiró hacia la mesa entre ellos y agarró la botella de licor. No estando tan ebrio, Christian se inclinó y le quitó la botella.

—Oye, ¿qué demonios?

Christian se levantó y colocó la botella en el escritorio al otro lado. Tiró de la campana y cuando el mayordomo apareció, le pidió un plato de comida.

—No tengo hambre —protestó Thomas.

—No es para ti, maldito bastardo. —Christian volvió a sentarse y miró duramente a Thomas. Cuando él le devolvió la mirada, Christian comentó—. Apenas te reconozco hoy. ¿Dónde está mi amigo? ¿La guerra te ha cambiado tanto?

Thomas se reclinó en su silla, hizo rodar las últimas gotas de brandy en su vaso y lo levantó para mirar el fuego a través del cristal. Suspiró profundamente y reclinó la cabeza en el espaldar acolchonado de la silla. Apreciaba el silencio. Pronto, Christian querría explicaciones. Mientras más pudieran sentarse como amigos, más tiempo Thomas podría pretender que todo era como antes.

El silencio fue roto cuando el mayordomo llegó con la comida. Luego de asentar la bandeja entre las dos sillas, el sirviente removió las tapas de los platos con sabrosas carnes, quesos, panes crujientes y frutas.

—Me di la libertad de traer una jarra con café también.

—Masters, le das crédito a tu profesión —le dijo Christian al mayordomo inexpresivo.

—Gracias, su Gracia. —Salió de la habitación, asegurando la puerta detrás de él.

Los dos quedaron sentados, si bien no en un silencio amistoso, al menos no en uno incómodo. Christian masticaba el queso y solo revisó su reloj de bolsillo dos veces. Thomas abrió la boca para hablar varias veces, pero, no sabiendo cómo empezar la conversación, la cerró de nuevo.

Luego de que pasara un cuarto de hora, Christian habló.

—Cuando te vi boxeando hoy, parecías estar en serio. Ahora, ambos hemos estado en un buen tanto de peleas, y hemos boxeado varias veces, pero esta vez parecía que querías sangre. —Las cejas de Christian se arquearon—. Te conozco casi de toda la vida, y pensé que te conocía mejor que nadie.

Thomas no respondió, y el silencio se alargó.

—Temo estar perdido.

Era mejor entrar hasta el fondo.

—Me he familiarizado con alguien desde que he vuelto a la ciudad.

—¿Asumo que es una dama? Me alivia oír que eso es todo. ¿Cuál es el problema? ¿Su esposo se enteró?

—No, esta joven dama no está casada aún. —Con disgusto, se quitó las cataplasmas de su cara y las lanzó al fuego. Probó suavemente sus heridas y, para su sorpresa, se sentían mucho mejor.

—Entonces has estado con una dama no casada, y claramente ella te tiene en su meñique —rio Christian.

—No es cierto, y no me tiene en su meñique —protestó vehementemente Thomas. Eso lo hacía sonar como un niño.

—Cierto. —Christian siguió riendo—. Oh, el grande ha caído. —Thomas lo miró enojado sobre el brazo de la silla—. Oh, ¿no lo crees? Revisemos, ¿quieres? ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Thomas pensó en la tarde en la que durmió con Francesca en los brazos. Desde entonces, había pasado tres noches revolcándose y andando por la casa para evitar soñar. Desafortunadamente, eso era lo que debía esperar esta noche también. Aun así, miró enojado a su amigo como respuesta.

Christian levantó su dedo índice y continuó resuelto.

—Bien. Número uno: falta de sueño. Número dos: bebida.

Thomas se levantó de la silla, cruzó hasta el escritorio, llenó su vaso y se negó a agarrar el anzuelo. Brindó hacia Christian antes de tomárselo seco. Giró hacia el otro hombre para que siguiera listando sus faltas. Estaba esperando cuidadosamente a que Christian llegara a la inevitable conclusión.

—Han sido como cinco días desde que claramente perdí la razón —caviló Thomas.

—Cinco días desde que te enamoraste, quieres decir —intercedió Christian.

—No es sino con un poco de auto-desprecio que me doy cuenta que soy totalmente transparente.

Christian rio con júbilo excesivamente irritante.

—Oh, ¡obviamente! No sé si alguna vez he visto a alguien caer tanto como tú. Estás tan enamorado que es vergonzoso.

—Sí, bien... —Dejaría que Christian se divirtiera.

—¿Quieres mi consejo? —le preguntó Christian, pero luego siguió sin esperar una respuesta—. Cásate y supéralo.

—Realmente desearía que fuera tan simple. —Thomas realmente añoraba discutir la situación con su mejor amigo y confidente. Él y Christian habían compartido todo lo importante de sus vidas desde que eran jóvenes. Le entristecía que no podía en verdad hablar sobre la sorprendente y fantástica nueva mujer en su vida.

Christian agarró un puñado de uvas y puso una en su boca.

—¿Y? ¿Qué es tan complicado? Eres un conde, por Dios santo. ¿Qué padre se negaría?

—Te sorprendería —murmuró Thomas. Se levantó de su silla y paseó por la habitación. Pasó por la mesa con el brandy y consideró tomar más coraje líquido, pero decidió no hacerlo. Si iba a abordar este asunto con Christian, iba a necesitar todas sus facultades. Además, su amigo estaba en lo cierto. Ya había bebido lo suficiente. En vez de eso, se sirvió una taza de café negro y agarró un rollo de la bandeja.

—¿Conozco a esta dama? Si te preocupa tanto, quizás conozco a su padre y puedo tener algo de influencia.

Thomas tragó con dificultad. Este era el momento. Todo lo que tenía que hacer era abrir la boca y el nombre de Francesca saldría. La agonía

terminaría. O Christian lo mataría en el lugar, o aceptaría a regañadientes lo inevitable.

—Sí, la conoces. —Miró a Christian por sobre el borde de su taza. Se quemó un poco la boca, pero no apartó la mirada de su amigo. Deseó que él adivinara el nombre en sus pensamientos, así no tendría que decirlo en voz alta. Era un despreciable cobarde.

—Déjame adivinar. Creo que todavía conozco tu tipo. —Christian se puso otra uva en la boca y analizó las posibilidades—. Usualmente tienes una debilidad por las bellezas, así que estoy seguro de que no buscarías menos para tu esposa.

Thomas miró sombríamente al fuego.

—Si eres inteligente, esta florcita no lo será.

Thomas chasqueó la lengua como respuesta, pero no comentó nada.

—Ciertamente no impliqué que sería estúpida —continuó Christian—, pero seriamente dudo tu plan de ser fiel a esta unión. Después de todo, siempre has tenido más de una amante. Esta esposa tuya tendría que ser o muy tonta para ver lo que pasa o muy ocupada con lo suyo para que le importe.

—Mi esposa no estará "ocupada con lo suyo", como dices.

Christian rio sinceramente.

—En verdad, mi buen amigo, te has ido con todo. Vamos. Basta de este juego. Dime quién es.

Este es, el momento de la verdad.

—Antes de decirte su nombre... —Exhaló largamente—. Solo déjame decirte que pretendo casarme con ella y nada va a detener eso.

Los ojos de Christian se levantaron con sorpresa ante la firmeza con la que estas palabras fueron dichas, y luego cayeron igual de rápido mientras miraba con dureza a su amigo.

—¡Oh, por Dios! —Christian lanzó el puñado de uvas que tenía en la mano al plato y saltó. Las uvas rodaron fuera de la mesa y llovieron al suelo—. Demonios, Thomas. Dime que no estás hablando de Frankie.

Thomas no respondió. En vez de eso miró a su amigo con la mirada firme, esperando lo inevitable.

—Esto explica tanto. ¿Luego de lo que hemos sido para el otro? ¿Le harías esto a mi familia, a mi madre? —Christian parecía querer lanzar algo, algo un poco más hiriente que uvas—. No te dejaré arruinar a mi hermana, ¡Jesús!

—No arruinaré a tu hermana, me casaré con ella —replicó Thomas, más fuertemente de lo que esperaba.

—Ya está prometida, idiota. ¿Qué demonios esperas hacer con su prometido? —Christian lo miró, su pecho subía y bajaba ante el gran esfuerzo que estaba haciendo por controlar su temperamento—. ¿Lo sabe Dalton? ¿Por eso peleaban hoy? —preguntó, sus ojos eran rendijas—. ¿Exactamente, qué tan lejos ha ido esto?

Thomas no respondió. Decirle al hermano de Francesca, a su sobreprotector hermano, qué tan lejos había llegado, era una forma segura de que una bala terminara en su pecho, mejor amigo o no. Thomas esperó a que Christian sacara sus propias conclusiones de su silencio.

—¿Sabes lo que le hará esto a Madre luego de sobrevivir el último?

—La duquesa ni siquiera estuvo envuelta en el último escándalo — protestó Thomas—. Creo que todos ustedes han exagerado esto en sus cabezas. Eso pasó hace veinte años.

—¿En serio? La sociedad nunca olvida. Qué más no querrían otra historia jugosa con la cual comernos.

Christian paseó por la habitación, deteniéndose en el decantador de brandy en el escritorio. Se sirvió un buen tanto en el vaso y lo vació de un solo trago, luego lo volvió a llenar.

—Definitivamente estoy analizando el asesinato... —dio otro trago a la bebida, hablando más a sí mismo que a Thomas—... y un convento para mi hermana.

Luego de dejar que Christian siguiera y desvariara, Thomas esperaba poder hacerlo entender. Necesitaba desesperadamente un aliado y temía perder a su mejor amigo.

Su amigo se alejó del escritorio y del brandy. Thomas evitó encogerse ante la expresión en el rostro de Christian.

—No quiero verte en la casa de nuevo.

—No seas así, Christian. La amo. Solo escúchame.

—No hay nada que puedas decir que quiera oír. —Christian estaba con las manos apretadas en puños—. Eres exactamente lo que tu padre dijo que serías: un vago, un parásito. Te avergüenzas y el nombre de tu familia con este absurdo.

—Maldita sea, Christian, solo escucha...

—Aléjate de Francesca. De hecho, aléjate de mi familia. Inventaré una historia para Madre. —Christian lanzó el vaso, rompiéndolo en la chimenea para enfatizar su punto—. Nunca podrá aceptar tu traición.

Christian salió furioso de la casa.

—Bueno, creo que eso salió bastante bien —le dijo Thomas a nadie. Subió corriendo las escaleras para agarrar un abrigo. Necesitaba advertirle.

Capítulo 13

Francesca y Anna estaba en su habitación, hurgando entre lazos y otros accesorios para rehacer algunos sombreros cuando Christian abrió la puerta de golpe e irrumpió en la habitación como una horda vándala invasora. Detrás de él, los sirvientes huyeron de las habitaciones familiares en un flujo constante de libreas borgoñas, bajando las escaleras, no queriendo estar cerca del duque cuando estaba de esos humores.

Francesca se paró para no estar en mayor desventaja.

—¿Puedo ayudarte?

—No me trates con esa actitud. —El hermoso rostro de su hermano tenía una expresión de desdén.

Francesca pestañeó rápidamente, pero se esforzó por mantener su cara tranquila.

—Está bien.

—Hablé con Thomas hoy. —Christian paseó por la habitación como un león enjaulado—. No lo verás más.

¿Cómo no había visto esto venir? Obviamente, no había utilizado su cabeza para ninguna otra cosa que sostener un sombrero desde que Thomas apareció en la ciudad. Incluso así, por auto-preservación, pensó que lo mejor era empezar con la negación.

—Creo que eso es un poco extremo, ¿no crees?

—No seas estúpida. —Detuvo su paseo frenético directamente frente a ella y extendió un dedo hasta quedar a centímetros de su nariz—. Lo prohíbo.

—¿Me prohibes ser estúpida? —No podía evitar molestar al oso.

Christian abrió la boca para empezar una diatriba cuando Anna intervino desde el otro lado de la habitación y lo distrajo.

—¿No es tu mejor amigo?

Christian giró la cabeza y Francesca asumió que le lanzó a Anna la misma mirada que le había dado tantas veces antes. Que Dios bendijera a su amiga, pero ella no se acobardó ante su escrutinio.

—Seguramente su desacuerdo no es tan infranqueable como crees —dijo Anna sin dudar.

—Si no le disparo, es un testamento de mi sensatez.

Francesca ahogó una risotada. Esto no era para reír, y no serviría elevar su ira más de lo que estaba. Pero no quería confesar los pecados que él aun no

sabía, y no estaba segura de la verdad de la que él estaba enterado.

—¿Qué pasó hoy?

—No permitiré que actúes como una ramera y humilles a esta familia. No puedo controlar lo que él hace, pero sí puedo controlarte a ti. —Su voz se las había arreglado para elevarse en volumen y profundizar el timbre hasta que estaba casi rugiendo.

Iba a dejar pasar la segunda parte.

Se las arregló para reunir indignación.

—¿Una ramera?

—Oh, ¿no te gusta esa palabra? —se burló—. Eso es exactamente lo que te van a decir cuando se enteren. Jesús, después de todo lo que he visto entre tu prometido y Thomas, sería un milagro si todos no lo saben ya. —Botó las manos al aire.

Francesca encontró difícil mantener su ira fingida. Todo lo que su hermano decía era verdad. ¿Una ramera? No se había permitido ir tan lejos, pero ella conocía las reglas de la sociedad, y esa era definitivamente una posibilidad.

—No sé qué tan lejos llegaron las cosas entre ustedes dos. —Estaba de nuevo frente a ella, sobrepasándola, haciendo todo lo que podía para intimidarla—. Y no quiero saber. Lo que quiero dejar perfectamente claro, hermanita, es que tú te casarás con Dalton en menos de dos semanas. No necesito recordarte que ese es el trato.

Francesca quería defenderse, pero ¿qué podía decir? Tenía razón.

—Lo sé.

—Bien. ¿Qué estabas pensando? —preguntó furioso, con los brazos en las caderas.

La pregunta valía las joyas de la corona, ¿no es cierto?

—No creo que eso importe, ¿o sí? —Anna fue a pararse a su lado como si fuera su chaperona. Si su hermano no se viera tan feroz, sería cómico. El metro cincuenta de Anna mirando tranquilamente al uno ochenta de duque enfurecido.

Christian entrecerró los ojos a ambas, pero se enderezó para no estar sobre Francesca.

—Supongo que no importa. No volverá a poner un pie en esta casa, y tú no lo verás.

—Dudo que tenga que llegar a eso —dijo Anna, pero Francesca no estaba convencida. Quizás eso sería lo mejor, dado que nunca había podido mantener firme su determinación cuando Thomas empezaba con su encanto y su seducción. Christian tampoco se veía convencido.

Sacudió la cabeza y gruñó.

—No confío en él. Sé exactamente cómo es con las mujeres, simplemente nunca se me ocurrió que te haría eso. Pensé que significábamos más para él. Me doy cuenta de que no tenías oportunidad contra él, pero, aun así, debiste haber sabido.

—Eso es simplemente insultante. Para él y para mí. ¿Cómo sabes que no fui yo la que se insinuó? —Era algo tonto e infantil de decir, pero no pudo detenerse.

—Frankie —le advirtió Anna—. No.

—No, en serio. Si soy lo suficientemente mayor para casarme, ¿por qué no lo soy para saber lo que quiero?

—Fui bastante paciente por dos temporadas mientras te negabas a aceptar proposiciones, una después de otra. Dos temporadas —reiteró—. Ya fue suficiente. Incluso te dejé escoger un marido. Tú escogiste a Dalton, no lo olvides.

Ella lo miró, pero sí, él tenía razón. No había argumentos a su favor en el debate. Anna agarró su mano y la apretó.

—¿He.Sido.Claro?

Francesca no le daría la satisfacción de acordar sus términos.

—¿Cómo le explicarás su ausencia a Mamá? Lo adora, lo sabes.

—No le romperé el corazón con su traición y tu comportamiento reprehensible. Me inventaré algo. —Se movió hacia la puerta y la abrió. Antes de salir, se detuvo—. Haz tu deber, Frankie. Te casarás en poco más de una semana y luego serás problema de tu marido. —Enfatizó el insulto con el golpe de la madera de roble.

—Creo que eso salió mejor de lo esperado, ¿no crees? —Francesca se lanzó en el sofá.

La respuesta de Anna le dijo que la escena no le sorprendía.

—Esperaba más amenazas, la verdad.

—Si no tuviera razón, pensaría que es odioso. Pero... —Dejó caer la cabeza en sus manos—. No sé lo que voy a hacer.

—No hay muchas opciones. —Anna se sentó a su lado y puso una mano consoladora en su espalda—. Lord Dalton es un hombre extremadamente amable. Es muy rico, también, y te agrada su madre.

—Sí, y es guapo y dona a los orfanatos. No hay nada de qué quejarse. Habría sido muy feliz si Thomas no hubiera vuelto. —Las lágrimas que había estado aguantando surgieron y se limpió la cara con la mano.

—Sabías que volvería eventualmente. Esperaste tanto como pudiste. — Anna le pasó un pañuelo.

—Condenado sea. ¿Por qué no podía ignorarme como siempre hizo? — Eso trajo nuevas lágrimas—. ¿Por qué tengo que seguir amándolo luego de todo este tiempo?

—¿Costumbre? —sugirió Anna, seguramente tratando de ser útil, y sí ayudó en que la hizo reír—. Es difícil dejar una parte de tu corazón a la cual te has aferrado desde que tenías seis.

—Cada vez que estoy con él siento que mi piel está en llamas. — Francesca intentó explicar la atracción que ni siquiera ella entendía—. Se siente tan distinto a antes. Cuando era chica, ansiaba su atención y esperaba un beso, y pensé que era amor. Ahora, todo es más... intenso, lleno de sentimiento, desesperado. ¿Sabes lo que digo?

Anna sacudió la cabeza.

—No, pero suena excitante.

—¿Cómo puedo casarme con Lord Dalton?

—¿Cómo puedes no hacerlo?

Y ese era el centro de la cuestión. ¿Cómo podía no hacerlo? No había solución que no llevara vergüenza y humillación a su familia. Su madre seguramente no se merecía la desgracia y la vergüenza que vendría de romper el compromiso. Sin importar cuánto quisiera salir, Francesca no podía deshonorar a Lord Dalton tampoco. En verdad era un buen hombre que no se merecía ser degradado por la sociedad, y estaría en todo su derecho demandar a la familia por romper el contrato. Por muy duro que su hermano le hubiera hablado, Christian tenía razón y no debía pagar por su falta de carácter.

—No puedo. —Se sentó y respiró profundo—. No gano nada sintiendo compasión de mí. Necesito estar lejos de Thomas —dijo finalmente.

Era una resolución que tenía que mantener. Se preguntó cuáles serían sus probabilidades en el famoso libro de apuestas de White's.

Advertir a Francesca había sido una tarea frustrante e inútil. Para cuando llegó a su casa, el mayordomo de los Belling insistió en que ella no estaba en casa, aunque Thomas sospechaba lo contrario. No podía dejarle una nota, dado que en verdad necesitaba verla en persona, y no iba a hacer otra escena. Tuvo que acechar las festividades nocturnas para localizarla. Thomas se escurrió en cuatro bailes tan silenciosamente como pudo antes de encontrar a la duquesa. Bueno, tan sutilmente como podía vistiendo traje formal y un rostro lleno de moretones.

—Santo cielo, ¿qué te pasó? —exclamó la duquesa y extendió los dedos hacia las puntadas en su mejilla. Él se encogió y ella quitó la mano antes de hacer contacto.

Se inclinó y le besó la mejilla.

—Un poco de boxeo. Nada de qué preocuparse.

Ella chasqueó la lengua como solía hacerlo cuando él y Christian eran niños y llegaban a casa con cortadas y heridas.

—Difícilmente. Necesitas ir directo a casa y ponerte un pedazo de bife en ese ojo. Y haz que tu mayordomo te coloque un emplasto en tu mejilla. Oh, y espero que esa cortada no deje cicatriz. —Ella giró su barbilla hacia el candelabro para ver la herida mejor.

—Ya me pusieron el emplasto. Me hizo dar arcadas. —Thomas hizo una cara—. Ya no duele.

—Obviamente. —Su voz destilaba ironía.

—¿Están los otros con usted? —Thomas desvió la conversación al tema que sí le interesaba.

—No tengo idea de dónde está Christian. —Sacudió la mano desdeñosamente—. Sabes cómo es. ¿Ya viste en White's?

Sacudió la cabeza. Le aliviaba saber que Christian no estaba ahí. Convencido de que podía arreglar el daño entre ellos, aun necesitaba un plan antes de ver a su mejor amigo de nuevo. Además, lo que él necesitaba era espacio.

—¿Y las damas?

La duquesa buscó en la multitud hasta que encontró a Anna bailando un cotillón.

—La señorita Sinclair está allí. Frankie se quedó en casa enferma, me temo.

—¿Enferma? —Seguramente Christian ya había llegado a ella antes de que él pudiera alertarla. El bastardo probablemente la había aterrorizado, el idiota.

—Qué lindo que te preocupes, cariño. Solo un dolor de cabeza. Nada serio.

El inclinó la cabeza en una pequeña reverencia.

—Creo que me retiraré por esta noche también. Como puede imaginar, ha sido un día duro. —Aunque nadie había tenido el valor de preguntar por sus heridas, todos en el baile habían notado su apariencia—. Por favor, dele a Francesca mis deseos de una rápida recuperación.

—Nada de qué preocuparse. Estará bien. —En vez de dejarlo irse, enlazó su brazo con el de él y lo guio hacia las puertas francesas—. Sospecho que se siente deprimida. Cree que no lo noto, o que no lo entenderé.

Thomas agachó la cabeza para no perder ninguna de sus palabras en la cacofonía del baile. Sentía que lo que sea que vendría sería de gran interés.

—Ha tenido una temporada exitosa este año, lo que no quiere decir que las anteriores no lo fueran. Al contrario, recibió muchas ofertas, pero rechazó todas. Imagina mi sorpresa cuando aceptó a Lord Dalton.

Thomas ahogó un bufido.

—Su hermano y yo creemos que es una excelente pareja —continuó la duquesa—. Es un buen hombre y el mejor partido de la temporada. Estaría feliz con él como yerno. —Levantó los ojos de la multitud y lo miró fijamente—. Y me pregunto... ¿Por qué finalmente aceptó una oferta?

Seguramente no esperaba una respuesta de él. Se encogió de hombros y siguieron con su paseo alrededor del salón.

—¿Christian finalmente la agotó? ¿Estaba cansada de esperar?

—No podría decirlo —respondió cuando ella lo miró.

—Es divertido que no preguntes lo que estaba esperando. Dice mucho, pienso. —Los giró hacia el final de la habitación y siguieron por la pared del fondo—. Eras un chico tímido cuando te conocimos la primera vez. ¿Te acuerdas? —Sonrió ante el recuerdo—. Siento tanto lo que pasó con tu familia. No solo el accidente, pero eso también. Más, siento que nunca verán el hombre en el que te convertiste.

—Estoy conmovido —dijo y besó su mejilla de nuevo. Debían ser un paisaje impresionante: él golpeado y moreteado y sonriendo como idiota, y la ampliamente observada Duquesa de Morewether, seria e importante, un bastión de propiedad.

—Conoces al duque, el padre de Frankie, y lo amé completamente. No era muy moderno en ese entonces, pero fue un matrimonio maravilloso y feliz. Cuando murió, bueno, fue horrible. Pensé que nunca me recuperaría. Aún lo extraño todos los días. —Se detuvo para recomponerse y Thomas le dio un apretón consolador.

Él había sabido del amor del duque y la duquesa. Todos los que alguna vez los conocieron lo podía ver. Su amor y respeto atravesaba todas las relaciones de la familia. La primera quincena que había pasado con ellos cuando tenía catorce había sido una revelación. Nunca había creído posible que una familia pudiera estar tan en sintonía con los otros, siendo tan parte de la vida de los

otros. Al final del receso de la escuela, él y la familia Belling más o menos se habían adoptado.

—Siempre he querido ese tipo de amor para mis hijos. Pensé que eso era lo que Frankie estaba esperando. ¿Qué crees?

—Um, seguro. —¿Cómo podía concordar sin revelar demasiado? La conversación lo confundía, pero al mismo tiempo se sentía mareado, como si el alivio estuviera a la vuelta.

—Le dije al duque ese primer fin de semana que me quedaría contigo. No me decepciones.

Capítulo 14

Francesca miró por la ventana de su habitación a la silueta de los árboles y el sendero que zigzagueaba por el jardín. Puso la frente contra el frío cristal y espió en la oscuridad, su aliento hacía pequeñas nubes de niebla en el panel de la ventana. Justo cuando se giraba, vio algo moverse afuera. Entrecerró los ojos, segura de que había algo más oscuro que las sombras negras fuera.

La misteriosa sombra se movió de debajo de un roble y supo que se materializaría en Thomas. Podía sentirlo en el fondo de ese lugar secreto y cálido que él había despertado. Antes de darse cuenta, había sacado el seguro de la ventana y la había abierto. Él no había hablado, y ella no podía ver su cara claramente, pero no importaba. Estaba totalmente condenada.

Incluso con el miedo y el enojo que tenía, y tan preparada como había estado para abandonar las ilusiones que tenía de un futuro con él, su cuerpo traicionero revivió sabiendo que él estaba ahí... Luego de las amenazas de su hermano, había resuelto agarrar su desesperado amor por Thomas y esconderlo en una caja secreta en su corazón y hacer lo mejor que podía para olvidarlo. Pero ahí estaba él, parado en su jardín en medio de la noche, mirando a su ventana, y su estúpido corazón simplemente se disparó.

Si tuviera una onza de auto-preservación, lo ignoraría. Se daría la vuelta, mejor para ambos. Eventualmente, él se iría.

Pero eso era precisamente lo que le asustaba que ocurriera. Que eventualmente, él se diera por vencido, o que Christian lo asustara, o que ella no fuera suficiente mujer para hacerlo volver.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo? —susurró, sacando la cabeza por la ventana.

—No saliste esta noche y estaba preocupado. Tu madre dijo que estabas enferma.

—Estoy bien. Simplemente no tenía cabeza para lidiar con la sociedad esta noche.

—¿Qué? —preguntó. Quizás si bajara al jardín, para verlo, podría hacerlo irse con seguridad antes de que Christian lo viera.

—Dije que estoy bien. No quería salir —explicó.

Él puso una mano en el oído, el símbolo internacional de que no había oído.

—¿Qué?

—¡Shhh! —lo calló—. Dije... oh, no importa. Voy a bajar.

—¡No! —casi gritó. Qué interesante que hubiera oído eso—. Subiré.

Antes de que ella pudiera detenerlo, él saltó y atrapó la rama de un árbol, se impulsó y se balanceó y alcanzó la piedra decorativa bajo su ventana. Usando los dedos, se elevó sobre el borde. Francesca miró el despliegue atlético con asombro.

—Has hecho esto antes.

—Bueno, tengo un pasado bastante notorio —dijo Thomas, dándole esa sonrisa que le derretía el corazón y la daba desasosiego.

Ella sabía cómo se debía ver en el alfeizar con el cabello colgando salvaje por su espalda y sobre sus hombros, enredado y sin peinar. Lo alisó con una mano, esperando calmar los rizos desordenados.

Cerró las cortinas detrás de él. Eso era todo lo que le faltaba, que un sirviente o un vecino viera a un hombre en su habitación y le dijera a su hermano. No habría salvación para ninguno de los dos entonces. Cuando se dio la vuelta, la habitación se sintió muy pequeña con el enorme hombre frente a ella y la cama extendiéndose al otro extremo del cuarto.

—Ahora, ¿por qué no saliste hoy? —Las cejas de Thomas subieron en su frente en un arco cuestionador. Se acercó a unos metros, la luz de la lámpara de aceite iluminaba su rostro.

—¡Oh, por Dios! ¿Christian te hizo esto? —Su voz se elevó con furia. Se estiró para tocar su cara, pero él le agarró gentilmente las muñecas antes de que lo tocara—. Voy a matarlo.

—No —le aseguró—. Me lo hice yo solo, pero tu predisposición a defenderme es bastante adorable.

Pasaron unos cuantos segundos antes de que la comprensión le llegara.

—Esto es del boxeo con Dalton, ¿no? —Chasqueó la lengua varias veces con disgusto ante la raza de hombres. Quitándole una mano de su agarre, pasó las yemas por su mejilla moreteada, la herida y el labio hinchado.

Cuando Thomas habló, su voz era ronca.

—Él se ve peor.

—Hmm.

—Entonces, ¿por qué no saliste hoy? —Se acercó más a ella con una muñeca aún sujeta.

Ella se acercó ante su cercanía. Le tomó cada onza de control no caer en pedazos. Este amorío tenía que terminar.

—Solo no me sentía como para lidiar con la sociedad esta noche.

—Entonces, ¿no estás enferma? —le preguntó con verdadera preocupación.

—No estoy enferma —fue todo lo que dijo como respuesta. La electricidad chasqueaba en el espacio entre ellos.

—Entonces supongo que Christian habló contigo hoy también.

Francesca suspiró.

—No hablé, ordenó. Mi hermano no conversa; hace proclamaciones, furiosas y fuertes proclamaciones. Tiene razón, claro. Mi camino ha sido dictado, y no hay forma de escapar.

—Lo resolveré, Francesca —le aseguró.

Francesca sacudió la cabeza.

—Thomas, debo casarme con Lord Dalton en algunos días. Christian está furioso. Me ha prohibido verte de nuevo. Lord Dalton debe sospechar algo. Madre mentiría antes que atravesar otro escándalo como el que pasó la anterior vez.

—No estés tan segura de tu madre. —Su mano libre le acarició la cara y, que el cielo la ayudara, ella se inclinó sobre su mano.

—Thomas, esto... lo que hacemos... es mala idea. —Francesca reunió fuerza y se alejó de su flojo abrazo—. Solo terminará en un corazón roto para mí y desastre para mi familia. Necesitas irte.

El calor la atravesó, calentándola desde dentro. Ella había amado tanto a este hombre con una emoción que siempre había pensado como consumidora, pero esos sentimientos anteriores no eran nada comparados ahora. Cuando Thomas se había ido, ella era solo una niña. Ahora era una mujer, y Thomas había despertado algo en ella que ella solo sospechaba que había estado ahí, descansando dormido dentro de ella como una tetera a punto de hervir. Por mucho que supiera cuáles eran sus responsabilidades y cuánto deseaba hacer lo correcto, Thomas se había vuelto rápidamente una adicción.

Solo una vez más, lo dejaré mañana, pensó.

Era tan magnífica con su belleza simple. No había vestidos de seda, y no vestía ninguna joya. No había un peinado elaborado y decorado con flores o hilos de oro. Su rostro estaba totalmente limpio. Incluso sin ninguno de los artificios que las damas de la clase alta usaban para atraer caballeros, Thomas nunca había visto una mujer más hermosa en toda su vida.

Fue solo un paso hasta que la tuvo de vuelta en sus brazos. Ella dejó salir un pequeño jadeo de sorpresa, o quizás de excitación. Quizás era resignación. No importó cuando sus labios la cubrieron y le acarició el interior suave de su

boca con la lengua en promesa de lo que estaba por venir. Ella se aferró a su abrigo, sosteniéndolo cerca, y le permitió moldearla a él. Sus manos le tocaron todo el cuerpo, le apretaron los redondos óvalos de su trasero, alcanzaron su espalda y envolvieron sus suaves pechos. Su boca la dejó para besar el lóbulo de la oreja y la suave área de su cuello. Cuando llegó a su garganta, ella suspiró dulcemente y ladeó la cabeza para permitirle más acceso.

—Esto se va. —Thomas estaba tirando de los botones y lazos de su bata, luchando por aflojarlo con su cuerpo pegado al de él tan fuertemente. No quería alejarla, pero quería, necesitaba tocar su piel y oler el elusivo pero brillante perfume específico de Francesca. La amenaza que Christian había hecho de exiliar a Thomas de ella lo hacía desesperado por poseerla de nuevo.

Reluctantemente, la dejó alejarse un paso. Ella se quitó la bata, lanzándola al suelo, mientras Thomas se quitaba el abrigo y se aflojaba la corbata. Sus ropas aterrizaron en un montón junto a las de ella. Ella se deshizo de los botones de su camión, y luego los otros. Él se quitó su propia camisa y zapatos mientras ella seguía con los botones. Era obvio que se estaba frustrando. En su apuro de quitarse las ropas, parecía no poder pasar los botones ridículamente pequeños por los agujeros.

Thomas la miró divertido y una sonrisa se formó en su cara. Ella siguió intentando con los dientes apretados y la frente arrugada con concentración. Ella levantó la mirada para encontrarlo medio desnudo con las manos en las caderas y una sonrisa ladina.

—¡Ayúdame! —le pidió.

Thomas respondió riendo, pero le agarró las manos. Llevó cada dedo a su boca y le besó las puntas suavemente. Soltándola, se dedicó a los botones, cada uno separándose fácilmente de sus anclajes. Cuando una sección adicional de piel quedaba expuesta, él presionaba sus labios en el cada vez creciente triángulo color marfil.

—¿Por qué, en nombre de Dios, las mujeres utilizan cosas con tantos botones? —se preguntó Thomas.

—Creo que es para enseñarnos paciencia —respondió ella con los ojos brillando de diversión.

—Me quedé sin paciencia —declaró. Empujó el camión de sus hombros, lo vio caer por sus pechos y revelar la curva de sus caderas mientras el material seguía su camino hasta el piso.

Ella deslizó los dedos en la cinturilla de sus pantalones negros, donde su erección presionaba los botones. Jaló de las solapas del cierre con varios tirones, lo que hizo arquear sus caderas contra su estómago.

—Ves —molestó ella—, es una forma de tortura, estos malditos botones. Debe haber montones de costureros riéndose ante nuestras dificultades.

Thomas gimió mientras sus dedos le tocaban la ingle hinchada.

—No es siquiera un poco divertido.

Apretó los dientes contra la estimulación y envolvió los dedos en su muñeca para que no le hiciera terminar tan rápido. Ella retiró la mano de dentro de sus pantalones y empezó con la hilera de botones hasta que finalmente se liberó y sus pantalones cayeron por sus caderas.

—Eres una mujer tan hermosa. No puedo creer lo afortunado que soy. — Levantó la palma para acariciar la cima de uno de sus ya duros pezones.

—Para ser justos, solo era una niña cuando te fuiste —replicó ella, levantando la mano a su pecho. Colocó las yemas en la hendidura de su garganta y acarició hacia abajo, entre los ángulos de sus músculos pectorales, terminando en la planicie de su estómago.

Envolvió el brazo libre en su cintura y la llevó contra su cuerpo. Le tomó la boca, el beso demandante y feroz. Su único arrepentimiento era no haberla notado antes. Y que casi la había notado demasiado tarde. Ni siquiera valía la pena contemplar el horror.

Dios, amaba como su forma encajaba con la suya tan idealmente. Nunca había estado con una mujer tan alta como ella, y era maravilloso. La suavidad de su estómago acunaba perfectamente su pene ansioso, sus senos justo por debajo de su pecho, su cara levantada solo requería que se agachara ligeramente para besarla.

Sus manos jugaron con la piel de su espalda, cosquilleando la sensible carne de su columna. Rodearon sus hombros, y ella se colgó allí mientras él dejaba una serie de besos por su garganta. Se detuvo brevemente en su clavícula, prestando una especial atención a la grieta en su garganta. Él la arqueó, sujetándola con una mano mientras llevaba un perfecto seno a su boca. Ella inhaló súbitamente cuando él mordió su pezón duro y rosado.

Mientras se movía al otro pezón, se sintió gratificado al ver cómo le fallaban las rodillas. Sin perder concentración en la atención exhaustiva que les daba a sus senos, envolvió su trasero con ambas manos, la levantó y la dejó sobre la mesa. Solo le tomó un ligero empujón con una de sus piernas y sus rodillas se separaron.

Estaban a la altura perfecta. Thomas rompió el beso y se ajustó para descansar frente a su entrada, húmeda y lista. Mirando en el infinito verde de sus ojos, Thomas agarró sus piernas y las hizo envolverse en su cintura. Francesca aseguró los tobillos detrás de él, dándole la bienvenida. Se reclinó, con las manos en sus hombros, permitiéndole llenarla más con cada movimiento de cadera.

Thomas tenía una vista perfecta, el cuello hacia atrás, la cabeza descansando en el espejo del tocador, el cabello salvaje sobre sus hombros y la mesa bajo ella. Sus pechos saltaban tan encantadoramente con cada estocada. Mantuvo las manos en su trasero, amasando los suaves músculos allí.

Podía quedarse en esa misma posición para siempre, amándola lentamente a su voluntad. Al menos podría haberlo hecho hasta que Francesca llevó las cosas al siguiente nivel participando completamente. Le había permitido controlar el ritmo, pero cuando experimentalmente apretó las piernas en su siguiente estocada, y como resultado lo llevó a hundirse más fuertemente en ella, dejó salir un pequeño grito.

Alentada por su descubrimiento, lo hizo volver más y más fuerte cada vez. Francesca se revolvía debajo de él, las botellas y los peines se caían de la mesa mientras esta se movía por la actividad. El control de Thomas se escapaba con cada jadeo.

Cuando finalmente ella explotó, sus uñas se enterraron en la carne de sus hombros, y Thomas tuvo la consciencia de acallar sus gritos con la boca. Solo le tomó unos cuantos empujones suaves y estuvo con ella, directo al cielo.

Se quedaron en el tocador, todas las cosas de Francesca antes bien acomodadas por la criada, ahora desperdigadas en el suelo a sus pies. Francesca, con la piel brillante y húmeda por el esfuerzo, se reclinaba contra el espejo. La carne de su espalda dejaba manchas desordenadas, volviendo el reflejo de su adorable cuerpo borroso. Thomas se dejó caer con ella, descansando la cabeza en su pecho, con las rodillas débiles.

Eventualmente, se movieron a la cama, el cuarto se hizo demasiado frío, pero ninguno se acercó al fuego. Se acurrucaron bajo la colcha, abrazados en la oscuridad. Ambos sabían que estaban en una situación imposible. Cuando el reloj sonó doce veces, la boda de Francesca estaba a solo una semana.

Capítulo 15

Thomas despertó luego de casi una hora de sueño. Algún tipo de reloj en su cerebro le recordó que estaba durmiendo en los brazos de una debutante no casada y desnuda. Es interesante cómo el instinto de sobrevivencia aparecía tanto tiempo después de haber estado alejado de la sociedad. Ciertamente le había servido bien antes. No necesariamente con debutantes, pero con muchas damas casadas de la alta sociedad. Sin importar con quién estuviera en cama, no compensaba ser atrapado.

Se levantó sobre un codo y miró dormir tranquilamente a Francesca. Un haz de luz de luna atravesaba la ventana y le daba suficiente iluminación para ver el adorable perfil de la impresionante mujer que le había cambiado la vida. Podía ver un futuro con todo lo que deseaba, una esposa que lo amaba y niños para amar. Estaba casi inquieto por el placer que le causaba. Quería casarse este mes, esta semana, mañana.

Ella era suya. Era incomprensible que pudiera casarse con alguien más.

Si hubiera vuelto a Londres solo dos semanas después, ella se habría casado con Dalton y él nunca habría sabido lo que se había perdido. La idea lo ponía enfermo. Thomas pensó en el pequeñísimo margen de error que el mundo les daba a los amantes. Sin pensar, deslizó sus dedos en los largos rizos entubados que cubrían la almohada. Los enrolló en sus dedos y luego en su muñeca. Usó un poco para hacerle cosquillas en el oído y, cuando se revolvió de nuevo, besó suavemente la piel detrás.

Ella sonrió mientras despertaba de su duermevela. Se estiró como una gata, con los brazos sobre la cabeza y estirando los pies. Thomas maniobró su cuerpo sobre el de ella y se acomodó entre sus muslos.

—Voy a tener que escabullirme por esa ventana pronto. —Atenuó su arrepentimiento con un dulce beso.

—¿Qué horas es? —preguntó ella y miró por la ventana. Aún estaba completamente oscuro.

—No estoy seguro, pero bien pasada la medianoche —adivinó—, probablemente dos o tres. Tu familia va a llegar dentro de poco.

—Saben que subí a mi cuarto con dolor de cabeza, así que no me molestarán cuando vuelvan. —Sonaba deliciosamente adormilada.

—Ese no es el punto —le explicó amablemente, rodando las caderas ligeramente, acomodándose contra su sexo hinchado. Ella respondió

arqueando la espalda—. Como te encanta decírmelo, todavía tengo que considerar tu reputación.

Ella no replicó. En vez de eso, sintió la tensión entrar en su cuerpo como el tirar de una cuerda.

—Solo estoy molestando. —Le besó el cuello, pero ella no se relajó—. Cuando estemos casados, nadie tendrá nada que decir.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —preguntó con una calma perturbadora, como si la respuesta tuviera alguna trampa a la que él la estaba llevando. O peor, una trampa a la que ella lo estaba llevando.

—He sido bastante claro sobre ese deseo, ¿no es así? Además, ¿no es eso lo que quieres? Aún me amas, ¿no? —En verdad, ¿no era esa acaso la pregunta más importante?

—Estoy empezando a arrepentirme de que sepas eso. —Se movió a la izquierda y salió de debajo de él. Se sentó y llevó las rodillas a su pecho y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué? ¿Cómo puede ser algo malo?

—Hace las cosas fáciles para ti, ¿no?

Claramente, no iba a convencerla de otra vuelta así que, con un suspiro de resignación, se acomodó delante de ella.

—¿Por qué crees que algo de esto es fácil para mí?

—¿No estás obteniendo todo lo que quieres?

Thomas la miró incrédulo.

—¿Cómo exactamente?

—Probablemente soy la seducción más fácil que has tenido.

—¿Qué? No seas ridícula. No eres una seducción. —Imploró que lo escuchara.

—¿Qué más podría ser? —Alejó la mirada y tragó con dificultad antes de continuar—. Nada puede salir de nosotros. Me estoy engañando al pensar que sí.

—No, te equivocas. Escúchame...

Ella salió de la cama y se envolvió con su bata, ajustando el cinturón en su cintura con movimientos suaves y enojados.

—No, escúchame tú. No puedo seguir haciendo esto.

Thomas echó los pies al otro lado del colchón. ¿Qué demonios estaba pasando aquí? Ella era la mujer más imposible y volátil que había conocido alguna vez.

—Entonces huye conmigo.

—Estás loco.

—¿Qué más quieres de mí? —preguntó.

—Que hubieras venido un mes antes de que me prometiera a otro hombre.

—Se limpió las lágrimas antes de que él pudiera quitárselas.

Él extendió la mano hacia ella, pero ella lo rechazó con un resoplido.

—Querida, no hagas esto. Ven y habla conmigo. —Quería abrazarla y quitarle el dolor, pero tenía miedo de tocarla. No sabía qué decir. No sabía qué necesitaba.

—No hay punto. Se terminó. —Se alejó más.

—Pero me amas.

—Por favor no sigas haciéndome esto. Sabes por qué jamás pasará.

Se levantó de la cama y se dio cuenta muy tarde que estaba desnudo. Agarró la sábana de la cama y la envolvió en su cadera. Quizás el cortejo era la manera de acercarse.

—Eres increíblemente adorable. Somos fantásticos en la cama. Te deseo más de lo que deseo a cualquier otra mujer que haya conocido.

Ella cruzó los brazos y lo miró con furiosa.

Las palabras siguieron saliendo incluso aunque podía ver, por la forma en que se oscurecía su expresión, que no estaba llegando a la marca por mucho.

—Nos conocemos de toda la vida. Tu familia usualmente me adora. Somos grandes amigos, así que sabes que seremos compatibles.

—Ya veo.

—¿Por qué eso no es suficiente? —Sabía que se había hundido, al menos esta noche.

—No lo sé, Thomas, pero no lo es. —Sabía exactamente lo que quería oír de él, pero si él no lo sentía, tampoco quería oír una mentira. Y con un demonio, no iba a llorar frente a él. No iba a hacerlo.

Le lanzó sus pantalones.

—Ve y baja por el árbol. —Cruzó el cuarto hasta la chimenea. Habían solo carbones ahora. Se sentó y se envolvió con los brazos intentando colocar una tapa a sus emociones.

Él no la amaba. No podía ser más obvio. Y ella no era lo suficientemente fuerte para casarse con él sin eso. No pasaría toda una vida como *amiga* de Thomas, sin importar lo bueno que fuera haciendo el amor. Se conocía bastante bien para entender que casarse con él bajo esas condiciones la mataría. No valía la pena arruinar a su familia por eso. Prefería casarse con Lord Dalton, a quien apreciaba incluso solo como buen amigo, y sin riesgo

de salir herida. Al menos así tendría el típico matrimonio de clase alta sin riesgo de sofocarse en la miseria.

Quería que se fuera para poder llorar. Simplemente no le daría la satisfacción de atestiguar el evento. Thomas se puso la chaqueta, las colas de su camisa estaban sobre su pantalón y las solapas desabotonadas. La miró todo el tiempo, pero ella se negó a complacerlo y encontrar su mirada.

Solo unos cuantos minutos atrás, ambos estaban cálidos y acurrucados en cama, y ahora sus ojos quemaban, desesperados por llorar, y él se alejaba taciturno.

—¿Francesca? —Su voz era suave y gentil.

—Solo vete. —Solo tenía unas cuantas palabras antes de que su voz se rompiera y perdiera toda la dignidad que tanto se estaba esforzando por mantener.

—Odio sacar esto de nuevo a colación, ¿y si estás llevando mi hijo?

Francesca cerró los ojos y respiró lentamente. Esperó hasta poder hablar sin que su voz cambiara.

—Poco probable.

—Pero posible. No puedes negarlo.

Demonios, sí iba a llorar después de todo. Reunió coraje en vez.

—No lo sabremos, ¿o sí? Me casaré en un par de días. Nunca sabrás si es tuyo o de Dalton.

—¿Qué harás cuando se parezca a mí? Todos lo sabrán entonces. —Dio varios pasos en su dirección y elevó la voz—. Nunca dejaré que otro hombre crie a mi hijo.

Francesca se levantó para enfrentar su arremetida.

—Debes irte ahora, o voy a gritar.

El rostro que ella amaba tanto y que había adorado por tanto tiempo, estaba retorcido por la furia. Seguía siendo increíblemente hermoso, y sus entrañas se encogieron ante la finalidad de terminar este amorío de esta manera. Lo estaba lastimando, pero era necesario.

—Lo siento. —Giró y salió por la ventana de la misma forma en la que había subido. Ella la cerró y la aseguró y cerró las cortinas antes de que él llegara al suelo.

No miró abajo.

Capítulo 16

Eran las diez de la mañana y Francesca no podía seguir ignorando los suaves golpes en su cuarto.

—Entra —dijo, pero no se levantó de la cama. Al contrario, subió más las sábanas e intentó hundirse más en su cama emplumada.

—¿Frankie? —la voz de Anna era suave—. ¿No te has levantado todavía?

—No. —Su voz estaba amortiguada y, por mucho que amara a su mejor amiga, deseaba más que nada estar sola en su miseria.

Los pies en pantuflas de Anna atravesaron silenciosamente la alfombra, y antes de que Francesca tuviera oportunidad de protestar, su amiga le quitó el cubrecama y se metió junto a ella. Francesca dejó salir un suspiro atribulado, pero agradecía la preocupación de su amiga.

—Frankie —dijo Anna de nuevo en susurros—, ¿estás bien? —Cuando Francesca no contestó, Anna continuó—: Estoy bastante segura de haberte oído llorar esta mañana. He podido alejar a tu madre diciéndole que tu dolor de cabeza sigue desde ayer, pero vendrá en algún momento.

—Puedes decirle a Mamá que mi cabeza ha mejorado, gracias.

—Temo que tú tendrás que levantarte de esta tumba en la que te has escondido y probarle tú misma que estás viva. —Cuando no hubo ningún movimiento bajo las sábanas, Anna tiró de ellas en un movimiento que dejó a Francesca expuesta a la brillante luz matinal.

Francesca pestañeó, se sentó y volvió a tirar de las sábanas hasta su barbilla. La única concesión de que, de hecho, estaba despierta y no muerta fue que giró la cabeza sobre la almohada para ver a su amiga.

—Estoy viva, como bien puedes ver.

—También veo que estaba en lo correcto, has estado llorando.

—Ya terminé —le dijo Francesca valientemente—. No lloraré más por ese hombre.

—¿Puedo preguntar por qué hombre estabas llorando? ¿Será tu prometido, o el hombre del que estás irremediabilmente enamorada?

—¿Por qué no pueden ser la misma persona? —preguntó Francesca, y por mucho que despreciaba su debilidad, no pudo detener las malditas lágrimas de llenar sus ojos.

Anna suspiró como respuesta, sonrió con compasión y se estiró para tomar la mano de su amiga.

—Oh, querida, de alguna manera todo se solucionará. Ya verás.

—No imagino cómo. —La voz de Francesca tembló—. Mi vida es un completo desastre.

—No vamos a poder arreglarla si te escondes en esta cama. Tienes que levantarte, vestirte y seguir. —Anna se sentó, llevando las sábanas con ella y salió de la cama—. Voy a llamar a una criada. Te veo en el desayuno. —Anna jaló de los cobertores hasta sacarlos de la cama y los dejó en un montón en el suelo.

—Te odio.

—Lo sé. —Anna tiró de la campana y abrió la puerta para irse—. Lo que sea para que te levantes y pelees de nuevo.

Treinta minutos después, Frankie apareció en el comedor con su vestido favorito, un traje de mañana de un azul pálido que contrastaba con el verde de sus ojos y se las arreglaba para disminuir la hinchazón de las lágrimas y el rubor de su nariz.

Anna la miró.

—Buen día. Te ves encantadora.

Frankie resopló ante el comentario de Anna y se sirvió desayuno. Un sirviente lo colocó en la mesa junto a Anna y volvió con una taza de té hirviendo.

—Nunca he sabido que te escondas de una pelea. ¿Ya te rendiste por completo?

—¿Rendirme? —Francesca detuvo su cuchillo a mitad del movimiento, las conservas de arándano colgando y chorreando de un bollito—. ¿De qué? No tengo nada por qué pelear.

—Bueno, entonces, si así quieres jugar, bien. —Anna hizo como si fuera a levantarse de su silla—. Después de todo, no veo por qué esforzar mi mente si no tienes nada por qué pelear.

—Espera. —Francesca levantó la mano y rodó los ojos cuando Anna sonrió arrogante—. ¿En qué estabas pensando?

—Primero, que no me gusta mucho cuando lloras. No eres divertida. Segundo, estoy pensando en que debe haber una forma de que tengas al hombre que amas.

—Aprecio el pragmatismo, pero sabes que Christian lo prohibió expresamente.

—Eso no te detuvo anoche, ¿o sí? —Anna culminó su afirmación metiendo una fresa en la boca. Francesca no podía responder, se quedó mirando

perpleja a su mejor amiga. Anna sonrió engreída—. Tenía razón, entonces. Oh, no te preocupes, nadie más lo sabe. Pero si estabas deseosa de desafiar a tu hermano anoche, no veo por qué deberías comenzar a ser la hermana obediente hoy.

Francesca podía oír los pasos pesados de su hermano en el pasillo.

—Christian no debe saber nada de esto. Le daría una apoplejía.

Anna asintió a su amiga con un brillo de emoción en los ojos.

—Claramente.

—¿Qué hacen con las cabezas juntas ustedes dos, señoritas? Planeando la caída de la civilización occidental, seguramente. —Christian entró tranquilo al comedor.

—No la civilización occidental, Su Gracia. Solo la vida de algunos hombres —replicó Anna, pícara.

—Que el Señor nos ayude a todos. —Christian se dejó caer en la silla, haciéndole señas al sirviente para que le llenara un plato, y se tomó una taza de café—. Que nos salve de las hermosas y escurridizas mujeres.

Francesca miró fascinada como su amiga molestaba a su hermano, distrayéndolo de cualquier conversación que hubiera sucedido antes. Estaba bastante segura de que su hermano ya no pensaba en el decreto que le había impuesto el día anterior. Parecía bastante contento con la autocrática dictadura sobre su vida. La ira que debió haber sentido antes se revolvió en su estómago. Ayer había aceptado su mandato sin protestar. Y ahora, incluso sabiendo que Thomas no la amaba, quería defender su derecho a escoger la forma en que su vida continuaría.

Jones, el mayordomo de la finca familiar, entró lentamente en la habitación y se aclaró la garganta, interrumpiendo la protesta que se formaba en su cabeza.

—Discúlpeme, señorita Belling, unas flores llegaron para usted. Las puse en su sala de estar.

—Oh, qué interesante. —Anna se metió un último bollito a la boca y de manera poco femenina, se levantó de la mesa.

—Espera, ya voy.

—Por Dios, ¿quién está más emocionada? —preguntó Christian detrás de un periódico doblado.

—No te calmes —molestó Anna—. Esto podría ser un muy importante avance en mi esquema.

—¿Esquema? —Christian se ahogó con su café—. ¡No es en serio! Mi Dios, señoritas, ¿debería advertirle a alguien?

Frankie se levantó de la mesa. Era una prueba de la brillantez de Anna que pudiera orquestar tan fácilmente una escena y que su hermano jamás sospechara de su amiga.

—No te preocupes. Estoy segura de que hay algún caballo por ahí que requiere tu atención —le dijo Anna de pasada mientras las señoritas salían de la habitación y él reía en su periódico.

En una mesa lateral en la sala de estar había un enorme buqué de margaritas amarillas y blancas.

—Elección interesante —comentó Anna ante el buqué bastante promedio.

—Sí, bueno, no sé qué decir. —Frankie miró el montón de flores. La curiosidad le ganó y sacó la tarjeta de la mesa.

Puede que las hayas visto todos los días de tu vida, pero mira de cerca, puede que te sorprendan con su belleza y gracia. Ciertamente, la tuya me ha conquistado. A veces el mayor de los tesoros está frente a uno todo el tiempo.

—Oh, Dios. —Anna agarró la tarjeta y volvió a leer el mensaje—. No hay firma. Sí son adorables, ¿no? No son mis flores favoritas, pero son perfectas a su manera. —Anna miró el florero. Movié varias flores y luego, aparentemente más feliz con el arreglo, dijo en voz alta—. Son bastante emotivas en su simplicidad. En verdad es un romántico, ¿no? Es obvio cuánto te ama.

—¿Quién? —preguntó Francesca, sabiendo con seguridad que las flores eran de Thomas. Recordaba bien el florero lleno de ellas en su habitación.

Anna la miró como si fuera tonta.

—Bueno, obviamente son de Thomas.

Frankie sacó una de las margaritas del montón y la admiró un momento antes de quitarle cada pétalo y lanzarla al piso.

—Ese es el problema, Anna. Él no me ama. No me lo ha dicho nunca.

—Oh, ¿no? —protestó Anna—. Esta carta habla directamente de lo que siente por ti.

Francesca resopló.

—Thomas solo no puede aguantar el hecho que hay algo, o alguien, que su atractivo y encanto no hayan podido ganar.

—Creo que te equivocas. —Anna sostuvo la nota como evidencia.

Su conversación se cortó de nuevo cuando su madre entró a la habitación.

—Ahí estás, Frankie. Me alegra ver que te recuperaste de anoche. Tenemos muchos compromisos esta tarde antes de ir a la opera con Lord Dalton.

Francesca se quedó perdida un momento.

—¿Compromisos?

Su madre la miró exasperada.

—¿Te has caído? Tu boda es en menos de dos semanas. Está la prueba de tu ajuar de bodas, y los arreglos del desayuno de boda se deben terminar hoy.

Francesca le dio a Anna una mirada mordaz.

—No, Madre. No lo he olvidado. ¿Cómo podría? Es mi única obligación en esta familia, ¿no?

El resto del día fue un borrón de actividades relativas a la boda, y Francesca estaba exhausta. No había estado de humor para conversar con las chicas tontas y sus madres parlanchinas mientras la pinchaban con alfileres donde la modista, y tampoco estuvo de humor de sentarse pacientemente en la recepción y recibir visitas de debutantes sin sentido y que no dejaban de reír, esperando chismes. Pero allí estuvo, poniendo estudiosamente una expresión plácida en su cara. Era pura agonía, y no pasaría mucho hasta que explotara y le quitara la risita a una de ellas de una bofetada.

Al que en verdad quería golpear, claro, era a Thomas, y no estaba permitido en su casa. Cómo se atrevía a enviar flores. Y cómo se atrevía a enviar unas flores tan bonitas como las margaritas con esa bien pensada nota.

Había movido las flores a su cuarto, y se dijo que la razón era porque no quería que la forzaran a responder por ellas. Eran tan inusuales que todas las damas que visitaran seguramente comentarían sobre ellas. Pero eso no explicaba por qué había colocado el florero junto a su cama o por qué había metido la nota bajo su almohada.

Lo odio. Esa era la vez 1537 que lo pensaba desde que había salido de su habitación antes del amanecer. *Es un tonto egoísta por entrar a mi vida ahora. Esperé. Lo extrañé. ¿Y ahora vuelve? Lo odio.*

1538.

Lord Dalton es un buen hombre. Es muy guapo. Es muy rico. Es muy amable. Me gustan su madre y hermanas. Me gusta. Seré muy feliz con él.

La letanía también había estado todo el día. Realmente se estaba dando una migraña ella sola.

—¿No es cierto, Frankie?

¿Qué? Miró por el cuarto y vio los rostros expectantes mirándola.

—Lo siento. —Cerró los ojos brevemente y llevó una mano a su sien—. Temo que mi dolor de cabeza está volviendo y no escuché su pregunta. —Abrió los ojos a tiempo para ver a Anna rodando los suyos.

—Estábamos hablando de la opera a la que iremos con Lord Dalton —explicó su madre—. Sí te ves pálida, Frankie. ¿Por qué no te retiras por el resto de la tarde para que puedas disfrutar esta noche?

Anna se levantó antes la sugerencia.

—Pediré al cocinero algo para la jaqueca.

Su salida de la sala de estar tuvo el efecto de romper el grupo, y Francesca pudo oír a las señoritas yéndose mientras ella subía las escaleras. Era un alivio, seguro.

Estaba en su cama, sobre los cobertores, con el brazo sobre los ojos, cuando oyó a Anna entrar. Levantó el brazo cuando oyó el seguro de la puerta caer.

—Vamos a terminar esta conversación hoy, sin interrupciones —le dijo Anna.

Francesca resopló frustrada.

—¿Dónde está el polvo para la jaqueca?

—No la tienes. Y si la tienes, es por no haber dormido varias noches bien por llorar o por refunfuñar. Y no intentes negarlo. —Anna la miró fijamente cuando Francesca intentó parecer herida—. Nos quedamos sin tiempo, Frankie.

—¿Tiempo para qué? Christian ya dictó mi vida por mí y, a decir verdad, una semana atrás, era la vida que creí que quería. —Francesca apretó los ojos para evitar el flujo de lágrimas por millonésima vez—. Me casaré con Lord Dalton.

Anna la miró como si quisiera agarrar su brazo y sacudirlo.

—Frankie —empezó Anna con paciencia exagerada—, ¿qué vas a hacer si estás embarazada?

—No lo estoy. —Su mano pasó por su abdomen en un deseo físico de que fuera verdad.

—¿Cómo puedes estar segura? Perdón que lo diga, pero has estado con él varias veces los últimos días. Es completamente posible que estés llevando su hijo. —Anna se levantó de la cama y paseó por la habitación.

—No hay forma de que Dalton sepa que no es su hijo —dijo Francesca suavemente.

Anna se detuvo y miró a su amiga perpleja.

—Sé que te agrada y respetas a Lord Dalton demasiado para avergonzarlo de esa manera. Ciertamente sospechará cuando descubra que no eres virgen y luego des luz a un hijo de cabello negro y ojos marrones.

Una lágrima errante cayó por su mejilla.

—Debo casarme con Dalton.

—Además del decreto dictatorial de tu hermano, explícame por qué.

Francesca levantó la mano y empezó a contar las razones.

—Se han firmado los contratos. Di mi palabra. Las amonestaciones se leyeron. Toda la sociedad va a estar ahí... —Y con una floritura final, levantó el pulgar—... y el maldito escándalo.

—Tienes la oportunidad de vivir la vida que soñaste con el hombre que amas desde tu infancia. Un hombre hermoso, debo añadir, que te quiere. ¿Por qué no harás algo al respecto? Francesca, has desafiado a tu hermano innumerables veces. Sí, nunca ha sido algo de esta magnitud, pero, aun así. ¿Por qué no ir tras el hombre que te ama?

Francesca cedió toda pretensión de componerse y se disolvió en un motón de lágrimas.

—Porque no me ama.

—¿Entonces qué vas a hacer? —le preguntó Anna, cuando finalmente se recuperó.

—Mi deber —le respondió, con voz plana y resignada.

Capítulo 17

Era tarde ya cuando Thomas volvió de su recado fuera de la ciudad.

Estaba exhausto luego de un largo día en el carruaje, pero su espíritu se había elevado. No había empezado el día así. No había dormido nada al volver a casa luego del encuentro y la pelea con Francesca. Simplemente no podía sacársela de la cabeza. La vedad, la lista de causas frustrante de su insomnio era más larga que solo ella, mucho más, de hecho. Todo el reparto de personajes iba desde Francesca a Christian a la duquesa, claro su familia que seguía acechándolo desde la muerte, y la boda inminente de su mujer con alguien más que él. Extrañamente, el mayor espectro de sus pesadillas era la posibilidad de que Francesca estuviera llevando su hijo. No lo había pensado como una verdadera posibilidad cuando lo había dicho la noche anterior, pero ahora apenas podía pensar en otra cosa.

Miró abajo a su regazo y acarició la cabeza negra rizada del mini gigante dormido. Su hermano descansaba en el otro asiento de terciopelo roncando fuertemente. Los cachorros solo tenían doce semanas, pero pesaban más de diez kilos cada uno, y si sus patas eran alguna indicación, los perros iban a ser enormes; fácilmente tan grandes como sus tíos del parque.

Había viajado hasta la finca del capitán mariner para ver la camada. La idea de llevarle a Francesca como regalo uno de estos cachorros se le había ocurrido cuando había visto a los muchachos en el parque con los perros por segunda vez, cuando el mayor había mencionado que ella estaba interesada en los perros. Thomas sonrió de nuevo, pensando que el mismo concepto de los perros era tan de Francesca. Estas enormes bestias rebeldes eran totalmente inapropiadas para una dama grácil de sociedad a ser enamorada y, aun así, eran perfectas para ella. Para Thomas, ella era todo lo inesperado. Además, si había aprendido algo sobre la encantadora y frustrante Francesca adulta, era que probablemente seguía muy enojada con él.

No parecía importar que él no tuviera idea de por qué había estado originalmente enojada con él, antes de que le hubiera soltado la bomba del bebé. Necesitaba calmar la situación tan pronto como fuera posible. El tiempo se estaba acabando rápidamente.

Quién habría pensado ni en un millón de años, que encontraría todo lo que necesitaba frente a su nariz. Y lo más increíble era que nunca lo había sabido.

Incluso cuando ella se le había lanzado en el parque, cinco años atrás, había sido demasiado estúpido para ver la posibilidad.

Y ahora, masoquistamente, no podía esperar para verla, sostenerla, hacerle el amor de nuevo. Iría y resolvería el malentendido. De alguna forma, esto funcionaría. Con la evidente excepción de nunca haber recibido la aprobación de su padre, que tan desesperadamente había buscado, nunca se le había negado nada en la vida. Estaba seguro de que un nuevo precedente no iba a aparecer ahora.

El carruaje finalmente se detuvo frente a su casa en Mayfair. Una vez que el suave rebote se detuvo, ambos cachorros se despertaron, levantando sus cabezas desgreñadas y abriendo sus grandes ojos marrones.

—Bueno, muchachos, estamos en casa —les dijo a los perros, y obtuvo un entusiasta movimiento de colas. El sirviente abrió la puerta del carruaje y los gigantes saltaron y olieron alrededor de la entrada, inspeccionando su nuevo hogar. Masters abrió la puerta principal y los miró con total horror.

Thomas subió trotando los escalones para ganarles a los perros a la puerta y al usualmente imperturbable sirviente.

—Masters, conoce a los nuevos chicos.

—¿Mi señor? —La mirada del mayordomo de total incredulidad hizo que Thomas se detuviera.

—Sé que se ven bulliciosos y escandalosos. —Como para dejar claro su punto, uno de los cachorros atravesó el borde del jardín, pisando indiscriminadamente las plantas, y luego se comió la cabeza de un narciso. Su hermano ladró ávidamente y fue saltando hasta uno de los chicos del establo, quien había ido a recoger el carruaje. La enorme sonrisa del chico hizo que Thomas sonriera de nuevo.

—¿Cuáles son sus nombres, mi señor? —preguntó Masters, su rostro era una máscara indescifrable de nuevo.

—Bueno, eso dependerá de su ama. —Thomas silbó y los perros trotaron ansiosos por los escalones hasta él.

—¿Una nueva ama? —La voz de Masters sonaba esperanzada.

Los perros corrieron por el pasillo emocionados como solo los cachorros hacen, resbalándose en el piso de mármol hasta la mesa del vestíbulo, haciendo que un florero valioso, pero exageradamente feo, se balanceara lenta pero mortalmente. Masters lo agarró y lo puso bajo su brazo como si fuera algo que hacía todos los días.

—Solo esconderé lo frágil hasta que los cachorros estén más tranquilos.

—Bien pensado, Masters. —Thomas rio cuando los perros saludaron a una criada con un gran montón de baba afectuosa, que no fue necesariamente devuelta de la misma forma.

—Le daré a uno de los chicos del establo la tarea de educarlos. Al menos hasta que su nueva ama decida qué quiere hacer con ellos.

Capítulo 18

Francesca y Anna pasaron el resto del día haciendo correr las horas hasta que llegara el momento de prepararse para el teatro. Lo vería esta noche. Sabía que estaría allí, así como sabía que el sol salía por el este.

Francesca pasó los dedos sobre el vestido de seda verde que su criada le había llevado para la noche. Era uno de sus favoritos, y estaba consciente de lo bien que mostraba sus atributos. Se sentó en el tocador para que su criada le hiciera el cabello.

Se estaba vistiendo para su prometido esta noche. Era consciente de lo que se esperaba de ella y lo que se necesitaba hacer. Iba a cumplirlo sin importar cómo se rompía su corazón. Sería lo mejor ignorar a Thomas si se le acercaba. Le daría una fulminante nota y sonreiría ante los chismosos y todo estaría bien. Sería una mujer casada en pocos días. Estuviera o no embarazada, no podía pensar en eso. O lo estaba o no, pero ¿cómo sabría con seguridad de quién era? Excepto que sería dolorosamente obvio si no tenía un hijo rubio. A pesar de eso, cada vez que pensaba en la posibilidad, se sentía mareada y al borde de llorar de nuevo, así que hacía todo lo posible para evitar el tema incluso en su cabeza.

—Está listo, mi señora —dijo la criada, sacando a Francesca de su ensueño.

Una vez más, la chica había creado una obra de arte. Había apilado el cabello castaño de Francesca en la cima de su cabeza en un revuelto de rizos y ondas que caían por su espalda, terminando en un complicado nudo en su nuca. Trenzados en los rizos y el moño había esmeraldas que contrastaban con lo pálido de su vestido y combinaban con el verde de sus ojos.

Marie ayudó a Francesca a colocarse el vestido, abotonando la pequeña hilera de botones perlados en la espalda. Giró para mirarse en el espejo de cuerpo completo. Las mangas con hombreras y el cuello escotado de su corpiño dejaban su clavícula y un amplio espacio de su pecho sin adornos. El verde pálido de la seda susurraba suavemente mientras balanceaba las faldas, admirando el débil patrón de flores que brillaba bajo la luz del candelabro.

Ella sonrió ante la imagen frente a ella. Se miró un largo rato, debatiendo si usar un collar o dejar que su cuello hablara por sí mismo.

—Bueno, ¿Marie? —le preguntó a su criada—. ¿Qué crees? ¿Un collar o no?

—Creo que no —dijo Marie suavemente—. No creo que necesite nada para llamar la atención, mi señora.

—Estoy de acuerdo. —Francesca sonrió, aprobando la imagen ante ella bastante; se veía completamente normal, que era todo lo que podía esperar en este punto. Esperaba que Dalton también lo aprobara.

Hubo un golpe en la puerta. Anna metió su cabeza y le sonrió.

—Oh, Dios. —Anna entró por completo—. Te ves encantadora. Ese tono de verde te queda magnífico. Él lo pensará, con seguridad.

—Él, ¿quién? —preguntó Francesca.

Anna se encogió de hombros delicadamente, sus pequeños hombros subieron y cayeron.

—Para quien sea que te estés vistiendo hoy.

—Gracias, cariño. —Francesca besó a su amiga en la mejilla. Saliendo de su miasma egoísta por primera vez en todo el día, notó a su amiga, la incondicional y leal Anna. Estaba radiante con un vestido amarillo pálido con cintura emperador, enfatizada por un lazo de satín de amarillo más brillante bajo los pechos. Mostraba su cabello dorado maravillosamente bien. Sus ojos azules destellaban con buen humor.

—Creo que serás tú quien impresione a los caballeros esta noche —Francesca le sonrió.

—Oh. —Anna sacudió la mano indiferente—. Si tan solo hubiera un caballero que deseara impresionar.

—A riesgo de sonar como una chica horrible y desagradecida, felizmente te daría uno de los míos.

—Gracias, pero no. —Anna le palmeó el brazo con una sonrisa—. No envidio tu posición. Además, ¿qué es lo que dice Lady Bradstone? Hay muchos peces en el mar. Solo buscaré uno fresco.

—No solo eres hermosa, pero también sabia. No sé qué haría sin ti.

Las damas sonrientes enlazaron brazos y bajaron las amplias escaleras hacia el vestíbulo para unirse al resto del grupo. Cuando alcanzó el descansillo, la voz de la duquesa podía oírse claramente.

—¡Inadmisibile!

Francesca sospechaba qué era lo que había enojado a su madre, y tan pronto como rodeó el barandal y entró al pasillo, supo que tenía razón. Dalton no se veía mejor que Thomas la noche anterior. Sus moretones eran tremendos. De hecho, puede que se viera peor puesto que había tenido más horas para fusionarse en manchas marrones y azules que parecían casi negras. El lado de

derecho de su mandíbula estaba casi negro y un ojo estaba bastante hinchado y casi del mismo color.

Francesca sintió náuseas sabiendo que ella era la razón de que ambos hombres que apreciaba se vieran terriblemente mal. Pero claro, nunca les había pedido que actuaran como... hombres. También recordó que ella no debía tener conocimiento alguno del estado físico de Dalton. Después de todo, no debía haber visto a Thomas, y ciertamente no de noche en su cuarto, como sería la única forma de que supiera de su prometido.

—Oh, Lord Dalton. —Francesca se acercó, enferma por la mentira que estaba actuando, y cuidadosamente levantó la mano a su mandíbula. No la tocó, pero dejó que sus dedos revolotearan a un centímetro—. ¿Qué pasó?

Anna se quedó al otro lado de la habitación y miró.

—Solo un poco de ego masculino fuera de control, querida Frankie. —Su madre se levantó y fue hacia la puerta, cortando cualquier muestra excesiva de pena.

—¿Estamos listos, entonces? Vamos. —Apuró al grupo como un general de guerra.

Una vez en el carruaje, sin embargo, era un largo trecho hasta el teatro. Con todo el tráfico por delante, había bastante tiempo para interrogar a Dalton.

—Disculpe, mi señor —dijo Anna cortésmente—. Recuerdo oír que usted y Lord Harrington tenían un encuentro de boxeo ayer. Esto no fue de ese ejercicio, ¿o sí?

—Sí oyó correctamente, señorita Sinclair. —Dalton le lanzó una sonrisa bien practicada—. Debió ver al otro tipo.

La duquesa hizo un sonido indignado en su esquina. Había parecido tan concentrada en lo que sucedía fuera del carruaje que ninguno de los otros pensó siquiera que estaba oyendo la conversación.

Francesca protestó ante su actitud frívola.

—¿No usaron guantes?

—No es nada, cariño. No te preocupes por esto —fue su respuesta.

Francesca chasqueó la lengua. Hombres estúpidos, corriendo por ahí actuando como un par de idiotas. Casi esperaba algo así de Christian. Siempre había tenido un temperamento y estaba constantemente de malas con alguien. Pero francamente, estaba sorprendida de que alguien tan amigable como Thomas estuviera en un ring de boxeo que terminara con ambos combatientes viéndose como los *hooligans* de Est End. El hombre había cambiado desde que habían sido amigos. Ni siquiera estaba segura si alguien sabía cuánto le

habían afectado las experiencias de guerra y su reciente cambio de circunstancias.

La recepción del teatro estaba llena con miembros elegantemente vestidos de la élite. Donde sea que mirara había damas en finas creaciones de seda y caballeros con sus mejores trajes. Sin importar cuántas veces fuera al teatro, nunca dejaba de sorprenderse por el esplendor, y esta vez no era diferente. A pesar de su humor, la opulencia del teatro y el vértigo de la multitud la infundía de emoción. Ciertamente, nadie iba a Drury Lane a ver la obra, de hecho, el lugar era usualmente tan ruidoso y la multitud en el foso tan alborotada que era imposible oír a los actores. Estaba determinada a empujar todas sus preocupaciones por la noche y disfrutar.

El balcón de Dalton tenía una excelente vista del escenario, pero más importante, tenía una increíble vista de todos los otros balcones. La duquesa estaba encantada de estar en una posición social tan perfecta. Francesca sonrió, sabiendo que su madre sería capaz de aprovechar esta ventaja social de buena manera con sus amigas por días, quizás semanas, si lograba sacar algún buen chisme de allí.

La duquesa y Anna tomaron dos asientos en el frente del balcón mientras que Dalton y Francesca se sentaron directamente detrás. Las luces se apagaron y la obra comenzó y la charla alrededor solo creció en volumen. Francesca rio alto cuando su madre usó intencionalmente sus lentes de opera para espiar en los balcones opuestos del teatro y a ambos lados.

Esta era la parte favorita de la experiencia de ir al teatro para Francesca. Era diferente a un baile en donde uno podía bien acomodar una base, como uno de estos elegantes balcones, y aceptar visitantes o hacer lo que muchos otros hacían y hacer el recorrido de los balcones. Todo sin que te pisara algún idiota que no podía bailar.

Su madre había instalado su campamento. Anna estaba ocupada. Dalton se inclinó sobre la corta barandilla hacia la siguiente sección, en una conversación con algunos otros caballeros. Ella miró la multitud del cavernoso teatro desde la sombra del balcón de Dalton. Todos estaban en gran forma esta noche, cada balcón estaba lleno. Una masa entera de las clases bajas llenaba los bancos de las orquestas, la clase mercante llenaba los niveles superiores y la nobleza deambulada en los balcones. El sonido era ensordecedor. Seguramente los únicos capaces de escuchar el entretenimiento era la muchedumbre en el foso, y ellos estaban tan ocupados gritando y protestando, que la presentación teatral se perdía en ellos.

Francesca miró atrás a la creciente multitud de personas que llenaban el balcón de Dalton y caminaban en el pasillo. Localizó a Dalton en la masa y enfocó su concentración en él. Incluso con los moretones era increíblemente atractivo. Sería feliz con él. Era inteligente, guapo, astuto y la apreciaba genuinamente. Christian estaba en el montón al otro lado de la recepción con varios de sus amigos. Incluso Anna había dejado de fingir que miraba la obra y se había movido hacia un grupo de jovencitas.

Francesca hizo su camino por los pequeños grupos, conversando dentro y fuera del balcón, asintiendo y sonriendo aquí y allá al reconocer y saludar conocidos. Empujó la puerta de cortinas de terciopelo, y ahí estaba él.

Respiró súbitamente ante la sorpresa. La emoción de ver a Thomas la atravesó como un rayo, seguida inmediatamente de miedo. Él estaba reclinado contra la pared con un hombro, con las manos en los bolsillos y una rodilla doblada y el tobillo cruzado sobre el otro. Era la imagen de la masculinidad lacónica. Su traje negro era a la moda sin ser ni remotamente petimetre. El único adorno era un broche de esmeralda en su pañuelo y algunos moretones impresionantes.

Había estado mirando el suelo cuando ella apareció detrás de la cortina, pero levantó la mirada abruptamente y encontró la suya. Antes de que pudiera decir algo, caminó hacia ella y la agarró, llevándola a un nicho de descanso metido en la pared más al fondo del pasillo. Usada usualmente para este solo propósito, su intención original era desconocida, pero ahora había un pequeño sofá y dos sillas tapizadas, haciéndolo perfecto para una conversación más íntima. Había una cortina de terciopelo que podía ser usada para esconder el espacio completamente. Dos pequeños candeleros alumbraban el cuarto con una luz cálida y tenue.

Thomas cerró la cortina y con un movimiento fluido, tiró de Francesca contra él e inclinó la cabeza para atrapar su boca con un beso abrasador.

—¡No! —Francesca lo empujó, rompiendo efectivamente el contacto.

—¿Qué? —Los ojos de Thomas seguían calientes y lánguidos con pasión.

—¿Qué? —Se alejó de su cuerpo. No había mucho donde alejarse en el pequeño nicho, y podía sentir el calor que emanaba de él. Sus manos intentaban atraparla de nuevo. Ella ya sabía que pensar era imposible cuando él la tocaba—. Sabes muy bien qué.

—¿Sigues enojada conmigo? —la provocó, su voz era ronca y baja—. ¿No recibiste mis flores?

—Sí, recibí las margaritas. Muy bonitas, pero no arreglan nada.

Thomas capturó una de sus manos y la llevó a sus labios. Su tirón desesperado fue inútil. Thomas le besó la palma y la punta de cada dedo.

—Pensé en ti todo el día —le dijo entre cada beso. Sus labios suaves le acariciaron la muñeca y le mordisquearon el antebrazo.

Francesca sabía que necesitaba hablar ahora, antes de que fuera muy tarde. De nuevo.

—Yo no pensé en ti. Ni una vez —mintió.

Demonios si Thomas no se rio.

—Estás mintiéndome, Francesca. Sé que pensaste en mí todo el día. Te amé demasiado y bien anoche para que me ignoraras. Recordaste nuestra noche y a mí con cada punzada de músculo adolorido.

Francesca resopló frustrada. No había necesitado la prueba física; una pequeña escaldadura en su pecho y en un muslo, además de los músculos placenteramente adoloridos. La irritaba que él adivinara eso.

Los labios de Thomas alcanzaron su codo y prodigó atención a la piel sensible.

—Thomas, esto debe parar.

—Como desees.

Y dejó de besarle el brazo solo para prestarle atención a su clavícula y a la amplia, casi demasiada, área expuesta por su corpiño bajo. Sus manos fueron a la cabeza de Thomas, queriendo alejarlo de sus actividades, forzarlo a prestar atención a sus palabras. Pero sus dedos se enredaron en su cabello y lo sostuvo tiernamente, acunándolo, en vez de auto-preservarse.

—Thomas —rogó, su voz no era un gemido, pero estaba bastante cerca—. Por favor detente y escucha... oh...

Justo como muchas veces antes, sus manos y su boca estaban sobre ella, y toda la cordura escapó de su cabeza. El hombre la hacía estúpida e increíblemente insensata.

—Amo escucharte, Francesca. —Bajó por su corpiño y sus dedos hicieron cosas malvadas ahí—. Haces los sonidos más hermosos cuando te hago el amor. —Sus palabras eran suaves e hipnóticas, susurradas en su oído. Cada respiración le hacía cosquillas en el cuello y la metía más en su abrazo.

—Nos van a atrapar.

—No si haces esos lindos sonidos solo para mí.

A pesar de sí misma, otro suave gemido se le escapó cuando sus manos y boca fueron del corpiño a sus hombros, exponiendo el encaje de su camisón y

la mayor parte de sus pechos. Thomas la llevó unos últimos pasos hasta el sofá de terciopelo y la acomodó en su regazo.

—Nos van a atrapar —repitió, pero sus manos lo sostenían con fuerza, apretándole los hombros, el cuello, el rostro atractivo.

—¿Sería eso tan malo? —Sonaba sin aliento y necesitado.

—Sí. —Intentó ser convincente, pero Thomas no se detuvo.

—Tengo que casarme con Lord Dalton. Christian fue muy amante con... Oh, Dios.

Thomas levantó la cabeza de sus pechos expuestos.

—No hables más. No pienses más. Christian se puede ir al infierno.

Su boca se abrió para responder, con una protesta firmemente formada en su mente, un argumento claro y conciso, pero luego él la besó y el pensamiento se perdió. Junto con su resolución. Su último *oh, no* coherente colgaba en el fondo de su mente, ignorado. Capas de ropa cayeron y su boca urgente y caliente estaba en su piel, sus pechos. Todo lo que sabía era que Thomas la hacía sentir todo lo que una mujer casándose debería sentir, excepto que era el hombre equivocado.

Y no le importaba. Al menos no en este momento. Comportarse bien estaba seriamente sobreestimado.

—Te deseo —gimió en su oído—, ahora.

Francesca no accedió, pero tampoco protestó.

No estaba segura de si fue el roce del material o la brisa de aire en su piel húmeda y expuesta, pero supo el minuto en que se abrió la cortina, que tenían audiencia.

Capítulo 19

—A riesgo de sonar como un idiota con el corazón roto, siento que debo insistir en que sueltes a mi prometida. —La voz de Dalton era dura y no sonaba en absoluto caballeroso como solía serlo con ella.

Thomas se levantó y sostuvo la cintura de Francesca hasta que ella estuvo estable antes de soltarla. Ella se escondió detrás de él y subió su vestido. La culpa la corroyó con una desagradable ola seguida de vergüenza.

—Dalton. —Tragó con dificultad e intentó de nuevo—. Dalton, lo siento tanto.

Era mucho peor que él ni siquiera la miraba. Su mirada furiosa estaba en Thomas con una malicia intensa.

—Harrington, aléjate de ella. —La voz de lord Dalton era tan dura como su semblante—. Suéltala, ya has hecho suficiente.

—Esto tiene que darte alguna indicación de donde yacen sus sentimientos, ¿no crees? —Thomas casi escupió las palabras, tanto veneno tenían.

Con esa provocación, Dalton entró completamente a la habitación, con el puño hacia atrás y listo para lanzarlo. Thomas dio un paso adelante, con el puño levantado para igualar a su oponente.

—¡Esperen! —Francesca se lanzó impetuosamente entre ambos. Con los brazos extendidos, una mano en cada pecho, gritó firmemente—: ¡No!

Ambos hombres se detuvieron, pero dejaron los puños levantados.

—Caballeros —imploró—. Este no es el momento ni el lugar para esta discusión.

Francesca miró primero a Thomas, luego a Dalton, luego de vuelta a Thomas.

—Por favor, Thomas. No hagamos esto peor de lo que ya es.

—Francesca, ve por tu madre. Nos vamos —La mirada de Dalton nunca abandonó a Thomas.

—Ella no va a ningún lado. —Thomas extendió el brazo para evitar que se fuera.

—Muy bien —empezó ella en tono suave que podría ser usado cuando se lidia con perros salvajes, dado que parecía que un tipo de animal salvaje había ocupado esta habitación—. Como llegué al teatro con Dalton, me iré con él.

La sola respuesta de Thomas fue mirar con furia a Dalton, y él hizo lo mismo.

—Por favor, Dalton, ¿podemos solo irnos? —Colocó ambas manos en los hombros de Dalton, y lo hizo girar. En el proceso, bajó los puños, y haciéndole caso, salió atravesando la cortina.

Francesca vio las cortinas verdes balancearse por la vigorosa salida de Dalton. Giró hacia Thomas, preparándose para decir no sabía qué al hombre que amaba, el hombre que estaba determinado a arruinar su vida, pero las palabras se escaparon cuando vio lo traicionado que se veía.

—¿Te irás con él? —sonaba incrédulo.

—Vine con él —le recordó—. Aun es mi prometido. Espero. Dios, espero.

—No importa un demonio si viniste con él o no. Nos pillaron, Francesca. Esta farsa se terminó. —Este era todo un nuevo Thomas, incluso para él. Nunca había sentido tanta intensidad por nadie o nada antes. Todo era nuevo, y no necesariamente bueno.

—Mi vida no es una farsa. —Luego jadeó como si hubiera entendido todo—. Oh, mi Dios. ¿Esperabas que esto pasara? —Francesca sacudió las manos ampliamente, abarcando el cuarto, la cortina, el sofá, todo—. Esperabas que nos atraparan.

—No lo hice intencionalmente —insistió.

Francesca dio otro paso hacia él, pero todavía fuera de su alcance. Lo miró intensa y directamente.

—Dime por qué debería quedarme —le preguntó tranquilamente.

Thomas inmediatamente sintió que esta era una pregunta importante que podía cambiar su vida, que la respuesta correcta era imperativa. Era un momento crucial. Por supuesto, entró en pánico.

—Porque yo lo digo. —Tan pronto como lo dijo, supo que estaba mal. Muy, muy mal.

—¿Disculpa? —Su tono era tan frío como el hielo—. No soy una niña. Tuve un padre al que amaba y ahora un hermano que intenta controlar mi vida. Ciertamente no necesito tomar órdenes de ti.

Thomas comenzó a retroceder.

—No lo decía así.

—Dime entonces, ¿qué, exactamente, querías decir? —Las manos estaban en sus caderas ahora. Esto definitivamente no era una mejora.

—Quise decir... —siguió Thomas. Se estaba enojando también. Esto era ridículo, y no le gustaba sentir que perdía el control—. No puedes irte porque eres mía. —¿por qué no era eso tan obvio para ella como para él? ¿Por qué siquiera estaba en discusión?

—¿En serio? Qué encantador concepto. —El sarcasmo emanaba de sus palabras—. ¿Cómo exactamente dedujiste eso, mi señor?

—Oh, demonios, ¿volvimos a "mi señor"?

—Bueno, si soy tu propiedad, debería dirigirme a ti apropiadamente. ¿No cree, mi señor? —escupió, con un énfasis particular en el honorífico. Se veía furiosa, totalmente lívida.

Él se movió hacia ella, suplicando con las manos, intentando tomarla en brazos. Si solo pudiera besarla de nuevo, podría arreglarlo.

—Eso no es lo que quise decir y lo sabes.

Francesca levantó el índice como advertencia y él se detuvo.

—Ese es el problema, Thomas, no lo sé. —Estaba claramente al borde de las lágrimas—. Ni siquiera sé si te conozco. Un escándalo era la única cosa que temía. Lo hiciste a propósito. —Giró sobre sus talones y salió.

Thomas se dejó caer en el sofá.

—¡Demonios, demonios, demonios!

Fue una vuelta a casa intensamente silenciosa y llena de tensión. Anna y la duquesa estaban a un lado del carruaje y Dalton y Francesca en el otro. Había habido intentos más temprano de empezar una charla por las damas confundidas, pero como sus comentarios cayeron en oídos sordos, luego de unos minutos se encogieron de hombros y se quedaron sentadas mirando por las ventanas.

Porque Dalton era un caballero hasta los huesos, salió del carruaje el minuto en que el sirviente abrió la puerta y ayudó a las damas personalmente. También las llevó hasta la puerta frontal, aceptó graciosamente su gratitud por la invitación al teatro, se inclinó ante cada mano, y caminó calmadamente hasta su carruaje y las saludó por la ventana mientras el carruaje se alejaba.

Luego, finalmente, cuando estuvo solo, dejó salir su furia. Soltando una impresionante cantidad de maldiciones, golpeó el asiento al lado suyo. El terciopelo extremadamente acolchonado era completamente insatisfactorio. Ni siquiera dejó una hendidura en el tapizado. A diferencia de cierto rostro en el que quería poner las manos. Levantó el asiento opuesto a él y sacó una botella

de whisky escocés y un vaso. Se sirvió un buen tanto y luego golpeó el techo del carruaje y dirigió al chofer a una dirección en Mayfair.

Cuando el chofer se detuvo en frente de la enorme casa, Dalton se había tomado otros tres tragos de ese increíble licor y se estaba sintiendo más furioso y listo para satisfacerse un poco. Golpeó la aldaba y la puerta se abrió apresuradamente delante de un mayordomo inexpresivo y dos osos pequeños.

¿Osos?

—Estoy aquí para ver a Harrington. —Intentó atravesar el umbral, pero fue detenido efectivamente por el mayordomo. Los osos, sorprendentemente, no parecían ser un problema. Con gran elegancia, empujó a los osos detrás de él con una pierna vestida de negro.

Aunque era más bajo que Dalton, el mayordomo se las arreglaba para mirarlo por debajo de su nariz.

—Lord Harrington no está.

—Bueno, entonces, ¿dónde estás? —preguntó Dalton, logrando dar dos pasos dentro de la casa.

—Temo que no tengo la libertad de decírselo, mi señor —respondió el mayordomo, sin dejarlo pasar más. Giró para dirigirse a los enormes animales negros detrás de él—. SIÉNTENSE. —Nada pasó que indicara que los animales habían entendido.

—Bien, entonces. Lo esperaré aquí. —Dalton cruzó los brazos sobre el pecho y se balanceó con una justa y ebria indignación. Estaba lo suficientemente ebrio para que esto pareciera una buena idea—. ¿Por qué tienen osos en la recepción?

—Temo que no sé cuánto tiempo estará afuera su señoría. —El mayordomo ignoró la pregunta de los osos, lo que tenía mucho más interés, dependiendo de la respuesta. En vez de eso, tomó el brazo de Dalton, justo por encima del codo, e intentó girarlo hacia afuera de la puerta.

Afortunadamente, la maniobra no fue tan exitosa como el otro hombre había esperado. Dalton quitó su brazo del agarre sorprendentemente fuerte del mayordomo y entró al pasillo para encontrar un lugar donde esperar, con suerte, una con un lindo fuego y una botella llena de bebida espirituosa y no animales alarmanamente enormes.

—Señor. —Masters lo siguió, gritando detrás del intruso—. Señor, no me haga llamar a un lacayo.

—Siga —le provocó Dalton, abriendo una puerta hacia la librería—. Lo reto. —Los osos lo seguían con las lenguas saliendo de sus bocas.

—¿Tiene un arma de fuego?

Dalton giró, buscando al dueño de la voz sin cuerpo.

—No que esté blandiendo, mi señor.

—Entonces no será necesario un lacayo. Gracias.

Dalton siguió el sonido de la voz y encontró a Harrington levantándose de un enorme sillón de cuero frente al fuego.

—Yo me encargo desde aquí, Masters. Si pudieras traer otra botella de brandy de la bodega.

—¿Y los chicos, mi señor? ¿Qué hago con ellos? —Con gran desdén, el mayordomo indicó a los osos que se habían echado en la alfombra frente al fuego.

—Estoy seguro de que tienes algunas ideas, Masters, pero creo que será mejor que se queden donde pueda vigilarlos.

Masters asintió y cerró las puertas, pero no antes de darle una mirada desaprobadora a Dalton.

Dalton no podía creer lo tranquilo y compuesto que se veía Harrington. Demonios, qué exasperante. Debería acercársele para golpearlo justo en la cara.

—Me alegra que hayas venido —dijo su némesis.

Antes de que Harrington pudiera seguir, Dalton cruzó el cuarto e intentó un gancho a la cabeza de Harrington. Desafortunadamente, su estado intoxicado no le dio una puntería especialmente exacta. Thomas esquivó el golpe fácilmente y respondió con un golpe sólido a su sección media que lo hizo doblar, jadeando por aire.

—Lo siento mucho, viejo. —Thomas lo guio a una silla gemela y lo dejó sin ceremonias—. Dudo que lo necesites, pero ten una bebida. Yo sé que necesito una.

Dalton se sentó en la silla, esforzándose por respirar. Un vaso apareció en su mano, así que se lo tomó.

—Ahora que esa parte necesaria de maldad ya terminó —dijo Thomas mientras rellenaba el vaso de Dalton y luego el suyo—. No te culpo por eso. Habría reaccionado de la misma forma si la situación hubiera sido al revés.

Dio otro sorbo y miró a Thomas por sobre su vaso. Estaba respirando más fácilmente pero todavía no estaba enderezado.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Si hubiera entrado y visto esa escena esta noche y hubieras sido tú el que estuviera con Francesca... Aunque, probablemente te hubiera matado en el

lugar —admitió Thomas—, aprecio que no hicieras una escena y avergonzaras a mi futura condesa.

—Ahora, espera un maldito minuto, Harrington. —Dios, el hombre era irritante—. Pretendo casarme con esa jovencita. Su hermano y yo firmamos los contratos y la dama está dispuesta. De hecho, me agrada bastante.

—¿Incluso después de esta noche? ¿Te casarías con ella? —preguntó Harrington.

—No quisiera avergonzar a su familia y a ella.

Harrington lo miró un largo momento.

—Eres un buen hombre, Dalton. Mejor que yo. Ciertamente con mejores maneras. Lamento tener que hacerte esto.

Dalton dio otro trago y miró con furia al otro hombre, intentando concentrarse.

—¿Hacer qué? Me casaré con ella en menos de una semana.

—Las cosas han cambiado.

—¿Quién demonios crees que eres?

Capítulo 20

—Soy el amor de su vida. —Este no era un momento de regodeo, y Thomas estaba haciendo lo mejor para no hacerlo. No cuando el hombre frente a él estaba obviamente ebrio y buscando una pelea, y Thomas se merecía una golpiza. De hecho, Dalton estaba en todo su derecho de desafiarlo a un duelo en la mañana. Pero Thomas estaba demasiado adolorido y herido de su anterior round de box para querer golpear al tipo y aliviar su propia culpa.

—Llegaste demasiado tarde. —Dalton se frotó la cara pensando—. ¿No tuvimos ya esta discusión?

—Sí. No vamos a abarcar más terreno aquí. —Thomas se estiró y llenó el vaso de Dalton de nuevo.

—¿Entonces qué vamos a hacer ante tu propensión a toquetear mi prometida?

—No se casará contigo.

—Oh, ¿por qué es eso? —preguntó Dalton, arrogante, un hombre bastante seguro de su posición.

—Porque ella no te ama.

Dalton se encogió.

—Oh, y ¿supongo que crees que ella te ama entonces?

Thomas lo miró directo a los ojos.

—Sí, lo hace.

—¿Cómo rayos sabes eso?

—Porque ella me lo dijo —confesó Thomas—. Desde que tenía seis.

Dalton se quedó en silencio. Vació su vaso y se quedó mirando el fuego.

—¿La amas?

—Sí —respondió Thomas sinceramente—. Desde que he vuelto no he dormido, he bebido y he estado en dos peleas, todo por una mujer en la que no puedo dejar de pensar. Yo no soy así.

—Francesca provoca eso —replicó Dalton.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Thomas—. ¿Estás enamorado de ella?

—Sé que la respeto mucho. Me importa. —Dalton tragó de nuevo—. Sí la deseo.

—Bueno, ¿te sugiero que olvides esa sensación particular inmediatamente! —amenazó Thomas, preparándose para levantarse de la silla y comenzar el destrozo que se había interrumpido antes.

—No olvides que sigue siendo mi prometida. No la he liberado de mi promesa. Todavía puedo demandar por romper el contrato o alguna otra tontería. Puedo hacer todo un desastre para ti y su familia si así lo deseo.

—¿Lo harás? ¿Apartarte?

—No lo sé. —Dalton lo miró por sobre el vaso—. No puedo creer que esté preguntando esto sobre una dama, especialmente una con la que planeo casarme. Basado en lo que vi esta noche, ¿qué tanto han...? —Dalton no completó la oración.

—Lo suficiente para no responder esa pregunta. —Y eso era todo lo que Thomas quería discutir sobre el asunto de su reputación.

—Ya veo.

Thomas estaba bastante seguro de que Dalton sí lo veía.

Se quedaron en silencio por otro largo momento, ambos tomando y presumiblemente pensando en la misma mujer. Thomas sabía que sus vidas, la reputación de Francesca y el amor y respeto de su familia adoptiva eran tenues, sus destinos estaban en las manos del marqués enojado y ebrio que estaba en todo el derecho de arruinarlo. Se estiró y acarició el trasero del cachorro más cercano a él. Esperó, robando miradas al otro hombre mientras este bebía y lo consideraba. Thomas dio otro sorbo a su brandy e intentó desesperadamente deducir qué había salido mal esta noche.

Juraría que no había pretendido que los atraparan, e incluso pensaba que era verdad, pero el minuto en que lo había acusado de planear todo, empezó a cuestionarse y sus motivos. Se había comportado abominablemente durante todo el asunto. Se había convertido exactamente en lo que su padre había predicho repetidamente. Nunca debería haberla besado, ni haberse acostado con ella, pero no se arrepentía. Descubrir que Francesca aún lo amaba luego de todo este tiempo había sido un bálsamo a su alma luego de volver de la guerra a un montón de responsabilidades intimidantes y sentimientos indeseados sobre una familia muerta que jamás se resolverían. Luego de toda una vida de no ser digno del amor de su familia, no creía poder lidiar si resultaba no ser digno de su amor también. Todo lo que podía hacer era aferrarse como un hombre ahogándose y pelear por ella como no había peleado antes.

Thomas despertó de sus pensamientos para ver a Dalton mirándolo.

—¿Qué? —le preguntó y tragó lo último del licor ámbar en su vaso. ¿Dónde demonios estaba Masters con la botella de brandy?

Dalton también vació su vaso.

—¿Por qué demonios estás aquí?

—Vivo aquí.

—Lo sé, idiota borracho. Me refiero a ¿por qué no estás con ella? Obviamente interrumpí algo bastante íntimo esta noche, y si te ama como crees que lo hace, ¿por qué estás sentado aquí en la oscuridad embriagándote en vez de con la dama?

Thomas pasó las manos vigorosamente por su cara y luego por su cabello.

—Muchas razones, en verdad. Mi mejor amigo me exilió de mi casa. Incluso peor, estoy seguro de que esto te complacerá infinitamente, pero lo arruiné esta noche. —Su suspiro fue pesado, y se sintió exhausto—. No sé cómo, pero lo hice, y ella se fue furiosa.

—Bueno, debo admitir que eso sí me da algún tipo de placer perverso. —Dalton rio—. Pero por curiosidad, ¿qué dijiste para que no cometa el mismo error?

—¿Dónde demonios está ese hombre con el brandy? —Thomas reclinó la cabeza en la silla y gritó—: ¡Masters!

En el mismo instante, la puerta pesada de paneles se abrió y el mayordomo entró con la botella.

—Mi señor. —Su voz era seca y plana—. ¿Algo más? Bien entonces, buenas noches, mis señores. —Giró sobre sus talones y dejó la biblioteca antes de que Thomas tuviera oportunidad de responder a las preguntas, cerrando la puerta detrás de él con un clic severo.

Thomas bufó.

—Bueno, supongo que me castigarán por eso. El hombre es bastante creativo cuando se refiere a ponerme en mi lugar. —Se arrastró del fino cuero de la silla y cruzó el cuarto hasta la botella. La agarró del cuello y volvió, deteniéndose para llenar el vaso de Dalton antes del suyo, y luego se volvió a tirar en el asiento.

Dalton levantó su vaso en un brindis antes de tomar.

—Déjame entender esto. ¿El plan es quedarte aquí en esta librería cómoda, beber un brandy caro y espléndido con un rival romántico que aún no ha decidido si va a dispararte al amanecer, enojar a tus sirvientes y darle vueltas al asunto?

—Creo que sí. Al menos no tengo más ideas —admitió Thomas.

—¿Puedo hacer otra pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué tienes osos en tu casa?

Thomas rugió con risa, despertando a los *osos*, que corrieron hasta su maestro con curiosidad brillando en sus ojos negros.

—No son osos. ¿Recuerdas los perros del parque ese día? Son cachorros.

—¿Tienes dos de esos demonios? —preguntó Dalton con perplejidad—. ¿Por qué?

—Los compré para ella.

—¿Es por eso que no te habla? Eso podría entenderlo.

—No, no sabe que los compré.

—Oh. —Dalton estudió a las bestias por un minuto antes de dejar caer una mano por el lado de la silla para tocar a uno de los perros. Hundió la mano en el largo y sedoso pelo del perro y lo acarició. El perro se sentó pesadamente a sus pies y se reclinó en su pierna—. Bueno, sí tienen cierto encanto.

Thomas gruñó en su vaso, con la atención fija en el fuego. Esta noche que había comenzado tan polémicamente había terminado en un silencio sociable mientras ambos hombres bebían de su brandy y acariciaban un somnoliento perro.

—¿Se nos permite hablar mientras nos auto-compadecemos? —preguntó Dalton.

Thomas no respondió. Solo miró a Dalton dándole un silencioso permiso.

—¿Por qué no estás con ella ahora? —repitió su pregunta anterior.

—Esperaba que hubieras olvidado esa pregunta. ¿Quieres saber qué hice mal? Le dije que no podía irse contigo porque era mía. Luego se fue furiosa.

Dalton comenzó a reír, risas profundas que salían del estómago, haciendo que su cabeza chocara contra el espaldar. Thomas se quedó mirándolo profundamente enojado, y el bastardo siguió riendo.

Finalmente, Dalton se recompuso lo suficiente para hablar.

—¿En serio?

Thomas entrecerró los ojos hacia Dalton y asintió. Eso acarreó una nueva ola de risas. Thomas no sabía que era tan divertido. ¿De qué se estaba riendo ese imbécil? Y Dalton siguió riendo, con altas carcajadas. Resultó que eran bastante contagiosas. Antes de darse cuenta, Thomas también se reía con él. Todavía no sabía que era lo divertido, pero el alivio era grandioso.

Luego de varios minutos, la risa disminuyó a risillas varoniles. Dalton se limpió los ojos y dejó salir ese suspiro divertido que concluye una gran carcajada.

—Todavía no sé qué es tan divertido —admitió Thomas.

—No.

—¿Crees que es porque estaba tan aterrorizada por cómo te veías luego de la golpiza que te di ayer?

Thomas exhaló.

—Te vez mucho peor que yo.

Dalton dejó salir una risa ebria y luego se puso serio.

—¿Qué tan bien conoces a la señorita Belling? O en todo caso, ¿a las mujeres en general?

—Conozco a las mujeres bastante bien, gracias —dijo a la defensiva—, y he conocido a Francesca desde que tenía seis más o menos.

—Solo porque conozcas muchas mujeres, no significa que las *conozcas* —Dalton sacudió la cabeza—. Quiero decir, ¿qué tan bien conoces a la mujer en la que Frankie se ha convertido?

—La conozco mejor de lo que tú podrás. —Thomas no alardeaba al decir eso. Estaba dando un hecho. Cualquiera fuera el problema con él y Francesca, lo descubriría y lo arreglaría. Tenía que.

—Sí, bien, veremos —dijo secamente—. Y sabes perfectamente bien que no es eso a lo que me refería. ¿Qué tan bien la conoces personalmente?

—Sé que es inteligente y astuta. Es fuerte y valiente. Ama a los niños y a los perros, incluso enormes y babosos, y es bastante paciente con ambos.

—Mira, el hecho es que sí me gusta Frankie, y ciertamente la deseo —Dalton extendió una mano a manera de calmarlo—, pero no la amo. Ciertamente sobreviviré un golpe al ego, pero dudo que tu hígado sobreviva a más chapuzas de las que has hecho. Alguien tiene que ayudarte, maldito ignorante, antes de que la pierdas ante mí completamente.

Thomas escuchó el discurso de Dalton con la cabeza confundida, y luego de un momento ofreció una falacia.

—Es bastante bonita, ¿no es cierto?

Dalton levantó las cejas, dejó el vaso en sus rodillas y miró a Thomas.

—Estás completamente enamorado de ella —declaró Dalton.

—Sí, ridículamente. —Thomas se levantó de la silla y fue hasta el hogar—. Esto es sobre qué está mal con Francesca, no conmigo.

Dalton se reclinó en la silla y cruzó las piernas, un tobillo en la rodilla opuesta. Asintió a Thomas al otro lado.

—Bien, si eso es lo que crees —dijo, quitándole importancia—. ¿Le has dicho esto?

—¿Qué la amo? Sí, de mil maneras.

—Entonces, ¿le informaste a Francesca que no le permitías hacer algo porque te pertenecía?

—Ese es el meollo. —Tuvo la decencia de verse avergonzado. La verdad lo golpeó como un muro de ladrillos. Se quedó parado, frotándose los ojos con el índice y el pulgar, y luego se apretó el puente de la nariz, mientras sacudía la cabeza sin creer su propia estupidez—. Oh, Dios Santo.

Dalton rio genuinamente.

—Lo que necesitamos, buen hombre, es un plan. Y solo para que lo sepas, no puedo planear con el estómago vacío.

Los caballeros seguidos de dos perros adormilados fueron a la cocina. Todo el personal estaba dormido así que se sirvieron ellos mismos de la alacena. Su nueva camaradería floreció bajo el auspicio de más buen brandy, lonjas gruesas de jamón y el fantástico pan de Cook. Comienzo sándwiches y mostaza picante. Abrieron varios contenedores de durazno y al menos tres diferentes jarras de jamón y pepinillos. Saquearon los horneados y mondaron felizmente varios moldes de queso.

Inicialmente, Thomas dudaba de la buena voluntad de Dalton, pero finalmente admitió que no deseaba castigarlo y que le gustaba y respetaba lo suficiente a Francesca para salir de la competencia. Además, le dijo mientras masticaba un buen pedazo de pastel de manzana, que no estaba tan desesperado para casarse con una mujer enamorada de otro hombre.

Cuando Thomas preguntó después cuál era la opinión que tenía Dalton del amor, Dalton le siguió la corriente. Dijo algo sobre guiar a un caballo muy lejos en el agua antes de ahogarse en su propia estupidez. O algo así. Estaba bastante borracho. Luego brindaron por los sentimientos. También brindaron por los perros, osos, pepinos excelentes y el estado de la última subasta de caballos en Tattersall's. Hablaron y brindaron toda la noche sobre cosas profundas y significativas que solo los muy intoxicados pueden. Y claro, no limpiaron nada. Cuando el cocinero llegó a la cocina en la mañana, casi tuvo un ataque.

Masters los encontró a los cuatro desmayados en la librería justo donde los había dejado. Thomas estaba en el enorme sillón de cuero con la cabeza hacia atrás y los pies en la otomana. Su chaqueta estaba en el suelo junto con su pañuelo en un montón. Su chaleco estaba desatado igual que varios botones de su camisa.

Dalton se había adueñado del sofá. Estirado a todo lo largo. Se había sacado los zapatos y solo estaba con su pantalón y su camisa medio metida.

Ambos hombres y perros roncaban fuertemente. Masters solo cerró la puerta, llamando a los perros para salir, dejando a ambos hombres en su sueño. El hecho de que fuera más inconciencia inducida por alcohol que verdadero sueño no importaba.

Ambos hombres se despertaron por el olor a café y pan caliente.

—Buen día, mis señores. —Masters colocó la bandeja y fue hasta las pesadas cortinas, abriéndolas y dejando que entrara el fuerte sol de la mañana. El gemido de ambos hombres trajo una sonrisa a la expresión usualmente contenida del sirviente.

—Masters, por Dios, me estás matando —protestó Thomas. Las punzadas en su cabeza eran lo suficientemente fuertes para que el maldito mayordomo pudiera oírlas.

—Sí, mi señor.

—¿Cuánto bebimos anoche? —Dalton se sentó y se frotó la cara vigorosamente.

—He encontrado al menos cuatro botellas vacías de brandy, mi señor —confirmó Masters—. Sabiendo su condición, he traído café y pan caliente. Pan fresco, dado que todas las hogazas de ayer parecen haber desaparecido. —Masters tosió discretamente y siguió—. También el jamón es fresco, pero lamento decir que no habrá duraznos esta mañana.

—Ah, sí —murmuró Thomas, intentando no hablar muy fuerte. O moverse muy rápido. O pensar demasiado—. Nos dio un poco de hambre anoche. Espero que no hayamos dejado demasiado desastre. Discúlpate por mí con Cook, Masters.

—Ya lo hice. —Aparentemente apaciguado por la obvia miseria de ambos hombres y la actitud arrepentida de Thomas, no había por qué enojar al cocinero después de todo, Masters tuvo pena de ellos—. Me he dado la libertad de decirle al valet de su condición, mi señor. Están preparando un baño caliente y estoy seguro de que se recuperará después de un buen baño.

—Eres increíblemente bueno conmigo, Masters —admitió agradecido Thomas.

—Sí, mi señor —concordó Masters—. Lord Dalton, ¿puedo llamar a un carruaje por usted? Los carruajes Harrington tienen buenos muelles.

Dalton estaba sentado sin moverse en el sofá, acunando la cabeza en sus manos. Su voz salió amortiguada y apenas audible.

—Eso sería excelente, gracias.

Masters salió, dejándolos para recomponerse.

—Bueno, siento como si la muerte me hubiera visitado —gimió Dalton.

—Te ves así, igual —opinó Thomas.

—Mientras que tú, por otro lado, te ves fantástico esta mañana —respondió Dalton secamente—, ¿cómo lo haces?

—No vas a hacerme reír. Si lo hago, me avergonzaré y arruinaré esta cara alfombra. —Thomas se arrastró hasta ponerse de pie y se sirvió un poco de café. Una vez que decidió que se iba a quedar adentro, vació la taza y se sirvió otra—. ¿Descubrimos algo la noche anterior? Honestamente, no estoy seguro de todo lo que pasó.

Dalton le señaló una taza de café, y mientras Thomas la llenaba, Dalton se inclinó y se colocó las botas, aparentemente desatando otra ola de náusea que soportar.

—Agh —gimió Dalton, pero se vio un poco mejor luego del café—. ¿Qué descubrimos? Me informaron que Francesca te ama y no a mí. Determinamos que amas a Francesca y yo no. Sin embargo, ella está muy enojada contigo porque eres un completo idiota que no sabe de mujeres. Creo que eso lo resume.

—Bien conciso. Gracias.

—Un placer. —Dalton metió su camisa, se acomodó la chaqueta y metió su pañuelo en el bolsillo.

—¿Llegamos a una conclusión de cómo lidiar con el resto?

Dalton lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—Todavía no me he decidido.

Thomas lo acompañó hasta la puerta. Masters los esperaba con las puertas abiertas, y como había prometido, un carruaje estaba esperando.

—¿Siempre es así de brillante el sol? —se quejó Dalton, y luego colocó el sombrero sobre su cabeza, con el ala estrecha tan de moda lo más baja posible para cubrir sus ojos—. ¿En White's más tarde?

Thomas asintió suavemente, evitando mirar el brillo de la puerta principal.

—Bueno, me voy.

Thomas giró y se obligó a subir a su habitación al llamado de un baño caliente. Puede que no hubiera alcanzado su meta, pero al menos no se iba a encontrar con el prometido en el parque al amanecer con una pistola. Eso era algo.

De alguna manera tenía que arreglar las cosas con Francesca. La amaba. Seguro eso ganaría.

Y, ¿en serio? ¿Siempre era tan brillante aquí?

Capítulo 21

Thomas se estaba desvistiendo con la ayuda de su quejumbroso valet, Johnson. Sus ropas de noche estaban más que arrugadas habiendo dormido con ellas, y en un sofá nada menos.

—Al menos no me dormí con la chaqueta, ¿no Johnson?

—Pequeño consuelo, mi señor. —Johnson miraba tristemente el montón de lino blanco que había sacado del bolsillo de la chaqueta. En algún momento, había sido un almidonado pañuelo doblado—. Oh, su señoría.

Thomas miró como el hombre jugaba con los bordes aplastados del material.

—No estás llorando, ¿o sí?

—Por supuesto que no. —Johnson colocó el pañuelo arruinado en el espaldar de la silla, pero Thomas distinguió algo brillante en los ojos del hombre.

El chaleco vino después.

—¡Santa María, madre de Dios! ¿Eso es mostaza? —Johnson tocó una mancha amarilla en el brocado de seda blanco.

Absurdamente, Thomas sintió que tenía que disculparse con su empleado por el pésimo estado de su traje. El hombre ciertamente estaba sollozando ahora.

—No temas, mi buen hombre. Si no sale, te dejaré escoger otro. —Oh, por Dios Santo, no era como si hubiera matado a su perro. Hablando de perros, ¿dónde estaban los suyos? Antes de que pudiera preguntar la localización de sus animales, hubo una fuerte conmoción en el descansillo fuera de su habitación. ¿No había pedido que no hicieran ruidos perturbadoramente altos? Su cabeza martilleaba.

El estrépito se hizo más cercano y pudo distinguir voces, si bien no palabras. Tenía una muñeca desabotonada y su otro codo a medio deshacer cuando Christian entró con un mayordomo balbuceante por detrás.

—Lo siento, mi señor —dijo Masters sin aliento—. Se entró cuando abrí la puerta.

Thomas miró a su amigo.

—Está bien, lo he estado esperando. —Despidió a su mayordomo y su valet—. Puedo terminar yo solo, Johnson, mientras hablo con su señoría.

Christian parecía a punto de explotar mientras se paseaba por la habitación. El sirviente miró al mayordomo como confirmación. Masters asintió imperceptiblemente y los dos dejaron la habitación, cerrando suavemente la puerta por detrás.

Thomas se sentó en una de las sillas de cuero y cruzando una pierna, se sacó una bota y luego una media.

—Pareces a punto de explotar.

Thomas mantuvo su voz plana y sociable. Conocía lo suficiente a Christian para saber que estaba con una ira finamente controlada. Dado que su objetivo final era casarse con Francesca, necesitaría volver a ganarse a su hermano, y eso iba a tomar cada onza de diplomacia y amistad que tenía en su arsenal.

—Tienes mucho que explicar, Harrington. —Christian fue hacia el hogar.

Thomas cambió las piernas y se quitó la otra bota y media, pero no mordió el anzuelo de Christian.

—¿Por qué tienes osos en tu casa?

Thomas rio.

—No osos, perros.

—Lo que sea que son, se están comiendo una alfombra turca abajo. — Como si enfatizara su punto, hubo un estruendo seguido de un chillido y un grito. Ambos hombres giraron sus cabezas para encarar la puerta cerrada como si pudieran ver a través de ella, debajo de las escaleras a la escena del desastre.

Thomas cerró los ojos y sacudió suavemente la cabeza.

—Dios, me pregunto que habrá sido eso.

Christian giró para enfrentarse a Thomas.

—No estoy aquí para discutir de los malditos perros, Thomas Thomas se levantó de la silla hasta estirarse por completo y levantó una ceja.

—Está bien. Tu sacaste el tema, no yo. —Se sentía bien tener los pies descalzos en la suave alfombra—. Lo que sea que quieras discutir, tendrá que ser en un tono de voz más bajo.

—Oh, ¿tienes un poco de resaca esta mañana? —preguntó en un tono de voz burlón más suave. Giró y abrió las pesadas cortinas de terciopelo junto al fuego. Cuando Thomas protestó por la luz, Christian sonrió con obvia satisfacción y gritó—: ¡Bien!

Thomas se quitó la camisa y la dejó caer al suelo, al demonio con el valet.

—¿Qué quieres, Christian?

—¿No fui muy claro cuando te prohibí ver a mi familiar? —estalló Christian.

—Recuerdo algo de eso, sí. —Los pantalones de Thomas aterrizaron junto con la camisa. Deslizó los brazos dentro de una bata verde esmeralda y ató el cinturón en su cadera.

—¿Entonces qué estabas haciendo con Francesca en la ópera?

—Fui a mi propio balcón, gracias. Sé que debe ser totalmente sorprendente para ti, Morewether, pero tu familia no posee toda la casa de ópera. —Thomas cruzó la habitación y cerró las cortinas que Christian había abierto.

—¿Así que me estás diciendo que te cruzaste con mi hermana mientras estabas ahí? —La voz de su amigo destilaba ironía.

Thomas miró por sobre su hombro y se encogió de hombros indiferente.

—Bueno, ¿qué le dijiste? Le dijiste o hiciste algo para herirla y enojar a Dalton.

Entrecerró los ojos y se dio cuenta de que su amigo no sabía. Estaba agarrándose de nada.

—¿Qué te hace creer que dije o hice algo para molestar a alguien?

Christian caminó de la repisa a la otra pared.

—Escuché cosas. Sé que estabas ahí. Eso es suficiente para saber que causaste algún problema.

—¿Cuántos años crees que tengo? Estoy cerca de los treinta. He dirigido hombres en batalla. Me convertí en un maldito conde y he agarrado todas esas responsabilidades. No soy el muchacho de veintitantos que destrozaba Londres contigo. He madurado. —Incluso aunque no hubiera actuado como tal los últimos días.

—Tengo poca evidencia de que eso sea cierto, pero hay algunos hechos irrefutables.

—¿Cómo cuáles? —Thomas elevó las cejas como pregunta.

—Primeramente, la amas...

Asintió y le indicó a Christian que continuara.

—Por favor, sigue.

—Segundo, sabemos que tiene una debilidad por ti.

—Un dato preciado de información, con seguridad.

—Demonios, ¿dejarás de interrumpirme a menos que tengas una confesión que hacer?

Thomas cerró la boca y se reclinó contra el marco de la ventana.

—Tercero. —Christian levantó la mano, mostrando claramente los tres dedos—. Sé que tú y Dalton no se llevan bien, y él se llevó a Frankie, Anna y Madre de la ópera bastante agitado.

—Dalton y yo nos llevamos bastante bien. —Thomas pensó que era una contribución válida a la conversación.

—Todavía tienes moretones de su pelea en el salón de boxeo —escupió Christian—. Se odian.

—No es así. Creo que es un buen tipo. —Ahora, dado que Dalton había decidido ya no ser su rival.

Christian bufó sin creerle.

—¿Estás intentando decirme que tú no tuviste nada que ver con que Dalton se llevara a mi familia de la ópera anoche?

Le parecía que Christian en realidad no tenía idea de nada. Todo su argumento era conjetura, pero Thomas tenía unas cuantas preguntas propias.

—¿Qué dicen los rumores? Seguro que, si hay algo que saber, toda la clase alta debe estar hablando de ello.

Christian le dio una mirada acerada desde el otro lado de la habitación. Thomas esperó pacientemente, con una ligera sonrisa condescendiente en sus labios. Bendito sea el Señor. ¿Cómo podría haber sido tan afortunado?

—Nadie sabe nada, ¿no es cierto? —Había triunfo en su voz. Se giró y fue al baño caliente que Johnson le había preparado.

Claramente furioso por su despido, Christian le agarró el brazo y tiró de él, haciendo que Thomas lo enfrentara.

—Demonios, Thomas, no me ignores.

—Christian, si tú no sabes nada, y la maldita clase alta no sabe nada, con un demonio que voy a decirte algo. —Thomas siguió su camino hacia el cuarto de baño.

—Ah, entonces admites que hubo algo —dijo Christian, su voz se hizo más fuerte, probablemente por la frustración—. ¿Intentaste forzarla?

Thomas giró hacia el otro hombre.

—Ni siquiera me voy a dignar a contestar esa pregunta o el golpe en la cara que merece. —Atravesó el pasillo hasta la habitación de azulejos.

—Todos saben que estuviste en un nicho solo con ella —insistió Christian detrás de él, la ira hacía eco en el cuarto—. Solo por eso debería matarte.

—Hmm. —Thomas dejó caer su bata y se metió en la tina humeante, gimiendo cuando el agua caliente le cubrió el cuerpo.

Christian estaba en el umbral, la frustración era evidente en su rostro enojado.

—Si estás tan seguro de que algo pasó, y que yo soy la causa de eso, ¿por qué no has ido a preguntarle a Dalton?

—No ha estado en casa.

Thomas asintió.

—Ya veo.

Christian frunció el ceño aterradoramente y lo fijó en Thomas, encuadrando los pies y los hombros, cruzando los brazos sobre su pecho. Thomas conocía ese truco del viejo duque, el padre de Christian. El hombre lo usaba cada vez que intentaba que alguno de los chicos se rompiera. Simplemente los miraba, sin decir una palabra, y esperaba que la presión les llegara y uno de ellos eventualmente le decía todo. Thomas rio y apoyó la cabeza contra la tina de cobre. Sabía que Christian todavía estaba ahí; podía escucharlo suspirar exasperado cada cierto rato.

—Dalton los encontró juntos, ¿no es cierto?

Thomas exhaló. De alguna manera, no había creído que Christian lo adivinaría. No sabía por qué. Era la conclusión lógica.

—Entró cuando estabas sobre ella. Tú, maldito hijo de perra.

Thomas recordaba muy claramente: su corpiño abajo, sus pechos expuestos. Su boca había estado sobre ella. Thomas tragó con dificultad. Hundió la cabeza en la bañera. Apenas podía oír la perorata de Christian allí abajo.

Cuando resurgió por aire la puerta de su habitación golpeó. Abriéndose o cerrándose. De cualquier manera, hubo un golpe y Christian se hubo ido.

Capítulo 22

Francesca no podía dormir. Tampoco podía dejar de llorar. Ambos eran bastante molestos. Alternaba entre la furia indignada y la sensible auto compasión, con dosis saludables de culpa y vergüenza.

La única parte inocente en todo este desastre era Lord Dalton. ¿Cómo podría enfrentarse a ese hombre de nuevo? Claro, asumiendo que permitiera incluso ese evento luego del fiasco de la noche anterior. Era un verdadero testamento de su caballerosidad que no la hubiera denunciado en medio del mezanine de la casa de ópera. Ciertamente lo merecía, eso y más.

Cuando el amanecer llegó, el sol ridículamente alegre y brillante, Francesca lo saludó desde un banco duro de mármol en el jardín. El largo día que se extendía frente a ella garantizaba ser horrible.

La vuelta en el carruaje de Dalton había sido lo más agonizante de su vida. Una vez en casa, se había ido directo a su cuarto, sin hablar con nadie, ni siquiera Anna, y había cerrado y asegurado su puerta. Quería estar sola en su miseria, regodeándose patéticamente en su propia salsa.

Ahora era de mañana. Un nuevo día. Un día de repercusiones. Un hermoso, brillante y fresco día que era perfecto para arruinar la vida de las personas.

Tenía poco tiempo precioso antes de que su madre la buscara. Sería la primera en encontrarla, Francesca estaba segura. Su madre, con su feroz lealtad y su amable corazón podría ser lo peor que ella tendría que enfrentar hoy. ¿Había algo peor que un padre amoroso decepcionado de su hijo? Christian le gritaría y le impondría castigos severos. Sería terrible y feroz, pero su madre no. Ya podía ver la decepción en los ojos de su madre.

Francesca se limpió otra lágrima y se maldijo.

Lord Dalton era la única incógnita. Tenía todo el derecho de haberlo dicho públicamente en el teatro la noche anterior. Todavía estaba sorprendida de que no lo hubiera hecho en ese momento. Estaba segura de que el compromiso se había terminado. Debía sentirse tan humillado, y entendería si quería hacerla sentir de la misma manera.

Así que, como una verdadera cobarde, Francesca siguió escondiéndose en el jardín. No algo muy adulto para alguien que profesaba, no, demandaba, ser tratada como uno, tanto por su hermano como por su amante. Oh, qué desastre había hecho de todo.

No se escondería para siempre. Pero se quedó en el banco hasta que el sol se hubo levantado por sobre el muro del jardín y el rocío en las rosas brilló con la luz matinal.

Luego de toda su preparación interna para lidiar con su madre, fue Christian al que se encontró primero. Apareció furioso por la puerta principal con su típica entrada de Duque de Morewether: abrió de golpe la pesada puerta de roble, con la capa ondeando detrás de él, y su mirada feroz con determinación. El hombre sí sabía hacer una entrada.

Francesca se detuvo al final del largo pasillo. Enderezó los hombros, inhaló profundamente, preparándose para la masacre.

Christian la miró fijamente mientras se quitaba los guantes y los metía en su sombrero volcado, y le daba todo al mayordomo, quien atrapó el abrigo de Christian justo antes de que cayera al piso.

—En mi estudio. Ahora —gruñó, y caminó en dirección a su dominio masculino.

Francesca suspiró audiblemente, pero mantuvo su postura erguida y su columna rígida e intentó recordar que a él lo temía menos. Christian sería señorial y hablaría alto. Sin embargo, no estaría decepcionado. Ni siquiera lo consideraría una opción.

Francesca cerró la puerta y se quedó frente al imponente escritorio con tanta dignidad como pudo reunir. El rostro atractivo de su hermano la fulminaba.

—¿Debería pedir té, o quizás preferirías café? —preguntó.

—Esto no es una reunión social, Frankie. —Christian casi rugió. Se sentó en su sillón de cuero marrón y asumió la expresión de máxima autoridad.

—Siempre me pregunté lo que se sentía esto para ti —musitó—, cuando padre te llamaba para regañarte por alguna de tus fechorías.

—No intentes cambiar el tema. Me desobedeciste directamente.

No respondió. Tampoco jugueteó. Simplemente se quedó parada frente a él, con las manos sujetas frente a ella, sus miradas encontradas.

—¿Lo niegas?

—No, no lo hago, Christian. Me pediste que no hablara con Thomas Una mano grande apareció y golpeó el escritorio, su pesado sello en el anillo de oro rebotó fuertemente contra la madera.

—No, lo prohibí expresamente. Demonios, te dije que no lo vieras ni le hablaras. Te dije que no tenía permitido ver más a la familia.

De nuevo, Francesca no ofreció ninguna defensa.

—Bueno, he oído todo. Ya lo sé todo —le informó su hermano.

—Perdona que diga esto, Christian, pero en verdad lo dudo.

—Sé que lo viste anoche en la ópera. Que tuviste algún tipo de encuentro con él en un maldito nicho público, y sé que tu prometido lo vio.

—Todo eso es cierto —asintió Francesca.

—Has arruinado todo. ¿Qué tienes que decir? —preguntó.

—Siento más de lo que puedo decir haber herido y humillado a Lord Dalton. Quería evitar eso más que nada.

—¿Qué hay de esta familia, Frankie? Has arruinado a esta familia.

Antes de que pudiera responder a eso, la puerta del estudio se abrió y su madre entró.

—Sinceramente dudo que nos haya arruinado a todos, Christian. Eres un hombre muy dramático. Sacaste eso del lado de tu padre.

—¿Siquiera tiene idea de la magnitud de lo que ha hecho, Madre?

—Nadie se ha interesado en decirme nada. Subo en carruajes con silencios incómodos y caminé escuchando sollozos detrás de puertas cerradas. —La duquesa se sentó y fijó su mirada en Francesca—. ¿Por qué no empiezas a decirme ahora?

—Dile a tu madre lo que hiciste —ordenó Christian—. ¡Empieza desde el comienzo!

La duquesa suspiró.

—Christian, cálmate. Te va a dar una apoplejía. Haz algo útil y pide té, ¿quieres? Tengo la sensación de que estaremos aquí un largo rato.

—Soy Morewether —gritó, como si todos allí dudaran de su linaje—. Es mi deber mantener a esta familia respetable, y no dejaré que se humille nuestro nombre de esta manera. Se le ha permitido correr sin control demasiado tiempo. Padre era muy liberal con ella.

—Silencio —regañó la duquesa a su hijo—. Tu hermana no es un caballo, y estoy segura de que ella apreciaría que dejaras esa metáfora inmediatamente.

—Antes de que la defiendas tan vigorosamente, deja que te diga lo que ha hecho —Christian le señaló a Francesca, quien seguía parada frente al escritorio, que prosiguiera.

Francesca se detuvo un segundo para empujar un mechón rebelde de cabello fuera de su cara, y meterlo de vuelta en el moño.

—No sé realmente dónde comenzar —confesó.

—Comienza al principio. Demonios, comienza al final —gritó Christian, y se lanzó contra el espaldar de su silla. No importa, solo empieza.

La duquesa le lanzó a Christian una mirada que él ignoró completamente.

—Empieza con la noche anterior, querida —sugirió su madre.

—Lord Dalton nos vio a Thomas y a mí besándonos. —Durante su larga espera en el jardín, Francesca había pensado millones de maneras de decirle a su madre, y cuando el momento llegó, simplemente lo escupió.

—Oh. ¡Oh! —La mano de la duquesa revoloteó sobre su corazón, su cara era pura sorpresa, que no era demasiado convincente. ¿Lo habría adivinado ya?—. Bueno...

—¿Lo ves? Nos ha arruinado a todos —gritó Christian—. Tú dijiste: "déjala que se divierta, qué cosa mala puede pasar". Esto es exactamente lo que temía.

—Eso no es cierto. Desde que te volviste Morewether, te has vuelto insoportable —dijo Francesca—. Padre nunca me manejó con mano de hierro.

—Porque eras una niña cuando Padre murió, Frankie, ni siquiera te habías presentado en sociedad. ¿Cómo saber lo que habría hecho? —rugió Christian, su rostro tornándose impresionantemente rosa.

—La única razón por la que crees que corro desbocada es porque te has acostado con todo lo que tenga dos piernas en los últimos diez años. —Era algo muy bajo, pero era cierto, y si iba a insultar su carácter, entonces quería responderle con algunos también. Tuvo el breve y efímero pensamiento que, de nuevo, esto no ejemplificaba necesariamente la nueva y mejorada Francesca que estaba intentado desesperadamente lograr.

—Soy Morewether —le gritó, y se levantó de la silla para pararse detrás del escritorio. Todavía seguía detrás de la madera, pero se sentía más cerca. Y cuando se inclinó sobre el escritorio con los puños anclados en el medio, se sintió mucho más cerca. Francesca se negó a ser intimidada.

—Eso he oído —respondió secamente—. ¿Qué tiene eso que ver? Eres el duque, nadie sugiere lo contrario., Simplemente digo que eres un canalla y por tanto identificas a uno en cuanto lo ves.

—Lo que hago no es de tu incumbencia. Tú, sin embargo, eres una...

—Gritarse entre ustedes no va a resolver el problema —interrumpió su madre. Ahora ya se había levantado y estaba a un lado del escritorio—. Christian, tu hermana se ha comportado con sensibilidad y decoro hasta este punto, al menos. —Le echó una mirada a Francesca, quien vio su expresión esperando ver la temida mirada de decepción, pero había algo diferente en su rostro, algo tan efímero que no estaba segura de haberlo visto. ¿Era realización?—. Creo que es mejor que me cuentes toda la historia.

—Sí, quisiera escucharla también. —Christian se sentó de nuevo, más como el señorial duque de la casa y menos como un rabioso hermano.

Francesca miró de su hermano a su madre.

—Te la contaré en privado, si te parece bien.

—Eso no me parece bien. Me gustaría saber exactamente con qué tengo que lidiar —respondió Christian, antes de que su madre pudiera contestar.

Francesca se sentó. *Qué mortificante*. Sin embargo, les contó. No todo, algunas cosas eran entre Thomas y ella, pero les contó cómo se habían encontrado en la oficina del procurador y que se habían besado. Dio a entender ampliamente sus otras actividades, pero no podía obligarse a discutir eso en frente de su hermano, Morewether o no.

—¿Eres aún...? Quiero decir, ¿has...? —La duquesa se aclaró la garganta e intentó de nuevo—. Frankie, cariño, ¿tú y Thomas...?

Francesca hizo un pequeñísimo asentimiento.

—Oh, Dios —Su madre se hundió un poco y luego se acomodó en la silla a su lado.

—Voy a matarlo —le informó Christian con mucha vehemencia—. Esto es exactamente por qué les prohíbo a ambos verse. Sabía que no podía confiarse en él alrededor de mujeres respetables. Y tú... claramente ya no calificas como mujer respetable.

Francesca abrió la boca y la duquesa miró enojada a su hijo.

—¡Christian! Eso no era necesario. Frankie merece tu respeto hoy igual que siempre. Me doy cuenta de que te tomas tus responsabilidades ducales muy seriamente, pero tu padre jamás habría reaccionado así.

Hubo un ligero toque en la puerta y Anna entró. Sin decir una palabra, fue a la silla detrás de Francesca y puso una mano alentadora en su hombro.

—Imagino que tú sabías todo esto —preguntó Christian a Anna, señalando a Francesca.

—Lo he estado deduciendo —le dijo Anna—. No creo que todo esté perdido. Estoy segura de que hay una manera.

—¿Rompió entonces Lord Dalton el compromiso? —le preguntó la duquesa a Christian.

—No he oído de él desde esta mañana, y estuvo fuera toda la noche. No estaba en el club. Así que nos quedamos aquí y esperamos que caiga el otro zapato.

—Hay la posibilidad de que no quiera cancelar entonces. —La duquesa sonaba pensativa.

—Oh, Madre —replicó Christian incrédulo—. Las posibilidades no son buenas. ¿Puede imaginar que quiera casarse con ella luego de una escena como la de anoche? Es increíblemente ingenua si cree que no exigirá que lo liberen de los contratos.

—Me casaré con Lord Dalton si todavía desea. —Francesca sintió que debía hablar y recordarles que todavía estaba allí.

—¿Estás segura, Frankie? —le preguntó Anna.

—Claro que estoy segura. Es lo que he estado diciendo todo el rato. —Francesca miró fijamente a su hermano—. Sé que creen que he estado yendo caprichosamente intentando arruinar esta familia, pero eso no es cierto. Lo que pasó con Thomas es lamentable. Nadie lo sabe mejor que yo. Estaba loca con eso, pero se acabó. Hablaré con Lord Dalton cuando hable, si habla conmigo.

—¿Y decirle qué? —Christian estaba claramente enojado, pero al menos su rostro había vuelto al color normal—. ¿Decirle que te consentiste con otro hombre? ¿Qué podrías llevar el hijo de otro hombre?

—¿Christian! —La duquesa se levantó.

—Es verdad, no, ¿Frankie? No sabes aun si no estás embarazada. —Christian levantó las cejas a su hermana, esperando sentar este punto contra ella.

De nuevo, hizo un asentimiento imperceptible. Nunca había sido tan humillada. La experiencia era peor de lo que había creído posible, y había asumido que sería terrible. Su hermano solo repetía con lo que ella se había castigado una y otra vez en su cabeza; ¿y cuántas veces había pasado eso en los últimos días? ¿Cien? ¿Mil? Era mucho más real viniendo de la boca de su hermano.

—Sé que nunca creerás que intenté evitar un escándalo. Apenas he pensado en otra cosa la última semana. —Se le escapó un hipido y se forzó a ahogar el sollozo que amenazaba con salir—. En verdad lo siento.

—Sé que sí —le dijo su madre, volviendo a sentarse, luego a su hermano—. Una vez que empieces a pensar menos como Morewether, furioso y recto, y pienses como su hermano, verás que te dice la verdad. Desafortunadamente, Frankie, esto sí puede que nos cause un escándalo, pero la familia ha pasado por peor, y no hace mucho. Esta familia no te desheredará ni te dejará morir horriblemente como ha pasado antes, vergonzosamente. Esas son las cosas de las que debería avergonzarse esta familia, no esto.

Anna tomó la mano de Francesca y la palmeó alentadora.

—Como he estado diciendo todo el tiempo, funcionará.

—¿Estás terriblemente decepcionada de mí, Mamá?

—Frankie, no estoy especialmente emocionada con tu comportamiento, pero ya está hecho. —La duquesa se levantó, aplanó sus faldas y mostró una sonrisa valiente—. No hay nada que hacer más que esperar. Ni siquiera sabemos la extensión del escándalo, pero debemos estar preparados. Pronto llegarán visitas y veremos qué es lo que sabe exactamente la gente. El resto está en manos de Lord Dalton ahora. Y entonces veremos lo que dice Thomas.

—Si llega a eso, Thomas se casará con ella incluso si tengo que llevarlo por el pasillo con un rifle en la espalda —informó felizmente Christian a todos.

Francesca finalmente se rompió y lloró, y fue Christian quien la abrazó y la sostuvo mientras sollozaba.

Capítulo 23

Francesca iba a vomitar. Estaba segura de eso, pero debía sentarse y aguantar. Más temprano, pensó en escaparse. Había salido con la vieja excusa de la jaqueca, pero su madre le había lanzado una mirada que la clavó en su silla. Aparentemente, necesitaría sangrar por los ojos si esperaba salir de ese cuarto. Pero quería más que salir del cuarto. Quería salir de su piel, de su vida, solo salir.

En vez de eso, puso una sonrisa y dejó que sus manos descansaran en su regazo. Gritó silenciosamente, todo el tiempo siguiendo la conversación y pretendiendo ser una mujer sin ninguna preocupación en el mundo. Esto era lo que odiaba de los hombres, al menos de los hombres en su vida. Era irritante que ellos tuvieran todo el control.

Todo era su culpa. No estaba culpando a Thomas. No es como si el hombre fuera mágico o algo. Podría haberle dicho no en cualquier momento. Pero no lo había hecho. No había dicho no, no uno de verdad, esa primera mañana, o cuando la había bañado, o cuando se había subido a su ventana de noche. Todo lo que Christian decía era verdad. Todo lo que ella había intentado evitar: los chismes de la alta sociedad y la censura, el escándalo inevitable, todo eso les estaba cayendo encima y era completamente su culpa.

Si Dalton se negaba a casarse con ella, su hermano intentaría casarla con Thomas. La ironía de eso era que, dos semanas atrás, habría estado emocionada hasta la luna por la posibilidad. Ahora, bueno, ahora el mundo, su mundo, había cambiado. Había girado sobre su eje, y no sabía que esperar. La única cosa de la que estaba segura, total y absolutamente segura, era que no podría soportar un matrimonio sin amor con Thomas. Era una admisión aplastante. Siempre lo había amado, pero ahora su fantasía infantil era nada comparada con lo que sentía su corazón, y una vida de amarlo así sin reciprocidad seguramente la mataría. Habría sido mejor que nunca hubiera experimentado la pasión con él. Francesca deseaba en lo profundo que Thomas jamás hubiera vuelto, al menos antes de casarse.

Francesca miró la multitud en su vestíbulo. Había diez mujeres en su casa que no vivían allí. El lugar nunca había estado tan lleno como una piscina en verano con todas las damas de sociedad intentando pescar un indicio o una pista de lo que había pasado. Como su madre les había recordado a ella y a Anna esta mañana antes de que el primer visitante llegara, la sociedad no

necesitaba prueba real de nada escandaloso. Estarían más que felices de inventar algo si no estaban satisfechos.

—... parte de la familia —dijo su madre—. Y estamos muy contentos de que haya vuelto a casa.

—¿Creen que escogerá esposa esta temporada, ese Harrington? —Esto lo dijo Lady Hildebrandt. Francesca miró el rostro esquelético de la mujer mientras miraba a cada una de ellas por respuestas, bien por las preguntas que había dicho en voz alta, o las sobreentendidas.

—Quién sabe con él —dijo otra dama—. Siempre ha sido un vividor, y luego ir a unirse a la marina luego del desencanto público de su padre.

—Lo que haga Harrington queda por verse —replicó su madre.

Las conversaciones siguieron por esa línea toda la tarde. A cada oportunidad, alguna de las señoras tenía que sacar el tema de Thomas, Dalton o la ópera, incluso de la nada cuando no podían encontrar una forma de traerlo a la conversación, la tomaban. Era desgastante, pero su madre y Anna mantuvieron la conversación ligera y lejos de las trampas.

Finalmente, las últimas damas de sociedad se fueron sin más información que añadir al rumor, y Francesca pudo excusarse para tomar una bien merecida siesta. Subió las escaleras a su habitación. Estaba tan cansada que en verdad usó su mano en el barandal para subir. Nunca se había sentido tan agotada en su vida. No quería nada más que dormir para permitirle a su mente hundirse en el olvido.

No iba a pasar. Cuando abrió la puerta de su cuarto, lo primero que vio fue a Thomas tendido en su cama.

Fue su jadeo de sorpresa, y no de pasión, lo que lo despertó de un sueño sensual.

—¿Qué estás haciendo ahí? —siseó Francesca, cerrando la puerta rápidamente y girando la llave.

—Te extrañé. —Thomas se estiró y sonrió—. Ven aquí.

—No. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. ¿No hemos causado suficientes problemas? Por Dios Santo, pasé toda la mañana siendo increpada por mi hermano y la tarde esquivando balas de las damas más influyentes de Londres.

Él notó, no con poco interés, que su llegada le había revivido la erección.

—Vamos —la intentó convencer—. Ven, siéntate conmigo. Tengo mucho que decirte.

—Lo que sea que tengas que decirme puedes hacerlo conmigo aquí y tú allá —le dijo cuidadosamente.

—¿Y si te digo que he solucionado todo? —Soltó las noticias, triunfante.

—¿De qué estás hablando? Por favor, detente. Esto no es algo que se pueda solo "solucionar". —Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. No puedo seguir con esto. Ya todos lo saben.

—¿Quiénes son ellos? La élite no sabe nada. Ni Christian lo sabía cuando vino a verme esta mañana.

—¿Fue a verte este mañana? —Sus ojos eran amplios con perplejidad y algo más. ¿Era acusación?

—Lo hizo. Vino a ver si podía descubrir lo que había pasado la noche anterior. —Pasó los dedos por su cabello y le lanzó su mejor sonrisa encantadora, esperando que fuera un incentivo para que se acercara.

—Llegó a casa actuando como si lo supiera todo. —Las lágrimas llenaron sus ojos—. Sabía lo suficiente entonces tuve que decírselo. Tuve que confesar todo.

Thomas se sentó en la cama. Estaba furioso consigo mismo por haber permitido que Francesca sufriera eso sola.

—Lo siento tanto. Debí haber estado allí.

—Si empezamos con todas las cosas que "debimos haber hecho" ...

—No me arrepiento de nada, Francesca. —Se levantó de la cama y se adelantó con toda la intención de abrazarla, pero ella levantó las manos para alejarlo, y él se detuvo—. Deja de preocuparte. Hablé con Dalton.

Francesca se veía confundida.

—¿Cuándo? ¿Luego del desastre en la ópera?

—Sí. Vino a mi casa y hablamos.

Lo miró escépticamente.

—¿Hablaron?

—Lo hicimos. Creo que lo convencí de retirarse.

—¿Por qué? ¿Por qué haría algo así? Especialmente después de la forma terrible en la que lo he tratado. Él es bueno y honorable y nosotros somos personas muy, muy horribles. Ni siquiera aguanto pensar lo humillado que debe haberse sentido. No creo ser capaz de disculparme lo suficiente.

—No necesitas disculparte. Lo entiende.

—No puedes hablar en serio. Simplemente porque no pueda disculparme lo suficiente no significa que no deba intentarlo, si me deja.

—Escúchame —le imploró. Aún no lo dejaba acercarse—. Ya no importa. Dalton lo entiende.

—¿Entiende qué?

—Sabe lo mucho que me amas. No quiere una esposa enamorada de otro hombre. —Le sonrió de manera tranquilizadora—. Sabe que hemos estado juntos, que debemos estar juntos. Él entiende, y estoy seguro de que se hará a un lado.

Ella no sonreía. Estaba esperando emoción, no las nubes de tormenta formándose sobre su cabeza.

—No entiendo —le dijo tranquilamente, y con una buena dosis de presentimiento ominoso—. ¿Qué le dijiste exactamente?

Thomas intentó ordenar sus pensamientos. ¿Cuándo esa escurridiza niña se volvió en una mujer que podía asustarlo por completo? *No digas algo equivocado. No digas algo equivocado*—. Le dije que me has amado durante toda tu vida, y él supuso que habíamos intimado.

Francesca asintió lentamente mientras sus ojos se entrecerraban enojados.

—¿Qué dije de malo? Siempre me siento como a la mar contigo, y siempre digo algo equivocado. No le dije nada más que la verdad.

—Eso es cierto —concordó, pero su voz no sonaba nada afable—. Parece que no omitiste nada.

—No fue eso... no salió como debía —tartamudeó—. Déjame intentarlo de nuevo. No le dije exactamente que habíamos intimado. Estaba como implicado. Respeto demasiado tu reputación para besarte y andar diciendo.

—¿En verdad? —Su voz cayó varios grados hasta hacerse helada—. ¿Ahora mi reputación te importa? ¿Qué tanto te importó el resto de la semana?

—No empieces con eso. Jesús, mujer. —Sacudió las manos—. Nunca ganaré contigo. Te acabo de dar una solución perfecta. Dalton se retirará, y me casaré contigo ahora. No sé qué más quieres de mí.

—Nada, Thomas. No quiero nada que no puedas darme. Espero poder persuadir a Dalton de mantener el compromiso. Le rogaré si es necesario. —Ya no era la reina del enojo. Ahora solo era una caricatura resignada y desanimada de sí.

Sacó la última munición que tenía.

—¿Y si estás embarazada? Ha habido muchas oportunidades de haber concebido un hijo. —Era una cosa vil que decir, pero debía hacerla entrar en razón.

Su mano revoloteó a un costado, pero no llegó a su estómago. Aun así, sabía que había anotado un punto.

—Solo ponderemos la posibilidad —siguió—, de que estés embarazada, y que Dalton escoja terminar el compromiso, no te quedará otra opción más que casarte conmigo.

—Obviamente, no me queda orgullo. Si Dalton se niega, me iré al campo. Sabré pronto si estoy embarazada, entonces en verdad ya no tendré opciones. —Francesca fue hasta la ventana al otro lado del cuarto y levantó la cortina—. Por ahora, vete. No vuelvas a subir por mi ventana.

Hablar con Francesca era la experiencia más condenadamente frustrante.

—Hablas en círculos. Te doy todo lo que quieres. Me he humillado repetidamente frente a ti. ¿Cuántas veces más tengo que pedirte que te cases conmigo?

—Una vez sería agradable. —Por Dios, iba a llorar.

—Te lo he preguntado una y otra vez.

—No. —Las lágrimas se acumularon en sus ojos y amenazaron con salir cualquier segundo—. Me has informado. Me has ordenado. Incluso me has amenazado, pero nunca me lo has pedido.

—Si lo hago, ¿dirás que sí?

—No lo sé. —Su voz tembló y las lágrimas comenzaron con una enorme gota cayendo por su mejilla. Claro que no sería tan fácil. Nada nunca lo era.

—¿Pero tampoco estás diciendo no?

Francesca cerró los ojos y tomó un respiro profundo que pareció calmarla.

—No estoy diciendo no, pero honestamente, no sé cómo podría funcionar. Necesito más de lo que puedes darme.

Ahora su orgullo masculino estaba en juego. Su voz sonaba amarga, incluso para sus propios oídos.

—Oh, ¿y supongo que Dalton puede darte eso?

—No. No puede. Pero nunca lo esperé de él. Nunca lo esperé de ti tampoco, hasta esta semana, pero ahora sé que no te quiero sin eso. —Su silenciosa dignidad lo estaba matando.

—Esta misteriosa cosa tuya, si la descubro y te la puedo dar, ¿entonces la respuesta será sí?

Ella no respondió con palabras, pero asintió levemente, y Thomas lo tomó como una afirmación. Fue hasta la ventana donde ella estaba, pero cuando la pasó, fue incapaz de resistirse a agarrarla y sellar el trato con un beso

apasionado antes de salir a la cornisa de la ventana y dejarse caer al jardín abajo.

Capítulo 24

Thomas deambuló. A ningún lugar en particular; solo anduvo por la ciudad. Generalmente le era más fácil caminar cuando tenía un problema que solucionar. Consideró volver a casa para buscar su semental negro, Aquiles, pero decidió no hacerlo. De alguna manera, sintió que le iría mejor con su problema caminando que cabalgando.

Caminó por kilómetros y no hizo ningún progreso en encontrar una solución, y eso lo hizo sentir increíblemente inadecuado. Estaba bastante oscuro cuando se encontró en sus propios escalones, y estaba exhausto tanto mentalmente como de los pies. Thomas no tomó cuando llegó a casa, aunque esa había sido su intención originalmente. Reconoció que esta actividad en particular no le había ayudado hasta ese momento. Una cabeza clara era lo que necesitaba para descubrir exactamente qué hacer para rectificar la situación.

Su mayordomo lo encontró en la puerta con los dos cachorros bulliciosos. De hecho, casi lo derrumbaron con sus exuberantes saltos. Thomas sonrió a pesar de sí mismo ante su alegre saludo. Los dos cachorros ladraron y saltaron de arriba abajo por el pasillo, y rebotaron contra sus piernas mientras caminaba hasta la biblioteca.

Masters lo siguió al cuarto, lanzó con poca ceremonia a uno de los chicos al sofá, y sin detenerse, preguntó lo que podía hacer para que su empleador estuviera más cómodo.

—Nada, Masters —le aseguró Thomas—. Ve a dormir.

Inexpresivo, Masters le aseguró que con los sabuesos del infierno corriendo por la casa, el personal de la casa no estaba dormido.

—Sí noté que el pasillo estaba inusualmente sin decoración. —Donde antes los mesas y pedestales estaban llenos de feos y caros floreros y estatuas, ahora no había nada.

—Los sirvientes y yo decidimos que una buena ofensiva es la mejor defensa, mi señor.

—Buena decisión, estoy seguro. —Palmeó al hombre en el hombro.

—Sí, bueno, luego de llevar dos de las sillas del comedor a ser reparadas, pensamos que lo mejor sería intentar controlar el daño.

—Oh, ¿qué pasó? —Miró a los perros. Estaban sentados a sus pies, con la lengua afuera, mirándolo a él y al mayordomo con devoción incondicional.

—Aparentemente, les gusta masticar —añadió secamente el mayordomo —, ¿quién lo habría dicho?

Thomas rio.

—Los vigilaré el resto de la noche. —¿Qué tan difícil podía ser? Tenían que cansarse eventualmente, ¿no?

—¿No hay nada más que pueda hacer por usted entonces? —Masters miró alrededor y pareció revisar que el fuego estuviera ardiendo ininterrumpidamente y que la botella estuviera llena—. Le traeré otra botella, mi señor.

Thomas sacudió la cabeza.

—No es necesario. No beberé otra vez esta noche. Puedes retirarte. Si me da sed, iré yo mismo a la cocina y me serviré leche.

Por primera vez en su trabajo poco tradicional, el mayordomo mostró verdadero terror.

—¿No hará desastre? No sé si pueda convencer a Cook de quedarse si se repite lo de la noche anterior.

Thomas hizo una profunda reverencia.

—Doy mi palabra de caballero y conde, no haré un desastre. —Levantó su mano derecha como haciendo un juramento solemne.

—¿No está cruzando los dedos detrás de la espalda, mi señor? —preguntó el mayordomo, aparentemente deseando arriesgarse a ser un poco descarado con su empleador que ser aterrorizado por el cocinero.

Esta vez Thomas rio. Sacó su otra mano detrás de la espalda como prueba.

—No, te lo aseguro.

—Entonces, buenas noches, mi señor. —El mayordomo se retiró, no sin antes mirar a los dos cachorros con malicia.

—Bien, chicos. ¿no van a causar problemas? —Pero los cachorros no estaban escuchando. Habían comenzado a pelearse en el suelo.

Thomas se sentó en su sillón habitual frente al fuego, mirándolos jugar con el abandono que solo los cachorros tienen. Lo hicieron sonreír, a pesar de lo malhumorado que se sentía, con sus pequeños gruñidos y ladriditos.

Y entonces se dio cuenta de que Francesca jamás recibiría su regalo. Nunca los aceptaría de él. Había ido hasta el campo para recogerlos y traerlos solo porque sabía lo feliz que la harían. Lo había creído como un gesto completamente altruista, pero eso no era verdad. Lo había extasiado saber lo feliz que ella sería.

Podría nunca casarse con él. Se daba cuenta ahora. El peso en su pecho era aplastante. Nunca tendría de nuevo ese sentimiento de paz que tenía con ella, cuando la sostenía en sus brazos. Se sentía ligero cuando ella estaba cerca, cálido y cómodo. Y necesario. Nunca antes se había sentido necesario.

Su reflexión interna volvió a donde había estado todo el día. ¿Por qué una mujer que le había profesado amor durante toda su vida se negaría rotundamente a casarse con él? Claramente disfrutaba hacer el amor. No tenía suficiente experiencia para fingir esa clase de reacción. Además, no amaba a Dalton. ¿Por qué aceptaría menos?

Estaba confundido y más que enojado. Por Dios Santo, no tenía idea de lo que quería esa mujer. Lo amaba y necesitaba un esposo. Intentaba darle eso y más, y ella lo rechazaba. Había hecho todo lo que podía para enamorarla. Ella era exasperante.

Con cualquier otro problema, o cualquier otra mujer, iría con Christian para discutirlo. Entre los dos habían experimentado suficientes mujeres como para cubrir cualquier eventualidad. Pero para ser sinceros, este era territorio desconocido para ambos. Ninguno se había sentido nada serio sobre una mujer, donde el resultado importara tanto. Desafortunadamente, esta no era una mujer sobre la que pudiera pedirle consejo a Christian.

Dalton había sido, sorprendentemente, un buen amigo. Ciertamente no necesitaba haberlo sido. Después de todo, Thomas básicamente había llegado y le había movido el suelo. Dalton era, claramente, un hombre perceptivo, pero Thomas no creía que fuera justo ir con él a pedirle más consejos de cómo robar a su prometida. No quería presionar su suerte y que su temperamento cambiara.

Francesca era fuerte e independiente. Era inteligente y hermosa y muchos caballeros de clase alta la deseaban. Pero ella lo amaba. Ella lo había elegido. ¿Por qué? ¿Qué veía él que su propia familia no hubiera visto? Él nunca había creído en las afirmaciones de amor de las otras mujeres con las que había compartido la cama. Todas habían querido algo de él. ¿Pero qué podía querer Francesca? Tenía un título, y sabía que no era ni su dinero ni su posición social. Y aun así lo había amado continuamente desde su infancia. Bueno, eso si no había matado esos tiernos sentimientos. Si de alguna manera pudiera deducir qué hacía que Francesca lo amara, entonces podría descubrir la respuesta a su acertijo.

Thomas se reclinó, ignorando los terroristas peludos a sus pies. El peso aplastante de su pecho se había ido. Había sido reemplazado por un completo

vacío. Contemplar una vida sin Francesca, o peor, casada con otro hombre, le dejaba el alma desolada. Por Dios, esperaba que no estuviera embarazada, no aun al menos. No podía imaginar vivir sin ella y la posibilidad de que su propio hijo fuera criado por otro hombre, incluso uno que le agradaba y al que respetaba.

El vacío en su corazón era solo eso. No había nada ahí. Y el sentimiento era horrible. Se sentía como un niño de nuevo, solo y asustado. Volver a esa sensación de soledad y vacío era insoportable luego de haber encontrado la sorprendente completitud con ella.

Se quedó allí varios minutos, regodeándose en auto-compasión, antes de recordar que Francesca lo amaba. Ella lo amaba, así que había esperanza.

Una vez más pasó la noche sin descanso, revolviéndose y girando. Él y los perros pasaron las horas deambulando por los pasillos de su espaciosa mansión en Mayfair, escuchando los sonidos de la casa, los relojes sonando y un solitario grillo que casi lo volvió loco. Porque sabía que el sueño lo evadiría, pasó una hora entera persiguiendo esa peste bajo las escaleras, acorralándolo finalmente detrás de un sofá en el recibidor. Había movido varios muebles pesados durante la cacería, y sonrió animado cuando pensó en los rostros perplejos de los sirvientes al día siguiente.

Casi al amanecer, los cachorros se durmieron. Thomas los había mirado impresionado por horas. Su idea inicial de que tendrían que dormir en algún momento había sucedido, pero no hasta después de mucho juego. No le sorprendía que el mayordomo se hubiera visto tan receloso de dejarlo solo con ellos. Claramente eran trabajo para dos personas.

Había pensado que se habían dormido en cierto punto, así que había ido a su cuarto para ponerse una cómoda ropa de dormir. Los había encerrado en la biblioteca, lo que, pensándolo bien, no había sido la mejor de las ideas. En algún momento entre los ladridos y aullidos, se las habían arreglado para masticar un libro, abrir un almohadón y deshacer todos los papeles en su escritorio. En el escritorio, por Dios Santo, ¿qué estaban haciendo ahí arriba? Había estado fuera menos de diez minutos, que el diablo se lo llevara.

Le dio hambre, pero francamente, temía dejarlos solos de nuevo, y no iba a romper la promesa a su mayordomo y llevarlos a la cocina con él.

Lo interesante era que, mientras más caos hacían, más emocionado estaba de dárselos a Francesca. Rio en cierto punto porque todo parecía un poco sádico, pero sabía que ella apreciaría a esos dos payasos. Francesca los amaría justo como lo amaba a él. Si tenía alguna duda, solo tenía que recordar

el día en el parque cuando conoció a sus tíos. Podía entender el punto de vista de su mayordomo, que estos perros eran difíciles de querer, pero Thomas pensaba lo mismo de sí y Francesca era perfectamente capaz de amarlo.

Los perros le hicieron compañía a su amo mientras este pensaba, cómodo en su sillón favorito de cuero, mirando el fuego. Eventualmente, los tres subieron las escaleras hasta su habitación. Los perros roncaban a los pies de su cama, y Thomas pasó otra noche sin dormir mirando el techo oscuro.

Thomas se aferró a la esperanza: esperanza de que Francesca no se rendiría con él, esperanza de que pudiera entenderla pronto, y esperanza de que todo terminaría bien.

Capítulo 25

La mañana siguiente, mientras Johnson terminaba de rasurar a Thomas, el mayordomo entró con un mensaje en una bandeja de plata. Limpió el resto del jabón de su cara y se inclinó hacia el sobre en su mano. Dentro había una nota en un papel costoso de lino color marfil. La escritura era de una mujer, cada letra perfecta y artísticamente dibujada.

Lord Harrington, Lo espero en mi casa no más tarde de las 11. No me decepcione. Ya ha sido suficiente de esta tontería.

Duquesa de Morewether.

¿Era acaso una orden? Qué interesante.

Anna levantó la cara hacia Thomas mientras hablaba.

—Me he enterado de bastante de lo que ha pasado esta semana.

—¡Oh! —dijo con sorpresa—. ¿Oh?

Ella lo abordó antes de que pudiera bajar del carruaje. Aparentemente, lo había estado esperando en la acera.

—Sí, bueno, no todos los detalles —explicó—, pero sé lo importante, más de lo que la duquesa sabe en todo caso.

Se preguntó qué planeaba hacer con esa información. Sacó su reloj del bolsillo. Tenía dos minutos hasta las once. Nunca había que hacer esperar a la duquesa.

—Estoy aquí para ver a la duquesa.

—Lo sé. —Enlazó su brazo con el de él y lo llevó hacia la puerta principal—. Lo esperé aquí porque estoy confundida.

—Ciertamente no es la única.

—Entonces, ¿qué hizo?

—¿Qué quiere decir con qué hice?

Anna echó la cabeza hacia atrás para encontrar sus ojos.

—Bueno, ha debido hacer algo porque nunca he visto a Frankie en ese estado.

Creyó saber a qué se refería. Francesca había sido completamente irracional la última vez que la había visto.

—No lo sé. No fui yo.

La mirada que Anna le dio decía que estaba bastante segura de que era un idiota.

—Por supuesto.

La puerta se abrió y reveló al imponente mayordomo.

—Mi señor, lo esperan.

Dejó su sombrero y sus accesorios en el pasillo con el sirviente y siguió a la dama hasta el vestíbulo familiar.

—Ahí estás. —La duquesa dejó a un lado su aro de costura—. Te ves bastante mejor, pero eso no es decir mucho. —Claro que se refería a los moretones y suturas en su cara—. Haré que mi cocinero te prepara su emplasto especial antes de que te vayas.

Thomas ahogó una mueca ante la idea de otra cataplasma asquerosa.

—Le dije, mi cocinero ya me hizo una. Fue horrible.

—No la dejaste mucho, ¿o sí? —dijo, sacudiendo la cabeza.

—La dejé hasta que no pude respirar.

Ella chasqueó la lengua.

—Haré que mi cocinero te prepare una, y la dejarás cuanto te diga. —Asintió porque o seguía su consejo médico o no habría sentido en estar allí en su salón matinal—. Siéntate, Thomas. Me está dando calambre en el cuello. Siempre has sido demasiado alto.

—¿Está enojada conmigo, señora? —Se sentó en una silla tapizada de terciopelo.

—No enojada como tal, pero si cansada de esta tontería.

Thomas se sentó rígido, contrito, esperando escuchar por qué la duquesa estaba enojada con él.

—Francesca fue mandada a hacer un encargo y no volverá hasta dentro de varias horas. No estoy llegando a ninguna parte con ella, y es hora de llegar al fondo de esto. Entiendo que se han estado viendo a mis espaldas. —Thomas abrió la boca para defenderse, pero la duquesa levantó una mano—. Hubiera preferido que cortejaras a mi hija de forma aceptable. Claro, había el pequeño problema de que ella ya estaba comprometida.

—Sí —dijo Thomas, secamente—, eso probó ser bastante inconveniente.

—Si los dos hubieran venido a mí desde el principio...

Anna tosió discretamente.

—Creo que la situación se salió de control antes de que Frankie y Thomas se dieran cuenta.

Thomas asintió agradeciendo a la dama.

—Como ha dicho. No estábamos tratando de escurrirnos, necesariamente.
—La duquesa le lanzó una mirada sabedora—. Bueno, al menos, no al principio.

—¿Qué planeas hacer ahora? —le cortó la duquesa.

—Hice algunas negociaciones, y creo que es posible. Quiero casarme con ella, pero ella se niega a hablarlo.

—¿En serio? —musitó Anna. Pidió té—. Eso me parece poco probable, considerando las cosas.

—¿Considerando qué? —preguntó la duquesa.

—Considerando el amor que le ha profesado tanto tiempo. —Anna se sentó al lado de la duquesa, en el extremo opuesto del sofá.

—Eso es lo que pensaba —intercedió Thomas, pero las damas lo ignoraron.

—Uno habría creído que sería pan comido —reflexionó la duquesa, mientras supervisaba que la criada colocara el servicio del té.

—Claramente, algo hizo mal.

—Obviamente —concordó la duquesa, y recordó que él estaba ahí dándole ausentemente una taza de té—. ¿Qué crees que hizo?

Anna puso azúcar en su taza.

—No se me ocurre nada, he estado deshaciéndome el cerebro pensando en eso. Frankie está muy alterada, y cada vez que toco el tema, tiene esa mirada y comienza a llorar inmediatamente. —Anna sorbió su té antes de proponer una sugerencia—. ¿Cree que se le propuso chapucemente?

—¿Qué más podría ser? —La duquesa dio un mordisco a su bizcocho—. A menos que se haya comportado como un idiota de otra manera...

Esto era ridículo. Lo ignoraban mientras discutían de su vida. Thomas sentó su taza en el platillo con un repiqueteo.

—Yo no...

—Shh —lo calló Anna—. La duquesa y yo vamos a resolver esto.

—Sí —le dijo la duquesa frunciendo el ceño—. Quédate en silencio. Tuviste tu oportunidad y lo arruinaste. Ahora danos a Anna y a mí la oportunidad de corregir las cosas.

Thomas agarró cinco o seis bizcochos de almendras y se sentó de nuevo. Cruzó un tobillo sobre su rodilla y les indicó que siguieran. Se preguntó si siquiera necesitaba estar allí.

—Sigo pensando que fue la propuesta —insistió Anna.

La duquesa giró hacia él.

—Dinos cómo te le propusiste.

¿Cómo lo había hecho? Pensó en todas las conversaciones que había tenido con Francesca mientras intentaba que ella aceptara a casarse con él.

—No me acuerdo.

Ambas mujeres lo miraron con la boca abierta.

—Se lo dije. Se lo dije. Se lo dije —dijo primero Anna. Golpeó su palma contra su rodilla—. Debí haber apostado dinero.

La duquesa hizo un ademán con la mano.

—¿Nos estas diciendo seriamente que no recuerdas como te propusiste? ¿Estabas ebrio?

—No, no estaba ebrio —protestó Thomas. Ciertamente, había estado bastante ebrio estos días, pero no *todo* el tiempo. Interesantemente, parecía que siempre se embriagaba después de una discusión con Francesca.

—¿Cuándo lo hiciste? —intervino Anna—. No pudo ser hace tanto que ya lo hayas olvidado.

—No. Lo mencioné al día siguiente que las vi donde el abogado. En el parque la mañana siguiente.

—Lo mencionaste. —La duquesa pestañeó y luego giró hacia Anna—. Lo "mencionó".

—Se lo dije. —Anna puntualizó su oración con un violento mordisco en el último bizcocho.

La duquesa se inclinó cuando le preguntó: —¿De verdad te le propusiste a mi hija?

—Por supuesto —respondió con énfasis—. Estoy seguro de haberlo hecho.

—No lo hizo. —Anna lo dijo cantarínamente, que lo hizo querer pellizcarla o algo.

—Sí lo hice.

Anna no replicó, solo sacudió la cabeza.

—¿Dijiste las palabras, "¿te casarías conmigo?" —Las cejas de la duquesa se elevaron.

—No sé si usé esas palabras. —Thomas estaba comenzando a sentirse un poco idiota.

—¿Usaste alguna palabra o simplemente asumiste que Francesca estaría tan extasiada con tus atenciones que saltaría ante el menor indicio de que estabas interesado? —preguntó Anna. ¿Cuándo esa muchacha se había vuelto tan mala? Tanto sarcasmo en ese pequeño cuerpo.

Thomas se levantó. Era más fácil pensar cuando estaba moviéndose.

—No asumí que se iba a casar conmigo. Me ama y lo ha hecho por años, mucho antes del incidente en el parque hace cinco años. ¿Por qué no querría?

—Quizás porque estás acercándote de la manera equivocada —sugirió la duquesa—. ¿Por qué quieres casarte con ella?

—Es hermosa e inteligente y divertida. Amo que tenga opiniones después de leer el *Times* y es feliz de discutir las. Me encanta lo mucho que ama a su familia y amigos. —Anna y la duquesa le sonrieron como si finalmente hubiera dicho algo bueno, así que siguió—: Es grandiosa con niños y perros, y puedo imaginarla con mis propios hijos algún día. Amo que me ame.

—Todavía no he oído lo más importante. —La duquesa lo miró expectante. Miró a Anna por alguna pista, pero no obtuvo nada.

—Lo siento. No sé qué es.

La duquesa atravesó la habitación hasta donde él estaba junto a la ventana.

—Has dicho todo lo que amas de ella, ¿pero acaso la amas?

—¿Que si la amo? ¡Sí! Sí, la amo. Me arrepiento del tiempo que perdí antes de encontrarla. Me aterroriza lo cerca que estuvo de casarse con alguien más antes de que volviera a casa. Sí, la amo.

—Y aquí viene. —Anna dirigió el comentario a la duquesa mientras se levantaba del asiento y se paraba frente a él—. ¿Le dijiste eso a ella?

—¿Qué?

—Esas mismas palabras. —Anna había perdido el rostro beatífico de solo minutos antes, y ahora se veía escéptica de nuevo.

¿Lo había hecho?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —gritó Anna. Se volvió a dejar caer en el sofá—. Dios, eres imposible. No sé si la mereces, tonto.

—No estás ayudando. —La duquesa miró fijamente a Anna.

—No estoy segura de que pueda ayudársele.

—Sí se puede. —Odiaba sonar como un niño petulante. Todo lo que necesitaba era que le dijeran lo que había hecho mal, y lo arreglaría.

La duquesa lo tomó de la mano y lo llevó hacia los sillones. Se sentó ansioso al borde.

—Son las palabras, cariño. Debes decir esas palabras.

—Esas mismas palabras —repitió Anna—. Ahora entiendo completamente lo que sucede. Piénsalo, Thomas. SI nunca le has dicho las palabras, y nunca te le has propuesto, ella cree que te casas por obligación. Ella cree que es un trofeo que quieres ganar. No le has probado lo que sientes.

—Pero he hecho todo lo que puedo para mostrarle que la amo. —Contó las evidencias de su devoción con los dedos—. Le envié flores. La he halagado. He peleado por ella. Le he traído regalos. —Pensó en los perros que estaban en su casa, muy probablemente destruyendo alguna atrocidad muy valiosa por la que su madre había pagado mucho.

Anna giró hacia la duquesa de nuevo.

—Uno creería que un hombre con su reputación entendería a las mujeres, ¿no?

—Sí las entiende, claro. Puede hacer que se acuesten con él en un santiamén, pero no entiende cómo amar a una de ellas. —La duquesa le dio una mirada gentil que no se esperaba—. Tú, mi niño, mereces amar a mi hija tanto como mereces ser amado por ella. No es tu culpa que tu familia nunca te enseñara cómo.

Anna lo guio de la habitación del codo y lo llevó hasta la puerta.

—Por el amor de Dios, dile las palabras. —Luego le dio un ligero empujón.

Se sintió mareado mientras dirigía sus pies a la puerta principal. ¿Decirle las palabras? ¿En serio? ¿Eso era todo?

Era un completo idiota.

La voz de Anna lo siguió por el pasillo.

—Dios, espero que no arruine las cosas otra vez.

Capítulo 26

Thomas estaba demasiado agitado por su conversación con Anna y la duquesa para quedarse en la casa esperando a que Francesca volviera. Pero el minuto en que entró a su propia casa, supo que no podría pensar nada allí. La casa estaba alborotada por los dos cachorros quienes, como había sospechado, habían hecho un camino de destrucción en toda la casa. En un momento de brillante inspiración, enlistó a un par de chicos de los establos e hizo que los llevaran a pasear al parque antes de que todo el personal se fuera en masa. Los muchachos estaban claramente emocionados por la oportunidad. Thomas le dio a cada uno una larga correa de cuero y les dijo que fueran a un campo abierto donde pudieran correr y saltar tanto como quisieran. Los miró desde la acera mientras los muchachos bajaban por la calle con los perros jalando exuberantemente ladrando con júbilo. Thomas esperaba ansiosamente que los chicos fueran capaces de cansar a esas bestias peludas. Eran tan adorables como parecían... cuando estaban dormidas. Era cuando despertaban que la casa parecía como si hubiera sido azotada por un huracán. Sacudió la cabeza ante el recuerdo del periódico que el mayordomo había planchado y puesto delante de él esta mañana antes de que los demonios lo hicieran pedazos.

Revisó su reloj y se preguntó cuánto tendría que esperar para que Francesca llegar a casa. También miró el reloj del pasillo y del estudio. Aún faltaban varias horas antes de que pudiera esperarla, así que camino sin rumbo por la casa sin saber qué hacer consigo mismo.

Estaba nervioso y ansioso y emocionado. Se sentía como un niño de nuevo, esperando la Navidad o alguna otra chorrada. No se suponía que los adultos se emocionaran así. Era vergonzoso, pero, aun así, ahí estaba.

Tenía el periódico destrozado extendido sobre su escritorio y estaba intentado reconstruir algo del *Morning Post* para terminar un artículo sobre las últimas conquistas de Napoleón cuando oyó un golpe en la puerta principal. En segundos, el mayordomo anunció la llegada del Duque de Morewether y Lady Francesca Belling.

Lo pillaron con la guardia baja. ¿Aquí? No los había esperado allí.

—Hazlos pasar. —Thomas se enderezó de donde había estado reclinado con el periódico.

Por supuesto, Christian entró como una nube de tormenta. Llenó la habitación con su amarga expresión y su actitud hosca. Francesca, sin embargo, incluso pálida como estaba, era todo luz y bondad. *Oh, Dios, soy una patética caricatura de todos los hombres de los que me he hecho la burla.*

Pero no importaba. El vestido azul pálido que vestía recorría su silueta a la perfección, resaltando sus curvas y sus piernas increíblemente largas. Era hermosa y la amaba. Él la amaba y ella a él. Dejó salir un suspiro profundo y contento. Lo que sea que estuviera irritando a su hermano, y conociéndolo la lista era probablemente larga y numerosa, Thomas sabía que lo sobrepasaría porque la amaba.

De verdad quería decir lo que ella quería oír. Tenían mucho poder esas palabras. Él, de todas las personas, lo sabía. Nunca las había dicho a nadie en su vida, de hecho, ni siquiera las había pensado antes.

—No te esperaba. —Le sonrió, una gran sonrisa, e ignoró a Christian por el momento—. He estado esperándote. Bueno, no que vinieras aquí, claro, dado que no te esperaba aquí. Sino que llegues a casa. Luego iría allá. A tu casa, quiero decir. Lo siento, parezco balbuceando. Qué extraño. —De alguna manera se las arregló para callarse y detener el flujo de palabras.

Christian se paró detrás de su hermana y sacudió la cabeza hacia Thomas luciendo extremadamente asqueado.

—¿Qué demonios te pasa?

Thomas respondió sonriendo más. Christian bufó burlón.

Thomas finalmente alejó su mirada del infinito verde de los ojos de Francesca para hablar con ambos.

—¿Qué hacen aquí?

Francesca abrió la boca para responder, pero su hermano le interrumpió.

—Hay asuntos que necesitan resolverse.

Thomas asintió de acuerdo.

—Christian, necesito hablar con Francesca. A solas.

—No —le dijo Francesca, y luego se estiró hacia la mano de su hermano. Agarró un puñado del abrigo de Christian, apretándolo en su puño—. No nos dejes.

—Lo que sea que necesites decirle a Francesca puedes decirlo conmigo en la habitación. —¿Cuándo Christian se había vuelto tan duro?

—¿Estás segura? —le preguntó Thomas.

Francesca asintió cuidadosamente.

—Lo sabe todo.

—Al menos danos algo de espacio —le pidió a Christian. Francesca aún agarraba el abrigo de su hermano como un salvavidas—. No te tocaré —le prometió—. Solo tengo algunas cosas que decir.

Sus dedos se relajaron y al final dejó ir a su hermano.

—Es solo que tienes formas de hacer que me olvide de mí misma, Thomas.

Thomas entendía. Ella le hacía lo mismo. No había tomado una decisión razonable en casi dos semanas, un hecho que podía echarle en cara si quería culpar a alguien.

—Estaré justo aquí —le dijo Christian y se alejó al otro lado de la habitación, fingiendo ignorarlos.

Thomas salió detrás del escritorio y se paró frente a ella, pero como había prometido, no la tocó.

—He buscado en mi alma. —Dudó. Parecía que debía haber alguna forma de decir esto perfectamente. Quizás debió haber leído poesía de Lord Byron o sonetos de Shakespeare para inspirarse. Al final, solo las dijo—. Te amo.

La boca de Francesca se abrió suavemente, y ella inhaló súbitamente. Sus ojos se humedecieron y pestañeó varias veces.

—Christian, vamos a necesitar unos minutos a solas.

Thomas echó la cabeza hacia atrás y rio suavemente. Antes de que Christian incluso cerrara la puerta del estudio, Francesca se lanzó a sus brazos. Con una mano a cada lado de su cara, lo atrajo a sí y lo besó.

Él había dicho las palabras.

Había ido allí, llevando a su hermano como protección, con una agonizante llama de esperanza. Pero había ido solo porque Anna le había hecho una simple pregunta: *¿Cuándo todas sus acciones te dicen que te ama, vas a tirarlo todo por la borda porque no puede decir las palabras?*

Era una perspectiva diferente que no había considerado antes. Había estado tan ensimismada que nunca se había puesto a pensarlo así. Conocía la historia de la familia de Thomas. Podía claramente recordar al muchacho solitario que pasaba demasiado tiempo con su familia, incluso floreciendo allí. Para un niño que nunca había conocido el amor y el cariño de sus padres, era un milagro que le hubiera dado tanto como había hecho. ¿Cuán duro debía ser para él admitir que la amaba?

Aun así, había ido alerta.

Y luego, él había dicho las palabras.

Ni siquiera pudo esperar a que su hermano saliera de la habitación antes de lanzarse a él. Puso todo en ese beso: la fuerza de su amor de infancia, su amor de adulta hacia aquel hombre ya crecido, su sexualidad recién descubierta. Su boca lo devoró y él lo devolvió con pasión, haciéndose cargo de ese beso. Sus manos le sujetaron el cuerpo y la apegaron contra él. Sus manos parecían estar en todas partes. Sus dedos fuertes le recorrían la espalda y las nalgas y luego se deslizaron entre sus cuerpos para ahuecarse en sus senos. Eventualmente, él rompió el beso y descansó su frente contra la de ella, con los brazos fuertemente enlazados a su alrededor.

—Me tomó un tiempo entender lo que necesitabas —admitió, su respiración salía en jadeos que chocaban contra su cara—. Lo siento. Los sentimientos siempre estuvieron allí, solo no me di cuenta de lo importante que eran las palabras. Te amo, más que nada, y pensar en estar sin ti duele.

Ella dejó escapar un pequeño sollozo.

—No quiero estar sin ti. No puedo dormir, ando de mal humor, bebo demasiado. Por favor, ¿te casarías conmigo?

La agonizante realidad se estrelló contra ella. Él había dicho las palabras, las únicas palabras que ella en verdad quería oír. Todo lo que alguna vez había querido estaba a su alcance. Pero no. No en verdad. No podían casarse, aún estaba prometida para casarse en tres días.

Capítulo 27

Seguramente la razón por la que Christian volvió al cuarto fue porque oyó a Francesca llorar. Su brazo estaba hacia atrás, listo para golpear.

—¡Demonios! Sabía que no podía confiar en ti —rugió.

—Estoy cansado de que todos intenten golpearme —gritó Thomas al mismo tiempo.

—Detente, Christian. No hizo nada. —Francesca se interpuso—. Todo está bien. Solo que no lo está. —Sus lágrimas volvieron inmediatamente.

—¿Por qué está llorando? —preguntó Christian—. ¿Por qué siempre está llorando cuando estás cerca?

—No sé de qué hablas —replicó Christian—. No le he hecho nada. Pregúntale. Te lo dirá.

Christian todavía no retrocedía. Francesca sabía que iba a necesitar recomponerse y calmar la situación antes de que los dos temperamentales perdieran el control.

—Christian, por favor, cálmate. Estás haciendo esto peor de lo que ya es.

—¿Qué tan peor podría ser? —insistió Christian. Thomas solo lo miró con los ojos marrones entrecerrados y las cejas fruncidas.

Francesca puso ambas manos en el pecho de su hermano para evitar que avanzara.

—Me dijo que me ama. —No pudo evitar la sonrisa en su voz incluso a través de las lágrimas. No quería tampoco. Incluso aunque esto solo complicaba una situación ya complicada, eran las tres mejores palabras que había oído alguna vez.

—Sí, sé que te ama. Todos saben que te ama. —Su hermano sacudió la cabeza frustrada—. ¿Por qué eso te hace llorar?

Francesca se esforzó por controlar sus sentimientos y dejar de llorar. Thomas colocó una mano consoladora en su hombro, ofreciéndole amor y apoyo.

—Porque todavía no podemos casarnos. No sé si estoy comprometida con Lord Dalton o no. La clase alta sigue intentando descubrir si hay un escándalo que descubrir. —Se detuvo y soltó un resoplido húmedo y profundo—. Oh, Dios, hemos hecho un tremendo desastre.

—Ya te lo dije. —Thomas giró a Francesca hacia él—. Creo que Dalton puede convencerse de liberarte del contrato.

—¿Por qué haría eso? —preguntaron al unísono Christian y Francesca.

—Porque no me resisto a una buena historia de amor —contestó una voz detrás.

Los tres se giraron para encontrar a Dalton atravesando la puerta abierta del estudio. Thomas sonrió saludando a su nuevo amigo.

—¿Dalton?

—Morewether. —Dalton sacudió la mano de Christian y luego besó la de Francesca—. Lady Belling. ¿Dónde estás esos diablillos?

Francesca pestañeó ante la extraña pregunta de Dalton.

—Afuera corriendo salvajes, seguramente —replicó crípticamente Thomas. Una criada se apresuró a entrar con una bandeja de té, seguida de cerca por el mayordomo, Anna y la Duquesa de Morewether.

—¿Mamá? —Francesca miró a su madre y amiga, el extraño intercambio de Thomas y Dalton momentáneamente olvidado—. ¿Qué están haciendo aquí?

—Hemos venido a resolver esta situación —explicó la duquesa—. Thomas, me di la libertad de pedir té. Necesitamos fortificarnos si vamos a encontrar una solución a este desastre.

—Yo me fortificaré con whiskey, muchas gracias. —Christian rechazó la taza de té que Anna le ofrecía y se dirigió a la repisa de licor. Levantó las cejas y la botella de whiskey escocés hacia Dalton a manera de pregunta. Dalton declinó ambos el whiskey y el té, y agarró un puñado de bizcochos.

—Oh, ¿cómo sabías que tenías que venir aquí? —le preguntó Francesca a su madre y a Anna. La mano de Thomas encontró la suya y entrelazó sus largos dedos con los de ella.

—¿Dónde más estarías? —dijo su madre—. Thomas, ¿asumo que tomaste nuestro buen consejo y te aseguraste a mi hija?

Thomas besó la sien de Francesca y sonrió.

—Sí, señora.

—No me gusta cómo suena eso —dijo Francesca a toda la habitación—. ¿Qué quieres decir eso exactamente? —Ella giró la cabeza de Thomas a su madre.

Fue Anna la que replicó.

—Tu madre y yo los empujamos a ambos en la dirección correcta.

¿Por qué de pronto se sentía tan indignada?

—¿Empujar?

—Sí, empujar. —Anna se levantó de su asiento frente a la bandeja de té y le llevó una taza a Francesca, quien estaba parada con Thomas frente al

escritorio—. No te hagas la santurróna. Nos estábamos quedando sin tiempo y ninguno de los dos iba a solucionar esto sin al menos un ligero empujón en la dirección correcta.

—Por supuesto —concordó la duquesa—. Tal y como esta, tenemos poco tiempo para resolverlo.

Thomas apretó sus dedos suavemente.

—Tiene razón, sabes, al menos como lo veo. No sé cuándo habría recuperado la cordura y lo hubiera deducido por mí mismo. Agradezco el empujón.

Francesca no se relajó. Quería sentirse bien con su interferencia, pero de alguna forma esa revelación disminuía la confesión de Thomas en su mano.

Thomas debió sentirlo en ella.

—Te amo, Francesca. Deja que esa sea la única verdad en tu mente. Te amo y te necesito —murmuró, atrayendo su espalda hacia él.

Era difícil mantener un nivel apropiado de indignación mientras sus brazos le envolvían la cintura y la abrazaban. Sus susurros al oído la calmaban un minuto y la inflamaban al siguiente. Quería estar sola con él para celebrar esta revelación. Pero la realidad la trajo de vuelta con fuerza. No estaban solos, de hecho, podría no haber nada que celebrar si no se encontraba una solución adecuada para disolver su compromiso sin causar ninguna humillación a la víctima.

—Por favor, déjeme expresar mis disculpas, Lord Dalton. Espero que pueda creer que nunca quise avergonzarlo. Hasta que Thomas volvió a Londres, estaba bastante contenta, incluso feliz, con nuestra boda inminente.

Dalton sonrió. Era increíblemente atractivo con su despeinado cabello rubio y su gran y amigable sonrisa. Las damas casaderas y las mamás de la alta sociedad se regodearían en júbilo cuando estuviera de vuelta entre los elegibles.

—Entiendo que ha amado a Harrington por mucho tiempo —dijo Dalton, su voz no tenía ni un ápice de sarcasmo—. ¿Cómo competir con eso?

El calor de su sonrojo le calentó las mejillas.

—No entiendo como puede ser tan bueno con todo esto.

—Yo tampoco. —La expresión de Christian era escéptica—. ¿Qué dijo Thomas para convencerte?

—La verdad, nada —les dijo Thomas a todos—. Casarme este año fue idea de mi madre.

Christian bufó y miró fijamente a su propia madre quien lo ignoró deliberadamente.

—Así que elegí a Lady Belling como marquesa —continuó Dalton. Poniendo su mirada en ella, añadió—: No que no hubiera sido muy feliz de haberla tenido, entiéndalo, pero no me voy a interponer al amor verdadero. Además, preferiría avergonzarme levemente por un compromiso cancelado que avergonzarme toda la vida porque mi esposa está tan obviamente enamorada de otro.

—No que importe si no podemos encontrar una manera de arreglar esto. — Siempre la voz del destino, Christian intervino mientras se volvió a llenar su vaso de whiskey.

—La verdad —anunció Anna a todos—, tu madre y yo hemos estado reflexionando bastante sobre el asunto.

Francesca quería saber cuándo había comenzado esa reflexión. ¿Dónde había estado ella todo ese tiempo? Se dio cuenta que preocupada por sí misma, pero igual.

—Hay mucho que considerar para encontrar la solución —siguió Anna—. Obviamente, se necesita evitar el escandalo como sea posible.

—No se necesita uno grande para hacer que las grandes señoras empiecen —apuntó Christian—. Si incluso ponen sus uñas en un pequeño escándalo, el más pequeño rumor se convierte en un banquete completo, sin importar su veracidad.

—Cierto. —La duquesa le sonrió a Anna—. Fue Anna a quien se le ocurrió la respuesta, y es bastante brillante según yo. Diles cariño —La duquesa de Morewether se reclinó en el sofá triunfante.

Anna hizo un ademán con la mano ante la sugerencia que su idea era brillante, pero siguió con los detalles.

—Como dije, evitar el escandalo era importante, seguido de cerca por salvar la cara de Lord Dalton. Sería inconsciente para Lord Dalton arriesgarse a cualquier censura luego de una oferta tan altruista.

Dalton levantó un bizcocho a manera de brindis.

—Claramente.

Anna sonrió y asintió en su dirección.

—Y obviamente, no serviría si Frankie y Thomas se casan bajo nubes de sospecha. Tres necesidades, razones equilibradas, para que los contratos originales sean determinados como nulos e inválidos.

De pronto, hubo un fuerte choque desde la parte trasera de la casa, seguido de un chillido y un grito. Luego, como Dios era su testigo, los distintivos pasos estruendoso se acercaron por el pasillo a gran velocidad en dirección al estudio. Ella se encogió contra Thomas, buscando protección de lo que sea que se acercaba a la puerta.

—Prepárate —susurró Thomas en su oído.

—¿Para qué? —intentó ponerse detrás de él, para usarlo de escudo o algo —. ¿Qué es eso? —Dos enormes demonios negros y peludos irrumpieron en la habitación, se detuvieron brevemente para notar a todas las personas, luego saltaron hacia su amado maestro.

La duquesa chilló y Anna saltó sobre el sofá. Hubo un quejido de Dalton y una maldición de Christian.

Le tomó un segundo a Francesca darse cuenta que no eran animales salvajes, sino enormes cachorros. Cachorros terranova, estaba segura.

—¡Thomas! —Se agachó para acariciar las orejas de uno de los cachorros —. ¿Cuándo conseguiste cachorros terranova?

—El otro día. Vi a los chicos en el parque de nuevo y fui a ver a sus tíos.

—Son absolutamente hermosos —los arrulló—. Pero, ¿por qué?

—Porque sabía que te encantarían. Lo supe el momento en que los vi. Eres todo lo impredecible, Francesca.

Uno de ellos se sentó a sus pies, mirándola con adoración, y aceptó sus atenciones con una lengua húmeda. El cachorro numero dos corrió a explorar el resto de personas en el cuarto. La duquesa, no tan encantada como su hija, lo alejó con suaves empujones del pie. Anna se negó a bajarse de su sitio en el espaldar del sofá.

Cuando la mirada del perro incluyó a Dalton, el hombre se paró y miró ferozmente al cachorro frenético.

—Sentado, sentado, sentado —repitió—. Sentado. —Por algún golpe de suerte, el perro se sentó y fue recompensado con un pedazo de bizcocho.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Francesca.

—Eso depende de ti. Son tu regalo de bodas —le dijo Thomas con una sonrisa provocadora.

—¿Nunca has oído de joyas, Thomas? ¡Dios Santo! —protestó Christian mientras limpiaba enojado una larga mancha de baba que iba de su cintura a su rodilla.

Francesca ignoró a su hermano por completo.

—Oh, tendré que pensar en algo dulce para ellos.

—Yo esperaría —dijo Thomas riendo— a que pases más tiempo con ellos antes de que los bautices con algo demasiado dulce.

Christian se levantó de su silla y fue hasta donde Anna estaba en el sofá. Le ofreció su mano y, luego de mirar en dirección a ambos perros, la aceptó y bajó cuidadosamente al suelo.

—No creo que sean así intencionalmente —le dijo Christian a Anna—. Estoy seguro de que estás a salvo, pero me quedaré cerca por si acaso. Por favor, continua lo que decías antes de que estos demonios entraran.

Anna le dio una sonrisa apreciativa.

Francesca se levantó y puso su atención en Anna.

—Lo siento mucho. Por supuesto, continua por favor. ¿Qué solución has encontrado que asegura que nadie quede comprometido?

—Solo me pareció que todos estos años que Thomas pasó con su familia y el obvio cariño que el duque y la duquesa tenían por él, bueno, ¿no es lógico que tu padre arreglara un matrimonio con Thomas? Todo lo que tenemos que hacer es decirle a la sociedad que la razón por la que todos han estado tan extraños estos días era porque Thomas volvió a hacerse con el cargo de conde y encontró el contrato en los papeles de su padre. Por supuesto, esto sería un shock para todos, y tomaría tiempo arreglarlo.

Todos pestañearon ante Anna, excepto la duquesa que brillaba, Thomas se aclaró la garganta.

—Eso es bastante brillante, Anna, pero hay un problema. Mi padre nunca habría hecho algo tan... considerado por mí. Todos saben lo que sentía por mí. Todos saben que me odiaba. Nadie lo creería.

—Quizás no —interrumpió Christian pensativo—. Habría dado su fortuna por una alianza con Morewether. ¿Y si el contrato no especificaba un heredero? ¿Y si solo decía Conde de Harrington?

Hubo un momento de silencio pensativo, roto solo por los jadeos y aullidos juguetones de los cachorros en busca de atención.

Dalton habló primero.

—Eso podría funcionar. Sería una explicación perfectamente razonable por la que todos estaríamos indignados.

—Y nadie se atrevería a impugnar el testimonio de tu familia y la nuestra —añadió la duquesa, y empujó al cachorro invasor con su pie.

—No si tanto usted como mi madre lo dicen —dijo Dalton.

Francesca lo pensó por un segundo.

—¿Por qué mentiría tu madre por nosotros? Claramente estamos sacando a tu familia con este cambio a último minuto. No tiene razón para ayudarnos.

Dalton rio, lanzó un último pedazo de bizcocho al cachorro babeante, y cruzó la habitación.

—Me doy cuenta de que no conoces muy bien a mi familia. Solo has creado una relación lejana con mi madre, mi tía y mi abuela, pero te aseguro que son románticas. Las mujeres de mi familia estarían felices de ayudar en el camino del verdadero amor.

La duquesa se levantó, apuntó un dedo amenazante al perro más cercano y abrazó a su hija. Francesa podía sentir las lágrimas de nuevo y tragó con dificultad para ahogarlas.

—Gracias, a todos. Muchas gracias. —Francesca abrazó a su madre y luego a Anna con fuerza—. Gracias por no escucharme.

—Nunca lo hago cuando es importante. —Anna rio.

Se acordó que Thomas obtendría una licencia especial inmediatamente y se mantuvo la fecha original de la boda, dado que los planes ya se habían hecho y St. George ya estaba reservado.

Al principio, la élite vio con sospecha el arreglo limpio y prolijo, pero no encontraron huecos, y una vez que se dieron cuenta de que no había escándalo, siguieron fisgoneando en la vida de otros. Ayudó que Dalton fuera el padrino de Thomas. Claro, Christian estuvo orgullosamente en el lugar del padre de Francesca, entregándola.

A todos aquellos que fueron, y hubo bastantes dado que los verdaderos chismosos estuvieron hasta el final esperando un último rumor, fue obvio que Thomas y Francesca eran un matrimonio por amor. Como una particularmente exhausta madre de tres hijas en temporada dijo a otra: "Ese tipo de enamoramiento no se puede fingir". Hubo muchas lágrimas mientras el servicio seguía, probando que incluso la insensible y dura sociedad no era inmune al poder de una buena historia de amor.

Epilogo

—¡Francesca!

Estaba sentada en su escritorio en el salón matinal que adoraba. La luz mañanera entraba por las ventanas de la pared norte, lanzando un brillo adorable en toda la habitación. Apretó los dientes y miró a la alfombra viviente que respiraba a sus pies.

—Bueno, Lucifer, al menos sé que no fuiste tú. —Empujó al perro gigante con un pie cubierto en zapatos de seda. Solo obtuvo un resoplido y un ronquido como respuesta.

Suspiró profundamente y se levantó de la silla. En el descansillo, miró abajo y encontró a sus dos hombres favoritos en el vestíbulo de mármol. Thomas tenía las manos en las caderas y los pies separados. Su hijo de tres años estaba junto a su padre, intentando imitar su postura seria, pero fallando cuando empezó a reír.

—¿Sí? —preguntó, manteniendo su expresión tan inocente como le era posible.

—Ven y saca a tu perro —ordenó Thomas.

—Mamá —dijo Anthony—. Medusa estuvo en el estudio de papá.

—Oh, Dios. —Bajó la primera serie, agarrándose del pasamanos para equilibrarse.

Thomas corrió y la agarró de la otra mano para ayudarla.

—Y deshizo unos papeles importantes de papá —siguió el niño—, y el periódico está por todas partes.

—Intenta no verte muy feliz cuando dices sus travesuras, cariño —le dijo Francesca a su hijo.

—¡Ven a ver! —El niño salió corriendo por el pasillo hacia el estudio de su padre.

—¿Te sientes bien? —Thomas tenía la preocupación escrita en toda su cara—. Me encargaré yo. No te preocupes. No sé en qué estaba pensando.

—Thomas —lo calló—, estoy bien. Todavía me faltan varias semanas. —Pero tenía que admitir que subir las escaleras era un reto ahora que su estómago tapaba sus pies—. Además, no puedo pasar tanto tiempo en cama. Me volveré loca en el cuarto.

Le besó la mejilla.

—¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa que he visto?

—Hoy no. —Giró la cabeza majestuosamente—. Puedes hacerlo ahora.

—Mi señora, es el sol y la luna. Es todo lo hermoso. —Thomas hizo una reverencia, su sonrisa siempre presente hacía que su rostro fuera más atractivo de lo que ya era.

Una vez que llegaron abajo, su mano fue al enorme bulto bajo su vestido.

—Espero que este sea una niña.

—Eso es lo que dices ahora —lo molestó.

—Sí, una pequeña niña con el cabello de fuego que volverá locos a los chicos.

—En realidad, estaba pensando en un niño con el cabello en llamas que complementa al de pelo negro que monta a caballo por el pasillo.

Thomas miró a donde su hijo montaba a horcajadas el hermano de Lucifer, Dante. Al enorme perro no parecía importarle mientras se movía pesadamente por las puertas francesas hacia el jardín con el chico en su espalda.

Francesca espió desde el umbral del estudio y vio a Medusa descansando sobre una pila de papeles en medio del suelo. Todos los almohadones estaban en el suelo y un montón increíble de baba manchaba la silla del escritorio. Tan pronto como vio a su gente, el trasero del cachorro se levantó en el aire y movió la cola furiosamente. Francesca rio mientras el cachorro se inclinaba para invitarlos a jugar.

—¿Estás segura de criar a estos monstruos? —El rostro de Thomas ya no era dulce y tranquilo de flirtear con su esposa; estaba sombrío por el enojo.

—Sí, quiero. Sabes que se moderará como los muchachos. —Agarró la mano de su esposo—. Nunca creímos que vivirían hasta ser adultos, si te acuerdas, y ahora míralos, esos viejos perezosos.

Ignoró al perro, giró hacia su esposa y la tomó en sus brazos. Era mucho más difícil ahora, y tenía que estirar el cuello para besarla en ese ángulo, pero igual la besó, y la besó muy bien.

Agradecimientos

Este proyecto tuvo un tremendo apoyo y nunca lo habría completado sin el apoyo de mi laborioso agente, Kevan Lyon, la paciencia de mi familia, la dedicación y genialidad de mis hermanas, la hermosa cubierta de Jaycee DeLorenzo y la sabiduría y camaradería de las damas y caballeros de mi grupo de Escritores de Romance de América, Saugaro Romance Writers. Muchas gracias a todo.

.... Vivieron felices para siempre.

Querido lector,

Espero que hayas disfrutado de la historia de Thomas y Francesca tanto como yo disfruté al escribirla. Son una pareja animada con unos amigos maravillosamente burbujeantes. Encontrarás más de Thomas y Frankie en las historias de sus amigos: Lord Dalton es el siguiente en *El Secreto de Lady Goldsleigh*.

Las reseñas son increíblemente importantes para los autores, y estaría increíblemente agradecida si me dejaras una reseña honesta.

Nada me hace más feliz que oír de mis lectores. Puedes encontrarme en el blog: *The Quill Sisters*, o escribirme a amylynnbrightauthor@gmail.com

Mis mejores deseos,

Amylynn Bright